ALEJANDRO MAGNO

GERHARD WIRTH

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



ALEJANDRO MAGNO

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

ALEJANDRO MAGNO

GERHARD WIRTH

Prólogo

RODOLFO GIL GRIMAU

SALVAT

Versión española de la obra original alemana: *Alexander der Große*, publicada por Rowohlt Taschenbuch Verlag, GmbH, Hamburgo.

Traducción y edición: Técnicos Editoriales Asociados, S. A.

Las ilustraciones proceden de Rowohlt Taschenbuch Verlag, GmbH, Hamburgo.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)
ISBN: 84-345-8229-5
Depósito legal: NA-33-1986
Publicado por Salvat Editores, S. A., Mallorca, 41-49. 08029 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1986.
Printed in Spain

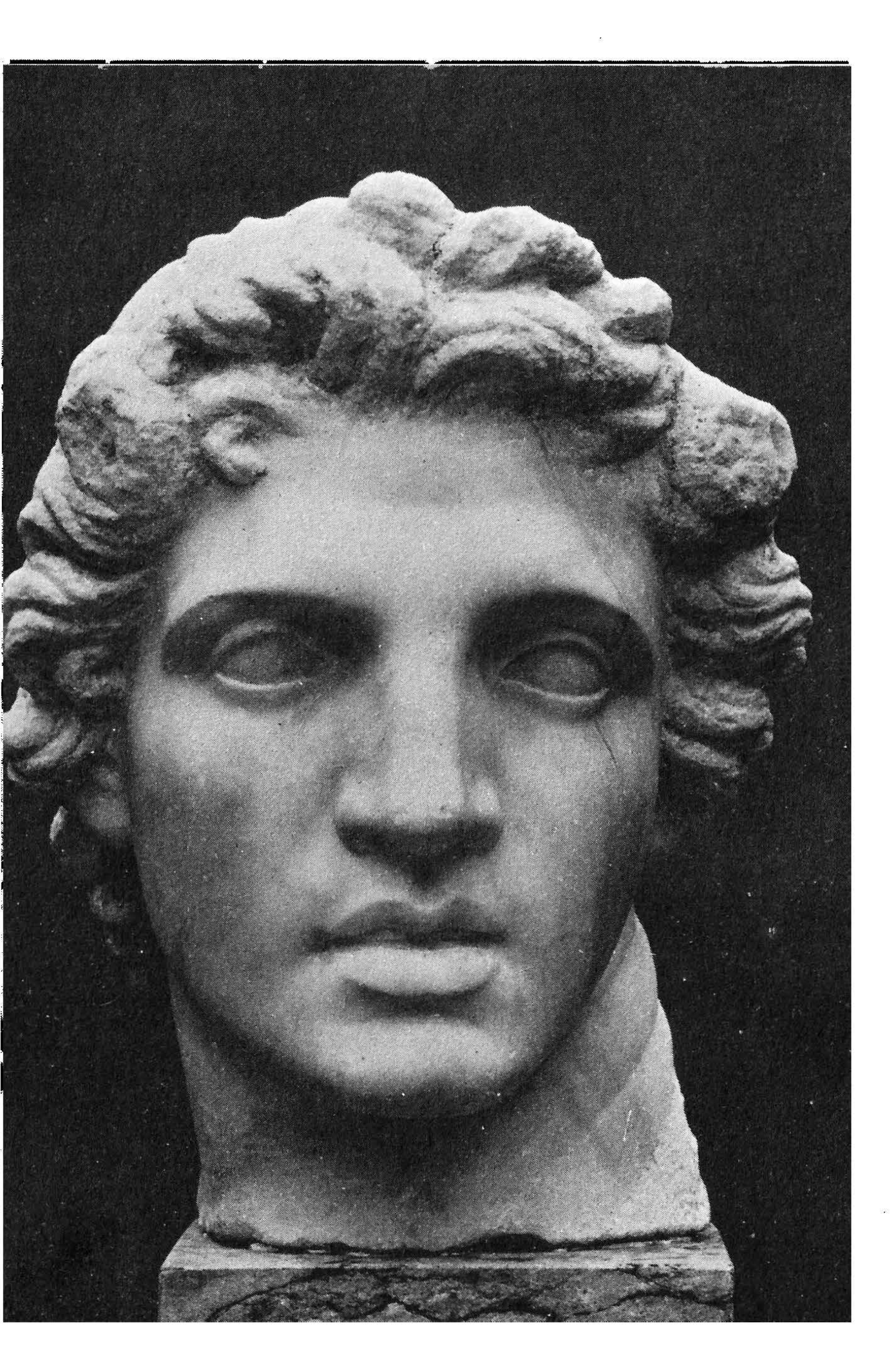
Índice



Alejandro Magno (–356 a –323)

Alejandro Magno, hijo de Filipo II, se erigió en una de las personalidades de mayor importancia histórica de la antigüedad. A los 16 años le fue encomendado el gobierno de Macedonia y a los 20 sucedió a su padre en el trono. Muy pronto inició la construcción de su imperio. Tras consolidar las fronteras de su reino emprendió su larga campaña de Oriente. Penetró en el Asia Menor, derrotó a Darío III cerca de Alejandreta (–333) y ocupó Fenicia y Egipto con el fin de privar de sus bases a la flota persa. En la primavera de –331, partió de Egipto, atravesó el Eufrates y destruyó el ejército persa en la orilla oriental del Tigris (octubre de –331). Esta victoria le permitió ocupar fácilmente Babilonia, Susa, Persépolis y Ecbátana. Durante los tres años siguientes (–330 a –327), Alejandro se ocupó de asegurarse el dominio de las satrapías orientales y la destrucción de toda resistencia. En –327 inició su expedición a la India. Atravesó el Indo, sometió al rey Poros y reanudó su avance hacia el Ganges. Sin embargo, el cansancio de sus tropas y el descontento de los generales mecedonios por su política orientalizante le obligaron a renunciar a sus planes. Durante el viaje de regreso, después de diez días de enfermedad, Alejandro murió en Babilonia (13 junio –323). Tenía 33 años.

◄*Imagen de Alejandro con los cuernos de carnero solar adosados a las sienes, representación helenística de la divinidad, de la jefatura suprema.*



Prólogo

Alejandro el Más Grande, prototipo de héroe maravilloso

por ***Rodolfo Gil Grimau***

Decimos Alejandro el Más Grande porque, aunque Magno significa sólo ilustre, grande, famoso o excelente, conlleva, como adjetivo y como sobrenombre del personaje, una carga interna y subjetiva de grandeza mayor, de magnitud estelar, excelencia en el destino y en el ejemplo. Un héroe. Du-l-Qarnayn le llamarán después los árabes, entre quienes la leyenda del personaje priva sobre la realidad de sus historias; o sea «el de los dos cuernos», expresando con esto la representación helenística de Alejandro como dios e hijo de dios, con los cuernos de carnero solar adosados a las sienes y, con ellos, la potencia divina, la virilidad exacerbada, la jefatura suprema y el enajenamiento a perpetuidad de unas calidades apoteósicas en el que fue por su condición material un ser humano. Vuelvo a repetir, por lo tanto, que un héroe. Miguel Angel representó a su Moisés con cuernos, para distinguirlo de los simples hombres; los viejos dioses mesopotámicos, sus genios y sus demonios, llevaban astas en las representaciones iconográficas; y en los comics es casi inevitable que el héroe, los jefes y los guerreros hiperviriles de la fantasía heroica lleven cascos cornalones tan simbólicos de su condición superior como las antenas de los astronautas o las alas en los ángeles.

He aquí, pues, un héroe encornado, de pelo rizoso y perfil juvenil, que se lanza a caballo para irrumpir entre las filas apretadas de los enemigos, espantándolos a todos y haciendo huir hasta al propio rey de reyes de los persas. Un héroe joven, juvenil y remozado para la leyenda, que se transforma en el protagonista de una estupenda historia literaria medieval para realizar viajes imposibles por debajo de las aguas y en los cielos; un señor de aventuras sin igual, como ni Julio César, ni Aníbal, ni Ramsés, ni

Busto de Alejandro Magno (Tarso) fechado entre los siglos I y II.

Aquiles fueron. Solamente, salvando todos los respetos, el mismo Moisés es capaz de sostener una altura de popularidad heroica posterior como transmisor de una fe y cabeza de un pueblo, o el sumerio Gilgames, ese rey primitivo lleno de preocupaciones existenciales que buscaba sobre toda cosa y contra todo dios la inmortalidad y la justicia para el ser humano. Alejandro Magno es, para nosotros, un héroe antes que un personaje histórico. Y, de entre los héroes, uno mítico; y, de entre los míticos, uno de un subgénero particular, a mi juicio: un héroe maravilloso. ¿Por qué?

La narración maravillosa es, probablemente, un producto consecuente o derivado de la narración mítica, siendo ésta una interpretación explicativa de un acontecimiento sobrenatural o cósmico en el que el hombre se encuentra inmerso o se siente dependiente. Dentro de la narración maravillosa, a diferencia de su hermana, la mítica, el personaje humano protagonista tiene una gran importancia; el héroe es, junto con el personaje extrahumano, ya sea genio, hada o demonio, y con el objeto mágico, uno de los tres pilares sobre los que se apoya el relato. Pero no es un maravilloso héroe, o heroína, cualquiera ni de cualquier forma. Para ambas cosas se necesita un condicionamiento, unas etapas específicas, una finalidad y un talante. De todo esto, curiosamente, goza el personaje de Alejandro. Y digo el «personaje», la versión legendaria, literaturizada, mitificada y ejemplar —de ejemplo didáctico o prototipo— del que fue un ser histórico, un animal político, la concreción de unas corrientes ideológicas, económicas y estratégicas de todo un larguísimo período. Ambos —el personaje y el Alejandro real— se confunden y se abrazan en una especie de desdoblamiento arraigado, de un querer ser yo y ser un yo transcendente al tiempo, que procede del mismo Alejandro. Porque, más curiosamente aún, el principal autor contemporáneo de la narración mítica sobre Alejandro fue el propio Alejandro; su deseo de contemplar su vida y rehacerla a la imagen de un hombre universal, el empeño que tuvo de divinizarse, que no obedeció solamente a un cálculo político; el gasto a bocanadas, a borbotones, de su propia existencia; su afán por unir los mundos y las gentes transforma una carrera política rápida y evidentemente excepcional en la historia de un predestinado, de un héroe intermediario entre el plano humano, del que se eleva, y el divino, en el que influye; de un semidiós civilizador; todo consecuente a sus propósitos y ambiciones. Pero de este planteamiento mítico desaparece el ropaje propagandístico una vez que Alejandro muere, y muere muy garzón, como es sabido; lo que el mito tenía de lanzamiento político desaparece, una vez que ni siquiera sirve

para el mantenimiento de una dinastía sustituida por una serie de generales que se reparten la herencia; quedando, esto sí, los rasgos míticos centrados en Alejandro como personaje, héroe de relato, y, conforme pasa el tiempo, en señor de leyenda, personaje de cuentos prodigiosos, prodigioso él mismo, héroe de maravillas, epónimo de época y de sueños.

No me cabe la menor duda de que el verse así hubiese gustado al mismo Alejandro, que debió ser, en parte, un magnífico niño mental abierto a todos los ensueños y al deseo, sano pero autístico, de cumplirlos, de conformar al mundo como todo héroe, literario especialmente, tiene por objetivo hacer. En el Alejandro maravilloso se cierra el broche del Alejandro histórico y del símbolo humano que los demás hombres pusieron en él.

Un héroe maravilloso prototípico ingresa en su condición de héroe a través de un acontecimiento extraordinario, que es el primero de una sucesión; es el hecho diferencial. Puede tratarse de un nacimiento fuera de lo común, o el haberse salvado milagrosamente de una catástrofe o de la indefensión más absoluta, el encuentro con un dios o un ente sobrenatural, la entrada en posesión de unos poderes especiales, y el apartamiento de la sociedad a consecuencia de un rechazo ambiental, de un defecto comparativo o de una inteligencia superior. En resumen son éstas las formas como un héroe maravilloso se inicia en su condición de tal. Personajes como los del juez Sansón, el de la prodigiosa fuerza, que lucha por su pueblo contra los filisteos y que ha sido engendrado de padres añosos por aquiescencia directa de Dios; la heroína del Mago de Oz, el mismo Noé, Eneas el troyano y Simbad el Marino, que se salvan respectivamente del huracán, el diluvio, la quema de Troya y múltiples naufragios; Rómulo y Remo, indefensos, igual que Ciro, en la infancia, e igual que Blancanieves en el bosque; Jacob, el patriarca, que se enfrenta al «hijo de los dioses», o ángel, lo mismo que algún otro jefe de Israel; Supermán, Aquiles y tantos otros desmesurados, con sus poderes especiales; o Pulgarcito, Ricardo III de York, Antar el árabe y el Segismundo de La vida es sueño, *que se ven arrumbados fuera de la sociedad por enano, deforme, mulato o peligroso; son todos ellos, como personajes de relato maravilloso o mítico, fuera de lo que alguno de ellos haya podido ser en su condición real, ejemplos de esas formas de acceso al heroísmo.*

Alejandro accede a ello, por voluntad propia, a través de la primera vía, la más pura porque es incluso la etimológica. Un héroe es el ser engendrado por una persona divina y una humana. De los dioses del Olimpo, en sus divagaciones amorosas con

las gentes de la Tierra, nacen héroes, algunos tan famosos como Hércules. Según el Génesis y el Libro de Enoch, entre otros, los «hijos de los dioses», ángeles o cosmonautas, procrean con las hijas del barro, siendo el barro Adán, y dan lugar a una parte de la Humanidad. En el fondo y en la justificación de muchas de las líneas sucesorias monárquicas mundiales, y del sistema de gobierno aristocrático, está esa idea: la de la regiduría necesaria de la especie humana por parte de quienes, en ella, poseen y conservan la semilla de los dioses fundadores; héroes civilizadores sus hijos, no sólo por la enseñanza recibida y transmitida, sino por la herencia genética conservada. No es otro el significado profundo del gobierno por derecho divino.

Pues bien, Alejandro pasa a este gobierno y a aquella categoría. Mucho por cálculo: todo por cálculo político; él pudo considerar en un momento dado que era la manera mejor de asentar la soberanía de un Estado universal, como pretendía hacer, tanto más cuanto que este Estado se basaba en sociedades en las que los misterios, la intervención directa del dios, los oráculos y la realeza de tradición divina tenían una fuerte carta de naturaleza, incluidos Grecia y el mundo persa. Alejandro se atribuye como padre secreto a Amón, el gran dios solar egipcio, equiparado a Zeus, a cuyo santuario principal en esta época, situado en el oasis de Siwah, peregrina, una vez conquistado Egipto, y cuya filiación obtiene, comenzando a identificársele en ese proceso del Du-l-Qarnayn, que dije al principio. No creo que, en su fuero interno, Alejandro hombre pensase en algún instante que esta filiación era cierta, pero sí que le divirtió puesto que el buen entendimiento con su padre Filipo no parece haber sido muy fuerte, y sí que le compensó psicológicamente de un cierto aislamiento afectivo que sufrió en su juventud. Fuera como fuese, el proceso puesto en marcha era irreversible desde el punto de vista mítico, ya que Alejandro muere en plena gloria, su hijo muere sin haber gobernado, y la figura histórica desaparece envuelta por la legendaria y prototípica de los héroes —origen, ascensión, triunfo y tragedia—, hijos de lo divino, sacrificados al servicio de lo humano, conductores y, ya una vez folclorizados, maravillosos.

Pasado el hecho diferencial primero, el trampolín de origen para ser héroe maravilloso, se entra en la condición de tal y en sus características principales, varias de las cuales, o todas, se cumplen en el personaje de Alejandro de modo a veces paradigmático desde la perspectiva nuestra, a la distancia mítica en la que nos colocamos. En esas características es donde el personaje más parece hermanarse con su modelo real. Son la autoconvicción

respecto al propio destino, la misión a cumplir, el «candor» o la «inocencia de alma» hasta llegar al objetivo, y el sacrificio.

De que Alejandro, político real y personaje mítico, tuvo convicción cara al propio destino, parece no caber duda. Una convicción relativa, seguramente, como animal político real e histórico, matizada y discutida, o afianzada, por los acontecimientos; convicción total y tensa como personaje mítico. No puede haber sido de otra manera. El era el príncipe helenizado, discípulo de un maestro sin par en su momento, perfecto caballero y militar, hermoso, con todo un mundo por delante para elaborar a su idea y a su grandeza. Y estuvo a punto de conseguirlo; lo consiguió en buena parte. Es curioso —haciendo un inciso— cómo, en estas duras tierras de Macedonia, surgen históricamente hombres de vocación simbiótica civilizadora, tal que lo fue, muchos siglos después, Muhammad Ali, el en buena parte promotor de la nación árabe moderna, sus renacimientos, el petróleo, el Canal de Suez y todo el oriente puesto en marcha. Para Alejandro la cosa venía ya dada. Y con esto entramos en el problema de la misión a cumplir.

Alejandro no se inventó el choque y el conocimiento, la interpenetración, entre Oriente y el mundo griego o el mediterráneo. Está absolutamente claro. Está claro sin que parezca estarlo en los planteamientos culturales, provenientes de unos pésimos planteamientos educacionales, por los que para muchos de nosotros, europeos y no, nuestra concepción histórica parece estar dividida en un Oriente y un Occidente dicotómicos, con sus valores antagónicos, provistos de rabo y de costumbres nefandas el uno frente al otro. Más o menos como ahora, para algunos. Eso no ha sido así jamás. El mundo griego es heredero directo del cretense, que es asiático, y del cananeo, que es semita, y del egipcio, que es en buena parte africano. A su vez, la gente de Asia Menor, de Fenicia y Canaán, de Egipto y de Persia, por no citar sino a bien pocos, tienen de cretense, de aqueo y jonio, y dorio, e insular, mucho más de lo que se piensa. No hay desconocimiento sino más bien complementariedad; eso sí, con un cierto deseo de expansión mutua. En la expansión y en la ósmosis se producen guerras como las médicas, y alianzas entre griegos y persas contra griegos, o egipcios y griegos contra persas, o griegos y persas contra los mismos persas; y entendimientos en los que los tartesios andaluces parecen combatir junto a algún griego cara a algún persa, y el púnico se alía o casi con éste frente a otro griego que es enemigo de un etrusco luego adversario de un incipiente romano. Se trata de una política mundial. Y la gente se conoce.

Falta sólo el elemento aglutinante que precipite las uniones, y este elemento es Alejandro, sus campañas y el imperio que él trata de establecer basado en la estructura persa, la cultura griega, una cierta imagen egipcia de lo religioso y un horizonte de nuevas fronteras hacia la India, Arabia y otros mundos hasta entonces periféricos. Ni Oriente ni Occidente, sino el mundo de las civilizaciones reunidas.

No cuajó como tal su imperio. Sin embargo, de él nace la cultura alejandrina y helenística, que es la madre ideológica del Imperio romano, heredero en torno al Mediterráneo del afán político de Alejandro; cultura y afán que se renuevan de una manera u otra, a veces muy próxima, en el Estado bizantino y en el imperio árabe, éste sostenido ya por una fe religiosa universalista de la que precisamente carecieron el de Alejandro y el romano como entramado de sus planteamientos. Y se siguen renovando, con distintas variantes, en los intentos, cada vez más ecuménicos, de Estado universal que ha habido de entonces a nuestros días. Alejandro, como héroe, es héroe fundacional y civilizador a lo grande. Esta es la imagen que da en cuanto a la misión a cumplir, y que cumplió. Misión de semidiós etimológicamente; y como personaje de este tipo, abocado a un destino sobrehumano inevitable, que él acepta y desarrolla, sujeto a la tensión trágica de no ser un dios del todo para poder hacerlo todo, y ser bastante más que un ser humano para poder sufrirlo o ignorarlo todo.

El personaje de Alejandro, como héroe de mito o maravilla, permanece impoluto, anímicamente grande y candoroso, a lo largo de su trayectoria heroica. Es ésta una de las características del protagonista humano en las narraciones maravillosas; la capacidad del héroe para sobrenadar la experiencia que se va adquiriendo, forzosamente negativa a gajos, la miseria, el desprecio, el daño hecho y recibido, los fracasos parciales, la traición del envilecimiento. Este tipo de héroe procura no quedarse atrapado en las cosas o en el camino: la reserva de sus mejores energías la tiene puesta en el destino que debe cumplir y en la finalidad de este destino. Como personaje, Alejandro se nos aparece así precisamente. Como ente histórico, sabemos que estuvo lleno de defectos, algunos hipertrofiados, de soberbia y raptos desastrosos de humor, quizá de bajeza, seguramente de incomprensiones. Pero todo eso se borra, se va o queda descartado, en el Alejandro tal como lo sentimos al pensar con prontitud en él, como concepto, cuando se nos viene como idea; entonces priva el Alejandro personaje, héroe, fantástico, asaz maravilloso. E incluso es lo que queda, en calidad de regusto o de impresión general, una vez

leída su biografía histórica, porque en ella resaltan impresionando nuestra tendencia psíquica creativa de mito y narración precisamente los elementos propicios para ello, que son muchos.

Y queda el sacrificio. En el destino del héroe, durante su cumplimiento y al fin, suele haber e incluso tiene que producirse el sacrificio; que llega como parte del proceso iniciático y supone en ocasiones el ofrecimiento de la propia vida o cosa similar. En Alejandro personaje esto está claro, no hay sino trasponerle hechos del Alejandro real. Este se esforzó, cabalgó y guerreó en primera fila, como el mejor de sus soldados, pagando en todo momento de su propio esfuerzo su ambición; murió muy joven, lleno de proyectos y en plena gloria. Con esto es suficiente para que en Alejandro personaje cuadren las determinaciones del héroe tipo: al frente de los suyos, él el primero, generoso de su vida, confiado en los demás porque lo está de su propia fuerza, dando grima a los que le rodean y no le alcanzan en méritos; dando envidia o miedo a los dioses, que al final se lo llevan.

En este sacrificio, hablando como siempre del héroe maravilloso, suele haber el de aceptar a sabiendas la envidia y la traición de los compañeros que son casi igual que uno pero que no llegan. El personaje del antihéroe maravilloso, contrafigura del héroe, es uno de los más interesantes psicológica y míticamente considerado. No se salva Alejandro de tener sus antihéroes próximos, sus mismos generales compañeros, amigos de la infancia muchas veces, que le siguen sin lograr igualarle, le aconsejan sin lograr que les escuche, le suceden a su súbita muerte sin saber cómo sucederle, le fragmentan la obra porque no sabían de qué modo carismático mantenerla unida ni dársela a su hijo. Al Alejandro personaje estos compañeros le dan la sombra de perfiles necesaria para destacarle más; son lo que para Juan el Oso, por ejemplo europeo de tipo protagonista en un tema de narración maravillosa, hijo de humana y de dios de los bosques, capaz de toda hazaña, los amigos que va recolectando a su paso por el destino, cada cual mejor que nadie en un portento, pero ninguno equiparable en su conjunto a Juan: le acompañan, le sirven, le quieren y le traicionan; cada uno de ellos quisiera ser Juan.

A nuestro Alejandro personaje incluso le acompaña un animal auxiliar, mitificado: su caballo. Es típico de muchos héroes maravillosos que tengan un animal al lado, una suerte de familiar mágico, a veces doble suyo o de un ser extrahumano. En el Alejandro real se nos cuenta que hubo un caballo preferido; el bruto pasó a literaturizado, como el del Cid, y a la literatura como el de don Quijote; no importa: se transforma junto a nuestro

Alejandro en complemento útil, casi indispensable, con la necesidad a que nos tiene acostumbrado, de caballos, el carro y el personaje clásicos del Sol griego, la yegua del Apolo Beleno celta, los corceles cambiantes de color, según la hora diurna, de la tradición folclórica rusa o de la árabe. Nos parece imposible, ya, que el personaje no se eleve, viva, se vaya y permanezca como el astro al que parece corresponder más y más, al que quiso, en una de sus figuras divinas, identificarse.

¿Quién no oyó hablar de Alejandro? ¿Y quién lo imagina tal cual fue? No. El Alejandro que vive en nuestro interior es un personaje recreado, símbolo de impulsos y deseos, símbolo de esquemas de civilización. Alejandro, como héroe maravilloso, es un esquema humano de comportamiento y de aventura. Veámoslo así, unido y contrastado a lo que de verdad fue o creemos que pudo haber sido. Y si se nos viene a la mente como un personaje solitario, que es lo que tal vez fue en la realidad, un infante insatisfecho, un soñador; y es lo que como personaje maravilloso representa, igual que casi todos los héroes de este tipo, no olvidemos que el solitario lo es porque concentra dentro de sí y en su comportamiento algunos de los interrogantes y de los deseos colectivos del grupo humano al que pertenece, y se atreve a querer darles una respuesta; formas estas de iniciación y de conducta de lo más difíciles.

Primera Parte
LOS HECHOS

1. Preludio griego

En el verano de —336, Alejandro era proclamado rey de los macedonios por el ejército macedónico reunido en Egea, y sucedía así a su padre, Filipo II, que había sido asesinado. Su acceso súbito al poder, con todas las apariencias de un golpe de mano, era sin embargo su única posibilidad de salvación. En el año anterior, la ex princesa Olimpia de Epiro había sido repudiada por Filipo después de veinte años de matrimonio, y el hijo había abandonado con ella el país. Más tarde, Alejandro, mejor o peor, se había reconciliado con su padre, pero su futuro no dejaba de ser incierto, pues la joven Cleopatra, nueva consorte de Filipo y sobrina del general Atalo, encarnaba los intereses de la nobleza macedonia y, en consecuencia, los de la nación contra la presencia de elementos foráneos en la dinastía reinante. Es probable que este cambio de consorte fuera percibido en Macedonia como un importante *politicum*. Por otra parte, Amintas IV, sobrino de Filipo, a quien este último había usurpado el poder cuando era su tutor, aún vivía. En favor de su restauración existía en la corte, al parecer, un fuerte grupo integrado en particular por los príncipes de la casa principesca lincesta, apartada del poder por Filipo.

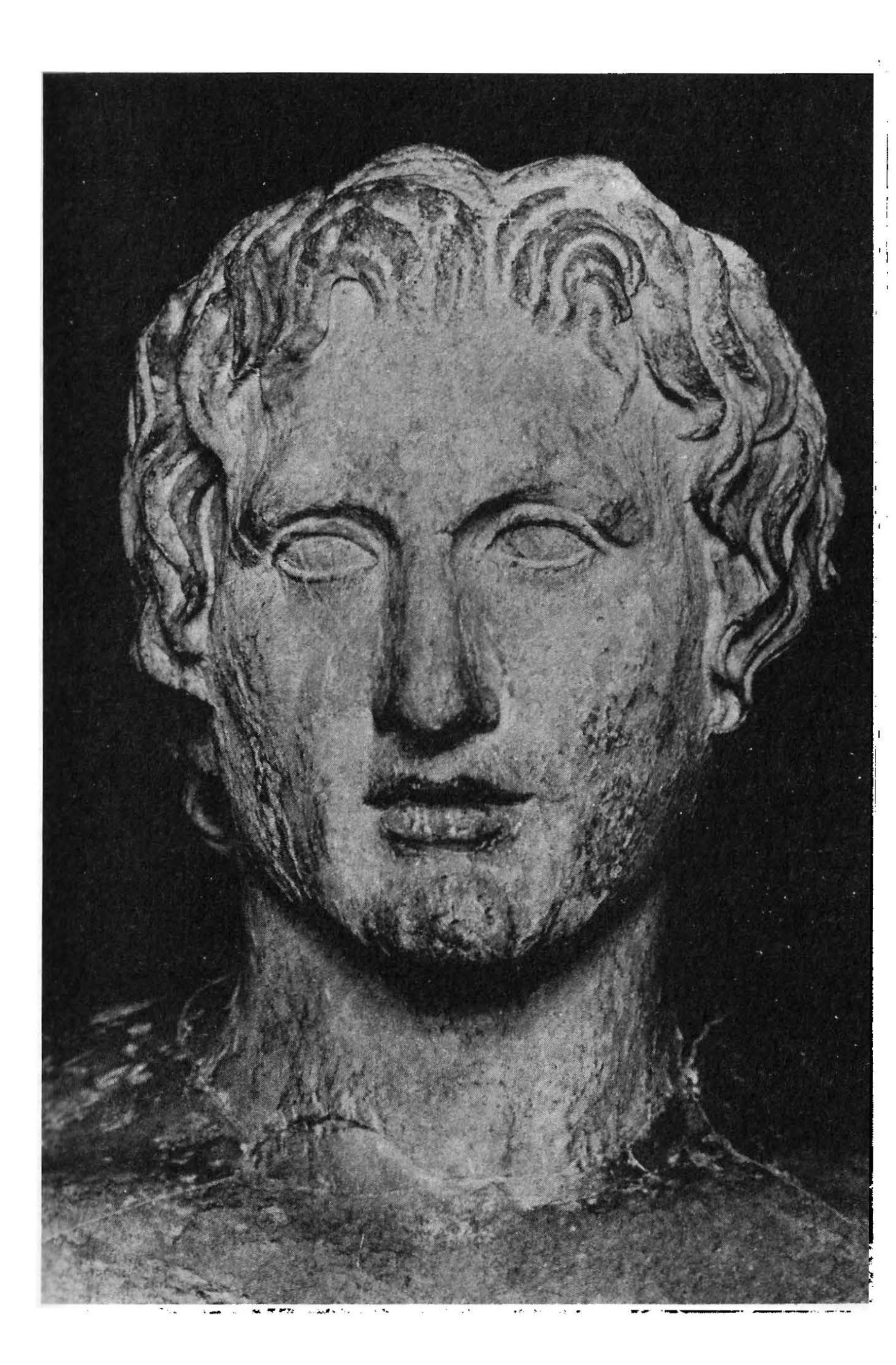
Alejandro actuó con celeridad; no es extraño, pues, que las sospechas de que hubiera sido, junto con Olimpia, partícipe del atentado contra Filipo nunca se extinguieran. El asesino fue ejecutado, y fue posible enjuiciar y condenar —según la costumbre, participaban los macedonios presentes— a los lincestas, entre los cuales había un miembro de la familia adicto y leal a Alejandro. Por otro lado, Antípatro y Parmenión, los paladines de Filipo, debieron de ver con buenos ojos la personalidad del nuevo monarca y su manera de tomar el poder, aunque sólo fuese porque se evitaron esta vez los disturbios y la inestabilidad política consiguiente, habituales en el país en los períodos de sucesión. De todas maneras, después del primer acto, Alejandro no tardó en asentar su poder. El terror de los primeros días se prolongó, es cierto, durante más de un año. Unas semanas después fue asesina-

do Atalo, obviamente con el consentimiento de su suegro Parmenión, y en el año siguiente Amintas; muchos de sus seguidores huyeron. Al regresar Olimpia, se encargó ella misma de eliminar a su rival Cleopatra y a su hija recién nacida.

Se apuntaba además la amenaza exterior. Si bien Filipo había fundado, en el —338, la Liga de Corinto, con lo que el liderazgo del conjunto griego pasaba a manos del rey de Macedonia, tras su temprana muerte la naciente unión ya no tenía perspectiva alguna de perpetuarse. En Atenas, Demóstenes, el viejo adversario de Filipo, se alegraba del asesinato y llamaba necio a Alejandro; los ambraquiotas y los etolios desertaban; Tebas y Argos se preparaban para la insurrección. Incluso en Tesalia, unida a Macedonia por alianzas personales desde la época de Filipo, se agitaban fuerzas antimacedonias. Tan sólo la súbita llegada de Alejandro al sur y el consiguiente desconcierto general posibilitaron la vuelta a la calma de Grecia y la confirmación de aquél como sucesor de su padre por parte de la asamblea de la Liga en Corinto. Aún había de volver allí una vez más en el otoño, al hacer falta más que nunca restablecer la situación.

Pero la actitud incierta de los griegos incitó a Alejandro a remontar el proyecto que había sido determinante de la posición ocupada por Filipo dentro de la Grecia unida: el de emprender la guerra contra el imperio persa y dirigir los primeros pasos hacia una solución de la cuestión panhelénica. La expedición al norte a principios del año —335 estuvo motivada por la necesidad tanto de una protección fuerte como, al parecer, de preparación de las tropas. Se logró someter a los triballos, habitantes de la región oriental del Hemo, y los getas debieron de sentirse verdaderamente sobrecogidos ante el acceso de las tropas macedonias a la otra margen del Danubio. Las tribus celtas, vecinos occidentales de los ya citados, trataron de sellar alianzas y de establecer una hermandad, y las tropas procedentes de las regiones balcánicas, tracios, agrianos y paiones, constituirían en adelante una parte esencial del ejército. Sin embargo, ese mismo verano, Alejandro tuvo que marchar hacia el noroeste de Macedonia contra los ilirios. Ya antes, Filipo había tenido que someterlos repetidas veces; ahora se habían vuelto a unir y tomado la plaza fronteriza de Pelión, en el valle de Eordaios, al sur del lago Ocrida. La ciudad pudo ser liberada, fue roto un peligroso cerco mediante hábiles maniobras

Detalle de una escultura de Alejandro Magno, copia romana de un original de Lisipo, conservada en el Louvre (París). ▶



tácticas y un decisivo ataque nocturno determinó la derrota del enemigo. Sin embargo, no se podía esperar una solución del conflicto, pues las circunstancias obligaron a Alejandro a retirarse a toda prisa para dedicar su atención a los problemas griegos.

En −336 había conseguido conjurar el peligro en Grecia. Las hostilidades en el norte, prolongadas durante meses, y la noticia, propagada por sus adversarios, de la caída de Alejandro habían dado entretanto nueva vida a las tentativas de derrumbar el dominio macedónico, esta vez con el apoyo de los persas, que se sentían gravemente amenazados. Tebas se retiró de la Liga y se asedió la guarnición de Cadmea. En Atenas se advertían preparativos para la lucha de liberación. Demóstenes se encargó de distribuir el dinero persa a los aliados del Peloponeso. Eleos y arcadios proporcionaron tropas en respaldo a los tebanos en guerra, y los etolios se sumaron a su vez al movimiento. En breve sería un hecho la sublevación general; todo retraso desencadenaría una catástrofe y pondría en peligro no sólo la supremacía sino también la existencia misma de Macedonia.

No le quedaba a Alejandro otra posibilidad que interrumpir la guerra contra los ilirios y marchar hacia el sur. Dieciséis días más tarde, después de haberse ocupado incluso de reforzar a los aliados que permanecían leales, se encontraba frente a unos tebanos desconcertados. Estos, que apreciaron erróneamente su situación, recibieron con sarcasmo la franca y reiterada disposición de Alejandro a una reconciliación generosa y amplia. No quedaba otro partido que el de asaltar la ciudad. Es indiferente que fuera el propio Alejandro el que diera la orden o que las tropas macedónicas se precipitaran al asalto sin mando. La obstinada resistencia provocó un baño de sangre en el que murieron seis mil personas, muchas de las cuales eran mujeres y niños. Alejandro, decidido ahora a dar un escarmiento, mandó vender como esclavos al resto de la población, treinta mil personas, y dejó que sus aliados focenses y beocios, viejos enemigos de los tebanos, destruyeran la ciudad. La casa de Píndaro y los descendientes de éste, los sacerdotes, los santuarios y los huéspedes de los macedonios fueron los únicos que se salvaron. Grecia jamás había conocido un rigor y una crueldad semejantes. El temor precipitó la retirada de los demás insurgentes, que se conformaron con que Alejandro renunciara a tomar medidas también contra ellos. Si bien marchó acto seguido contra Atenas, sólo lo hizo porque era consciente del papel que había desempeñado ésta en el trasfondo de los sucesos y consideraba indispensable llevar a cabo una depuración. Exigió que le fueran entregados los

diez políticos más prominentes, entre los cuales se encontraban Demóstenes y Licurgo. El que se dejara luego conmover por la súplica de Demades, amigo de los macedonios, para que cesara en sus exigencias, fue un gesto de conciliación que no quedó sin efecto. Sólo tuvo que abandonar Atenas el jefe mercenario Caridemos, quien entró al servicio del emperador persa.

Ya no era posible entonces aplazar todavía más la guerra contra Persia, pues Alejandro no quería dar lugar a nuevos ataques por parte de un adversario que se iba reforzando y poner con ello en peligro su posición en Grecia. A principios de −334 se encontraba ya en marcha hacia los puntos de paso del Helesponto. Todo lo que era posible para iniciar una guerra contra un imperio del tamaño del persa había sido hecho. Se había movilizado el conjunto de las tropas disponibles en una Macedonia en la que, desde los comienzos del reino de Filipo, no había cesado la agitación militar. A la guerra acudió, aproximadamente, la mitad de las tropas: una infantería de doce mil hombres, repartidos en seis batallones de falanges y de hipaspistas con armas ligeras, y mil ochocientos jinetes igualmente repartidos, según su procedencia, en seis batallones. Un número semejante permaneció en la patria, para que Antípatro, representante de Alejandro, pudiera llevar a cabo las tareas de protección, que se extendían a Grecia, Macedonia, las regiones balcánicas y el Epiro. El ejército de campaña contaba, además de con los macedonios de la caballería ligera, con mil ochocientos tesalienses, numerosos mercenarios y siete mil aliados —llama la atención esta cifra, no sin razón tan pequeña—, a los que cabe agregar contingentes de los pueblos balcánicos y cretenses. De la flota, ciento sesenta barcos en total, se hacían cargo también los aliados. Habida cuenta de las dimensiones de su misión, el conjunto del ejército, alrededor de treinta y cinco mil infantes y cuatro mil quinientos jinetes, parece más bien reducido. Por lo tanto, cabe preguntarse si Alejandro, al frente de tales fuerzas, tenía la idea ya en −334 de acometer una guerra tan extensa en el tiempo y el espacio como la que luego desarrollaría. Lo cierto es que no se puede pasar por alto la calidad de dichas tropas.

El núcleo del ejército, los macedonios, estaba formado por unidades leales, curtidas por largas campañas y organizadas según los criterios de la mayor eficacia (esto último se puede decir también de los mercenarios): el equipo técnico, los servicios de auxilio y apoyo logístico, el abastecimiento, la impedimenta, en resumen el conjunto de la organización, eran absolutamente perfectos. A Alejandro, que no había cumplido todavía los veinti-



Octadracma de Alejandro el Filelénico con la imagen de un jinete macedonio.

dós años, no le faltaban por otra parte jefes selectos y muy capaces, ni especialistas en las distintas ramas útiles en la conducción de una guerra, como por ejemplo técnicos de maquinaria y vialidad y personal sanitario. A la mayor parte de los integrantes de estos grupos les serían confiadas más adelante nuevas tareas en la fundación de ciudades y la construcción de caminos y puertos, en la roturación de regiones enteras, en astilleros o en obras de regulación fluvial. La mayor parte de los testimonios contemporáneos sobre Alejandro se la debemos a los intereses profesionales y generales de aquellos hombres. Agréguese a esto el personal selecto de la administración central y regional, una cancillería a la altura de su misión y un servicio de archivos en el que se depositaban informes y materiales afines con objeto de su aprovechamiento futuro. Poetas y filósofos se sumaron temprana-

mente a la expedición. No tiene menos importancia, en el contexto de la marcha, que Alejandro llevara también consigo, en la persona de Calístenes de Olinto, sobrino de Aristóteles y renombrado historiador, a un propagandista que diera a conocer sin retraso, en la forma conveniente, los acontecimientos al mundo griego. Como se pone de manifiesto en los testimonios que nos han llegado, Calístenes obró afanosamente y procuró los elementos fundamentales de una imagen de Alejandro que, desde un principio, superaba las dimensiones humanas comunes así como los aspectos puramente político-militares, y que fue determinante para la tradición posterior. No está clara su relación personal con Alejandro. Que no publicó nada sin el consentimiento de éste es evidente; más bien se habrá de suponer, hasta la catástrofe de 327, una influencia mutua, a través de la cual Calístenes se formó una concepción moderna de la importancia de su función y Alejandro adquirió una verdadera conciencia de su papel histórico.

Que el abastecimiento material de las tropas al principio fuera insuficiente es, con todo, un hecho de poco peso. El tiempo de preparación de la guerra fue corto; las fuentes son muy divergentes en cuanto a las deudas de Alejandro, pero su evidencia no puede ser negada. No estaba asegurado tampoco el avituallamiento. Sin embargo, en el momento en que fuese posible poner pie en Asia Menor sobre un territorio colonizado por griegos liberados, se podrían remediar esas carencias.

2. La conquista de Asia Menor

Respecto a los dieciocho primeros meses no se puede hablar, en verdad, de una marcha triunfal. Sin duda las primeras operaciones se efectuaron sin dificultades. Veintiún días después a partir de Pela, Alejandro se encontraba frente al Helesponto. Mientras Parmenión conducía el ejército desde Sastos hasta Abidos, la cabeza de puente en la otra orilla, él mismo cruzaba el estrecho desde el lugar donde, según la tradición, los griegos habían dejado Europa para ir a asediar Troya. Al partir, ofreció un sacrificio a Protesilao, estableciendo así un vínculo entre un pasado mítico y el presente; durante la travesía y en el momento de llegar, dedicó a su vez ofrendas a Poseidón y a sus hijas, a Atenea, a Zeus y a Heracles; allí arrojó su lanza desde el barco en señal de toma de posesión y fue el primero en precipitarse a tierra. En el mismo orden de cosas, la siguiente expedición a Ilión, con sus ofrendas a Príamo, Zeus y la Atenea iliaca, resulta a la vez simbólica y programática. Al trocar Alejandro su armadura por una de las que habían sido dedicadas a la diosa en el templo, se colocaba a sí mismo y a sus tropas bajo su protección.

Luego comenzó la ofensiva contra las fuerzas enemigas dispuestas en formación de defensa. Los persas contaban, sin duda, con una posible invasión griega desde −338. Después de haber contrarrestado las incursiones que Filipo había iniciado en −337, y tras los sucesos en Grecia de −336 y −335, una ofensiva al siguiente año les resultaría desconcertante. Ahora bien, en el oeste de Asia Menor se encontraba un buen número de los mercenarios griegos reclutados en ese intervalo, junto con unidades persas, y los propios sátrapas de Asia Menor estaban ya reunidos en Zeulea, pero no había sido nombrado todavía el comandante que asumiera el mando militar supremo y no había acuerdo con respecto a las opciones estratégicas. Los sátrapas se opusieron a la propuesta del rodio Memnón, un jefe mercenario griego al servicio de los persas muy entendido en los distintos

aspectos del problema, de adoptar la táctica de tierra quemada para obligar al adversario a renunciar a la empresa desde un principio. Se decidió esperar a Alejandro cerca del río Gránico. Es difícil comprender los fines y las intenciones de los jefes persas. El hecho de haber erigido un frente de caballería, con el que se cubría a los mercenarios, sólo puede interpretarse como un intento de disuadir al enemigo o bien de asestarle un golpe fatal desde el principio de la guerra. No resulta menos sorprendente, en verdad, el inmediato ataque de Alejandro, pese a las advertencias de Parmenión. Gracias a la formación oblicua de batalla, ideada por Epaminondas y desarrollada por Filipo, la caballería, encabezada por Alejandro, pudo cruzar el río por la derecha. Durante el quebrantamiento del desordenado frente persa y el combate cuerpo a cuerpo que le siguió, el mismo Alejandro se halló en peligro de muerte y no se hubiera salvado sin la prestísima reacción del jefe de jinetes Cleitos. Las líneas persas no tardaron en desbandarse. Las tropas que habían alcanzado entretanto la otra orilla ocasionaron importantes bajas sobre todo a los mercenarios, al tiempo que cayeron, al parecer, la mayor parte de los jefes persas.

El camino que conducía a Asia Menor estaba abierto. De su victoria, Alejandro había extraído una experiencia instructiva sobre la mejor manera de romper la resistencia persa en batalla. Los mercenarios presos, considerados traidores a la causa de la Grecia unida, fueron condenados a trabajos forzados en Macedonia, y se ofreció a la ciudad de Atenas, para el templo de la Acrópolis, un exvoto de trescientas armaduras capturadas; ambos gestos recuerdan los sacrificios ofrecidos en el Helesponto y en Ilión. Por los macedonios caídos fueron encargadas estatuas, luego erigidas en Dion, y los parientes de los muertos fueron eximidos de impuestos. Sin embargo, la batalla del Gránico no significó más que un éxito inicial, por más espectacular que fuera; las verdaderas dificultades de la campaña estaban todavía por delante. Memnón había logrado poner la mayor parte de las tropas mercenarias fuera de peligro. Ante la amenaza griega, éste fue al poco tiempo nombrado comandante en jefe y le fueron proporcionados los recursos pecuniarios que le permitieron convertir a su ejército en una potente fuerza de combate, a la vez que acudieron en su apoyo las fuerzas navales fenicias y chipriotas, cuantitativa y cualitativamente superiores a las griegas. La plaza fuerte de Sardes, donde se depositaba el dinero recaudado en la comarca, fue abandonada por Mitrenes en manos de Alejandro, que avanzaba hacia el sur; al aproximarse éste, estalló en Efeso

una revolución sangrienta contra los partidarios de Persia, a la que tuvo que poner término él mismo. Poco tiempo después, en Mileto, la resistencia se hizo, sin embargo, más firme, en lo cual tanto los griegos como los persas tenían interés. Sólo el hecho de que la flota de Alejandro tomara la delantera a la persa hizo posible la ocupación de la ciudad y el puerto. La posterior dispersión de sus fuerzas navales ordenada por Alejandro no fue sino el resultado de una estimación sensata de la situación y un reconocimiento de su inferioridad marítima. Aunque los navíos griegos habían cumplido hasta ahora sus misiones, apoyando la ocupación de las zonas costeras y cubriendo las islas, no estaban a la altura de las fuerzas persas. Por otra parte, las consecuencias psicológicas de una derrota en el mar hubieran sido inimaginables, tanto en Asia Menor como en Grecia. No sólo quedarían sin efecto los éxitos obtenidos: el triunfo de Memnón habría desencadenado inmediatamente una nueva rebelión en Grecia. A ello se agregaba la persistente escasez de dinero, que hablaba también en favor de una dispersión de la flota. El que Alejandro anunciara que en adelante iba a recurrir a operaciones terrestres para aislar la flota persa de sus bases y obligarla a la dispersión sólo puede interpretarse, dadas las circunstancias del verano de —334, como un intento de encubrir una serie de oposiciones con las que no podía acabar.

En efecto, con el correr del tiempo las dificultades iban creciendo. Poco después de la dispersión de la flota, Alejandro entró en el principado helenizado de Caria, que acababa de volver a manos de los persas a raíz de la política matrimonial de la dinastía de Mausolo. Aunque la postura en favor de Alejandro que adoptó la princesa Ada, quien había sido apartada en el curso de dicho proceso, significara cierta ventaja, la lucha por la capital Halicarnaso supuso una larga y penosa prueba de fuerza de Memnón y el ejército mercenario, encabezado también por emigrantes griego-macedonios. A pesar de algunas ventajas parciales, no fue posible conquistar la fortaleza; sólo después de la evacuación de ésta a finales del otoño logró Alejandro ocupar las ruinas de la ciudad. Varios puntos estratégicos importantes de los alrededores permanecieron aún en manos del enemigo durante más de un año.

Por lo pronto, el momento favorable para las operaciones había llegado a su término. Con la ocupación y protección improvisada de Asia Menor sólo se habían conseguido pequeñas y dudosas ventajas, mientras que Memnón controlaba el Egeo y, sobre todo, el acceso al mercado de los mercenarios en Grecia.



Torre del muro de la antigua Alinda, en Caria, principado del Asia Menor bajo dominio persa.

Alejandro dio permiso a los macedonios recién casados para volver a su tierra y ordenó que la impedimenta y parte del ejército, conducido por Parmenión, se retirara a cuarteles de invierno en Sardes. Sin parar mientes una vez más en las consideraciones estratégicas habituales, con lo que seguramente aumentaba la confusión del adversario, emprendió una campaña de invierno con el grueso del ejército en las inhóspitas comarcas de la costa meridional de Asia Menor. Las fatigas impuestas al ejército por Alejandro se explican sobre todo por su propósito de realizar el programa anunciado en el momento de dispersión de la flota, al mismo tiempo que se esforzaba por no perder más credibilidad en Grecia de la que ya había perdido. Tampoco esta vez se trató de

El camino a Faselis en Licia.

Syllion en Panfilia.

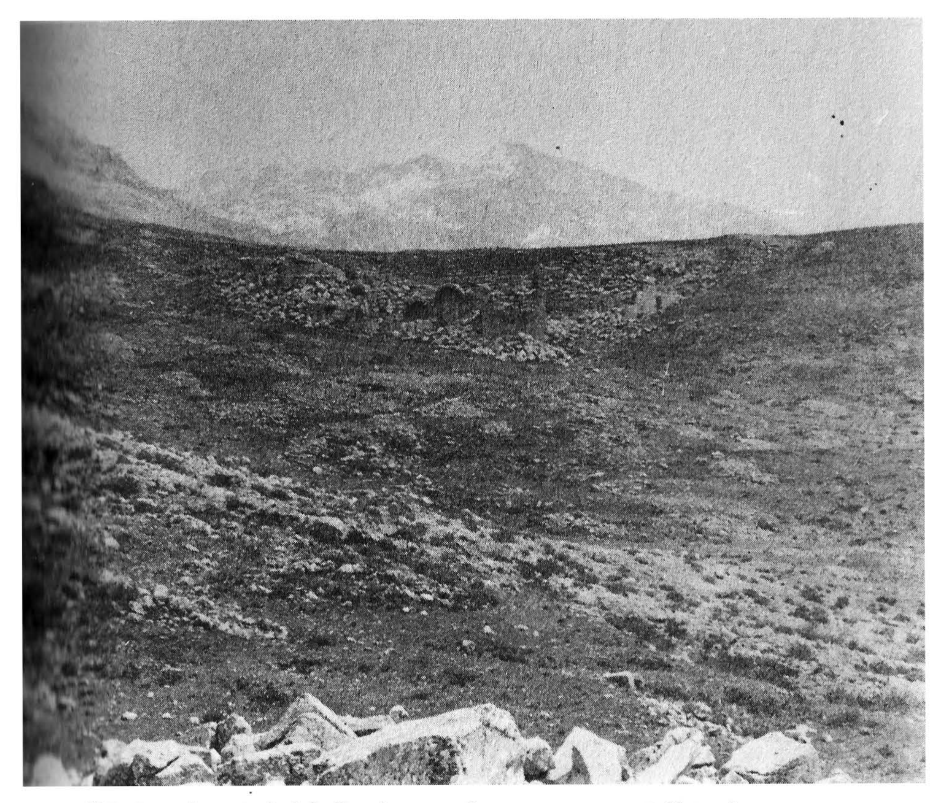
Sagalaso en Pisidia.

El Eurymedon cerca de Aspendos.

una victoria total. El sometimiento de Licia, Panfilia y Pisidia fue ciertamente importante, pero ello no impidió que una ciudad como Aspendos se atreviera a volverse atrás e incumplir su reciente declaración de obediencia, a causa de lo gravoso de los impuestos. Los montañeses pisidios de Termosos emprendieron asimismo una fuerte resistencia y Alejandro tuvo que desandar lo andado en Side al revelarse imposible una protección efectiva de Cilicia. La guarnición de Kelainai —la expedición penetraba ahora en el interior de Asia Menor— estuvo en condiciones de obtener una tregua que duró varias semanas. La concentración de las tropas se produjo en Gordion, a orillas del Sangario, en el centro de Frigia. Habida cuenta de la situación general a principios de —333 y de los resultados logrados hasta entonces, cabe preguntarse si el famoso intento de desatar el nudo del carro de Midas en el fuerte —y el compromiso de cumplir con lo que prometía la leyenda, es decir, el dominio total sobre Asia Menor— era algo más que una tentativa espectacular de levantar la moral a sus agobiadas tropas y dar ánimo y esperanza a los partidarios que acababa de ganarse entre la población de la región. Poco después Alejandro marchó hacia Anciro. Cruzó el Halys e invadió la Capadocia; los paflagones se sometieron. Pero no resultaba posible seguir el avance, teniendo ahora a la espalda un enemigo fuerte que paralizaba cualquier intento de movimiento.

Desde su base naval en Cos, Memnón había aprovechado el invierno para reconquistar —en parte mediante traiciones— las islas situadas frente a la costa occidental de Asia Menor y tender un puente hacia las Cícladas en Grecia, apoyándose en los estados insulares del Egeo. Tratando de coordinar su propio plan de invasión con una rebelión espontánea en Grecia, propugnaba una renovación de la paz de Antálcidas, que garantizaba libertad e independencia para todos los griegos. Ello conduciría necesariamente a cortar de raíz el dominio macedónico y libraría de una vez por todas al imperio persa de una amenaza mortal.

Fue precisamente en estas circunstancias cuando tuvo lugar la muerte de Memnón, durante el asedio de Mitilene, hecho que iba a resultar decisivo. Sus sucesores llevaron adelante las operaciones; Tenedos fue ocupada poco después y en el otoño se intentó atacar la vía de comunicación de Alejandro con el Helesponto. Pero era ya impensable desencadenar una ofensiva en Grecia. Antes bien, Alejandro logró formar una nueva flota aliada y despejar el mar de persas al año siguiente. Ello no obstó para que, aliviado por su buena fortuna, vacilara en dar el paso siguiente, necesario y sólo ahora posible, el que supondría la defensa de

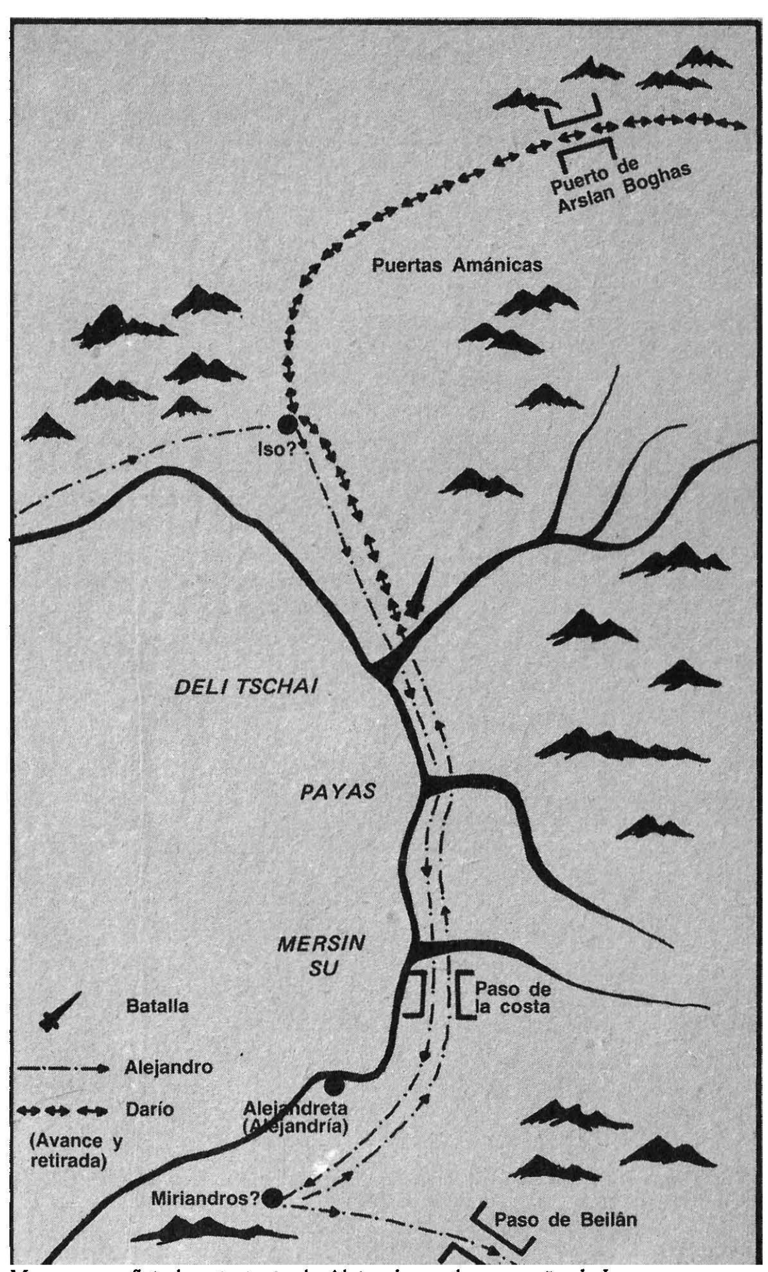


Paisaje en la vecindad de Sagalaso, en el camino que siguió Alejandro hacia Celene, durante su campaña del Asia Menor, en —334.

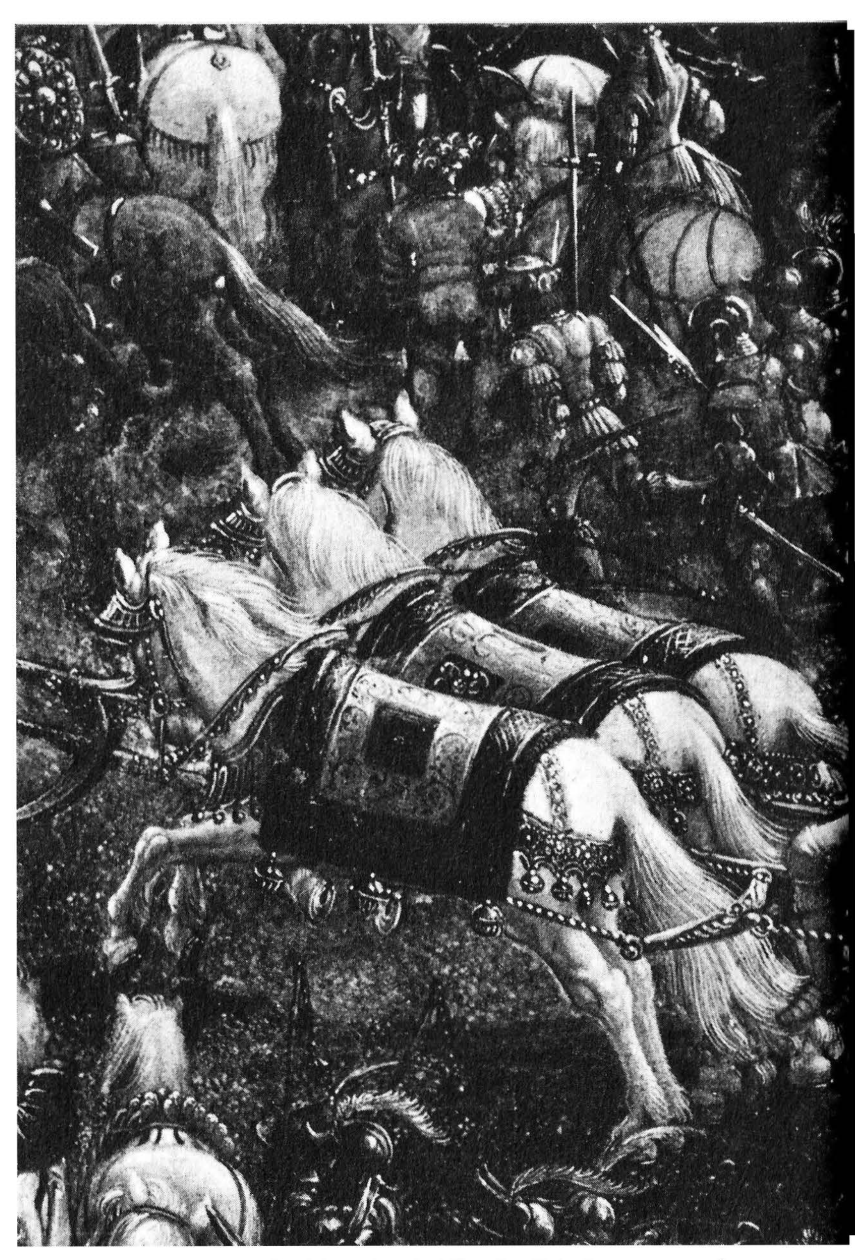
Asia Menor y el control de sus accesos orientales. Tras interrumpir las operaciones en Capadocia —nunca llegaría su dominio mucho más allá del Ponto Euxino y Armenia— se dirigió deprisa hacia el sur y, ocupada Cilicia mediante un golpe de mano, llegó poco después a Tarso. Allí fue víctima de un colapso —causado por un baño en el Cydno— que lo mantuvo en cama durante unos dos meses. Pero Parmenión siguió adelante y se apoderó de los pasos hacia Siria situados al oeste del golfo de Adalia. Después de casi dos años, se había conseguido finalmente ocupar posiciones que significaban sin duda —más allá de un acrecentamiento del imperio— una justificación de Alejandro a los ojos de los griegos.

3. Entre Iso y Gaugamela

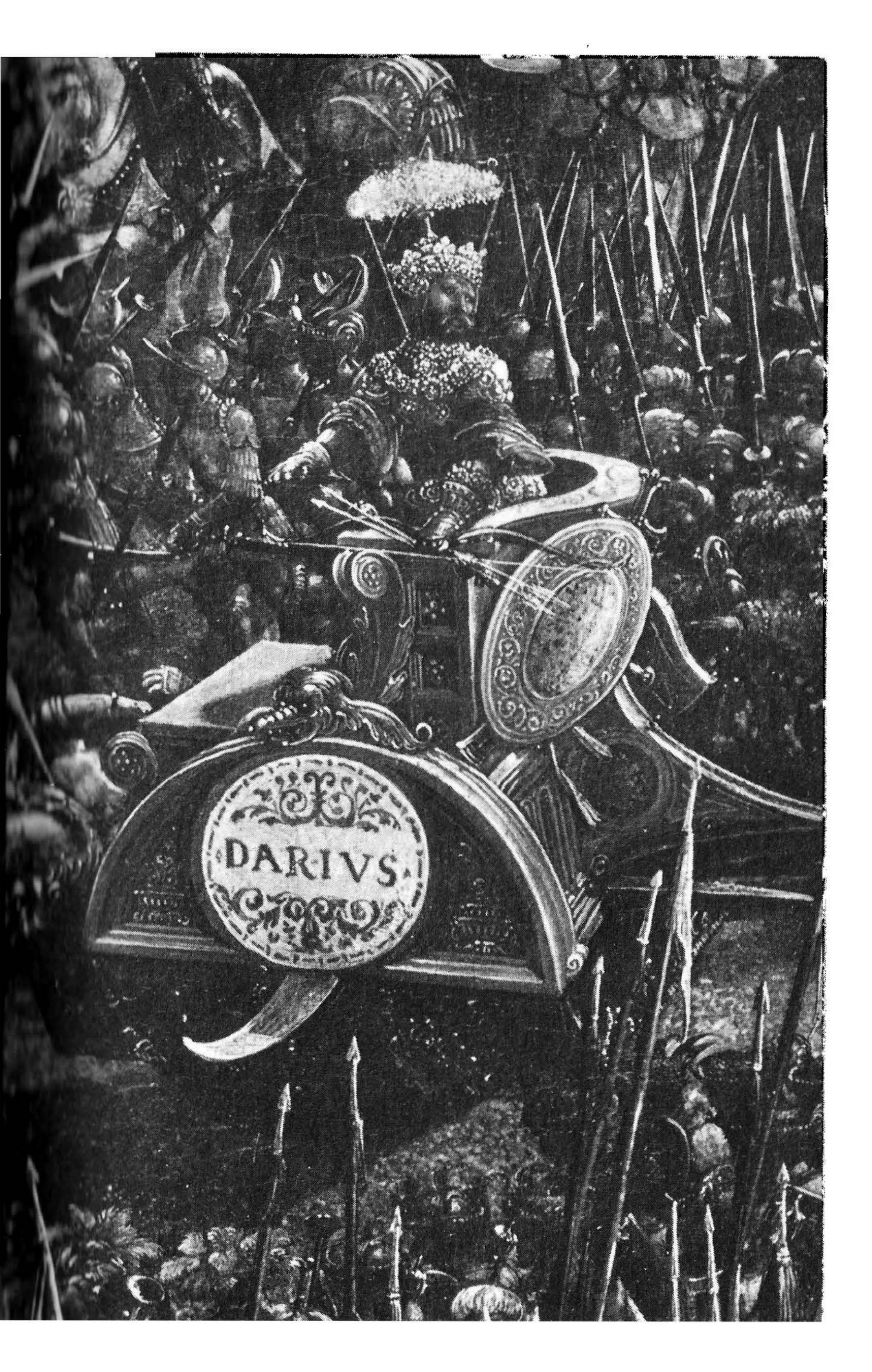
La dominación de Asia Menor no dio, en verdad, resultados definitivos y el propio Alejandro sabía mejor que cualquiera lo lejos que el imperio persa estaba todavía de una derrota. La flexibilidad táctica del emperador Darío III, que había subido al poder casi al mismo tiempo que Alejandro, se puso de manifiesto cuando, al conocer la muerte de Memnón, cambió sin tardar el centro geográfico de su estrategia, trasladándolo del oeste al este, movilizó las fuerzas disponibles, rescató la mayor parte de la tropa de élite de Memnón y tomó el mando en sus manos. Ya en el otoño se encontraba muy próximo a Alejandro, a dos días de camino de los pasos sirios, para forzar una decisión, pese al parecer contrario de Caridemos. Este le había aconsejado que esperara a Alejandro en Babilonia y dejó la vida en la contienda. Darío, enterado sin duda de la misión de Parmenión y de la participación del ejército contrario, avanzó hacia la costa de Iso por un paso situado más al norte, que permanecía sin vigilancia. Pero Alejandro, informado del avance del emperador, se había puesto en marcha a toda prisa y había dado la vuelta a la bahía para reunirse con Parmenión, comprobando por lo tanto que tenía ahora al adversario a su espalda. Se vio forzado a retroceder para evitar un cerco fatal y a abalanzarse sobre Darío. Habiendo tomado conocimiento de la reunión de Alejandro y Parmenión, Darío estableció una posición defensiva a orillas del Pínaro y trató de sacar provecho de la experiencia del Gránico. Mientras los mercenarios griegos, asistidos por persas entrenados según los mismos principios, defendían el centro, la caballería, alineada a la derecha contra el mar, efectuaría esta vez el asalto hacia la otra margen del río; en los montes, otro grupo intentaría al mismo tiempo rodear a Alejandro. El día de la batalla, la entrada en liza de Alejandro, con el ejército desplegado sobre un trecho de más de veinte kilómetros, constituyó una magistral lección de táctica. Con esa disposición, logró dejar libre su retaguardia a la derecha,



Mapa que refleja la estrategia de Alejandro en la campaña de Iso.



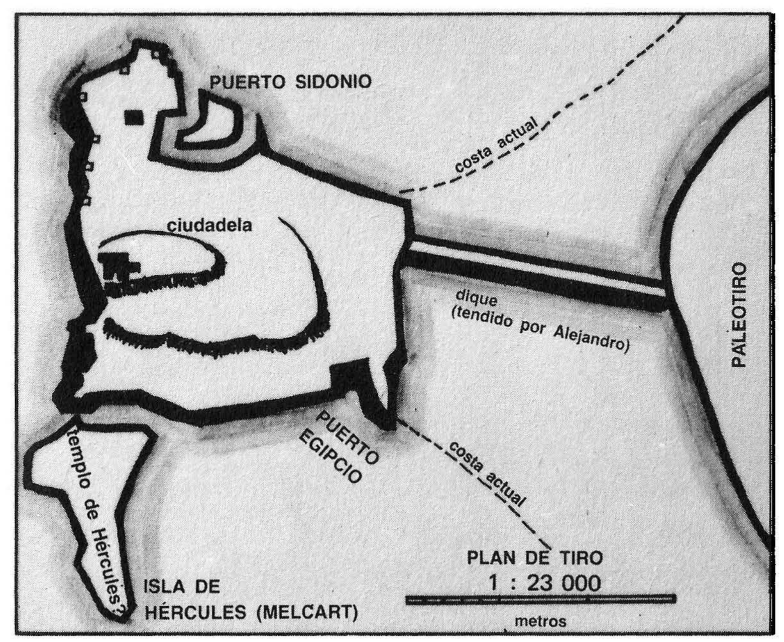
Darío III en su carro. Detalle del cuadro de Albrecht Altdorfers, conservado en la pinacoteca de Munich.


DARIVS

cruzar el Pínaro a la cabeza de sus hetairos, arrollar el ala izquierda del frente persa y finalmente obligar a Darío a abandonar deprisa el campo de batalla. La resistencia de los mercenarios puso las falanges macedónicas en peligro; Parmenión, por su parte, estaba apremiado por la caballería persa. Pero el pánico de los persas cuando se conoció la huida del emperador desencadenó una matanza prolongada hasta la madrugada.

Junto con la impedimenta de los persas, cayeron también en manos de Alejandro la madre, la esposa y los hijos de Darío, una prenda que en adelante iba a influir no sólo en el crédito, sino también en la conducta del emperador. Por otro lado, el tratamiento decoroso dado a los cautivos por Alejandro acrecentó su prestigio, tanto en Grecia como en Persia.

Dos posibilidades se ofrecían ahora al vencedor. O bien acosaba a los fugitivos, y ello suponía un conocimiento del camino de retirada y de la naturaleza del terreno, e implicaba una persecución improvisada cuya extensión era imposible prever, o bien permanecía en el lugar y consolidaba sus ventajas. La elegida por Alejandro fue una tercera opción que representaba un acertado compromiso desde el punto de vista político y militar. Teniendo en cuenta que Darío necesitaba ganar tiempo para reunir sus reservas en el este con miras a una nueva contienda, al mismo tiempo que la flota persa seguía operando en el Mediterráneo y amenazaba a Grecia, era preciso acelerar su dispersión, es decir, ocupar las zonas costeras del Mediterráneo oriental y partir definitivamente el terreno de las operaciones en un este y un oeste. La victoria de Iso facilitó, por así decirlo, nuevas condiciones para la realización del programa planteado por Alejandro en Mileto. Fenicia, la región costera palestino-siria, comprendía un número de ciudades-Estado cuyos reyes se encontraban, en su mayor parte, a bordo de barcos que acompañaban a la flota persa; lo mismo puede decirse de Chipre. En el invierno de −333 a −332, Alejandro se apoderó de las ciudades fenicias una tras otra; aparte de los cambios provocados dentro de las dinastías reinantes, no se modificó la situación en ninguna de ellas. Los resultados fueron inmediatos. Sólo ofreció resistencia Tiro, el centro mercantil más importante del área, fortalecido por su insularidad y sus relaciones, tanto religiosas como políticas, con Cartago, la capital comercial del Mediterráneo occidental. La ciudad se declaró neutral y prohibió a Alejandro que hiciera una ofrenda a su dios Melkart, que el sincretismo griego había identificado desde antiguo con Heracles, el antepasado de Alejandro. Se intentó cercar la ciudad mediante la construcción de un dique,



Mapa del Tiro de Alejandro, comparado con el actual.

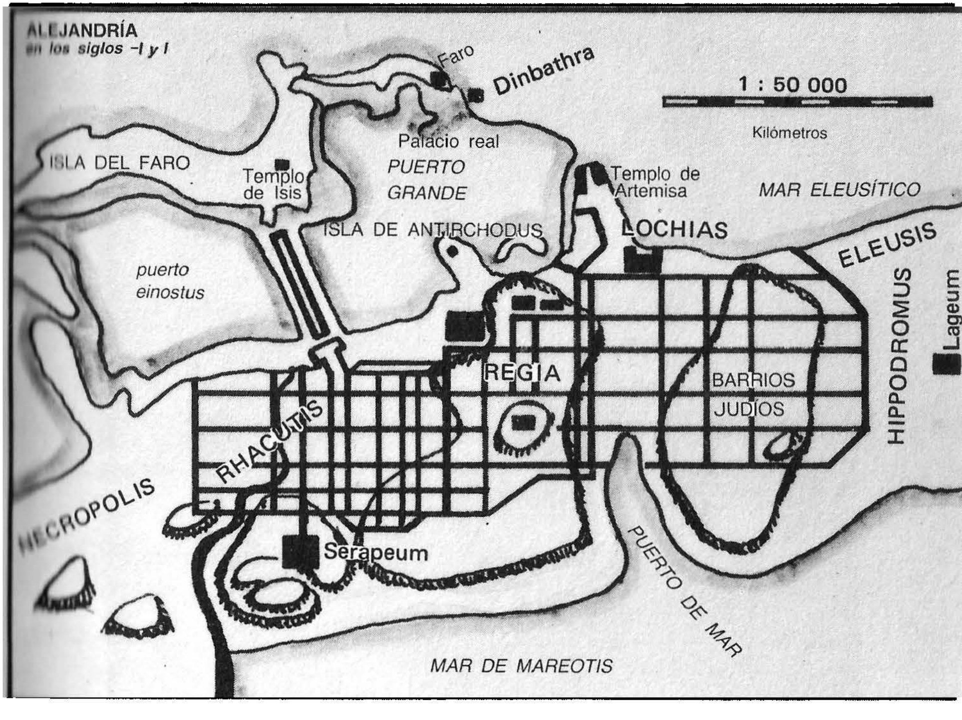
pero resultó imposible tomarla. Los demás reyes se habían pasado entretanto al campo de Alejandro, y salieron con sus flotas al encuentro de éste en Sidón; sólo ahora y con este apoyo era posible un bloqueo eficaz del islote. La desesperada defensa intentada con los barcos y buceadores de combate resultó inútil. El asalto, metódicamente preparado, condujo a una matanza general y a la esclavización de los vencidos; el rey, algunos dignatarios y los enviados cartagineses fueron los únicos que salvaron la vida. Gaza ofreció también una fuerte resistencia, pero el resto de Palestina, incluido el Estado judío de Jerusalén, se sometió de inmediato. En los últimos días del otoño de −332, Alejandro penetró en Egipto.

El reino de los faraones, sometido en −525 por el rey persa Cambises, se había rebelado continuamente durante los dos siglos anteriores y no había vuelto a integrar de modo estable el imperio persa. Tampoco la última reconquista, llevada a cabo por Artajerjes III, había dado otro resultado que el de despertar nuevas antipatías en el país. Las incursiones de los nubios constituían en aquel momento una amenaza y un factor de inseguridad más grave. En tales circunstancias, no es extraña la deserción del



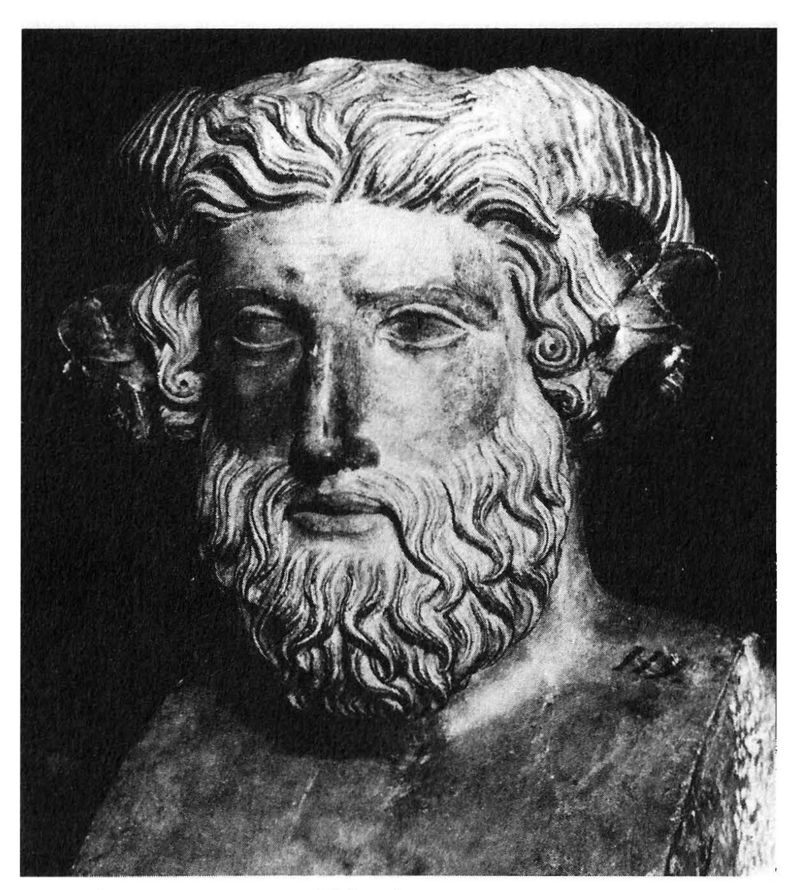
Alejandro. Detalle del mosaico de Alejandro en Pompeya. Siglo —I. Museo nacional, Nápoles.

gobernador Mazakales y la entronización de Alejandro como nuevo faraón, liberador del yugo persa, por el clero de Menfis. Su posterior estancia en Egipto estuvo señalada por dos sucesos: la fundación de Alejandría y la peregrinación al oráculo del dios Amón en el oasis de Siwa. Ambos hechos se hallan estrechamente vinculados. Las relaciones entre Egipto y Grecia venían de muy antiguo, y la instalación de un nuevo puerto, oportunamente situado en el brazo occidental del Nilo, significaba por lo pronto una ampliación de los lazos existentes y nuevas posibilidades para el comercio. Como lo demuestra su posterior desarrollo, la concepción de la ciudad debió no poco a los deseos y sugerencias expuestos ya antes a Alejandro por los griegos. Pero la fundación de Alejandría vinculó las recientes conquistas a la metrópoli de modo mucho más firme que cualquier otro lazo, y debió de manifestarse como la señal de una incipiente dominación política y económica —ya era algo más que un programa— sobre el



Alejandría. Plano de la ciudad entre los siglos —I y I.

Mediterráneo oriental hasta Cirene, cuyo centro natural, y ello era importante en tal contexto, coincidía con Grecia. La subsiguiente expedición al oráculo de Amón era coherente con la fundación de la ciudad, ya que estaba sin duda justificada por ella. Hacía tiempo que Amón había perdido en Egipto la importancia central que tenía en cuanto dios nacional tebano. Pero no es nada inhabitual la evolución independiente de ciertos elementos de un culto y su enriquecimiento mediante representaciones de origen distinto. Por lo tanto, es comprensible que el dios fuera tempranamente identificado con Zeus en Grecia —pese a la creciente importancia del oráculo, registrada desde el siglo —VII, no se puede determinar su influencia en la región del Nilo— y que no falten testimonios, tanto arqueológicos como poéticos y pertenecientes a un área muy extensa, que pueden ser referidos a concepciones similares. El propio Cimón había interrogado al oráculo y Lisandro había fundado en sus palabras su pretensión de ser adorado como un



Busto de una representación del dios Amón.
Copia romana conservada en el Museo nacional, Nápoles.

dios. Se trataba de difundir una imagen favorable a Alejandro en ambas esferas, la griega y la oriental-egipcia. Para entonces Calístenes había ya contado cómo el mar en la costa de Panfilia, cerca de Faselis, había retrocedido frente a Alejandro, en acto de divina sumisión. El anuncio de la celebración de éste como hijo de Zeus por los sacerdotes del dios era una noticia que, acorde con las representaciones egipcias vigentes, tenía carácter de evidencia y, para el punto de vista griego, el contenido de una deificación, culminación natural del prodigio del mar en Panfilia. Al mismo tiempo, otros oráculos de Asia Menor se hicieron eco de noticias

La costa licia cerca de Faselis.



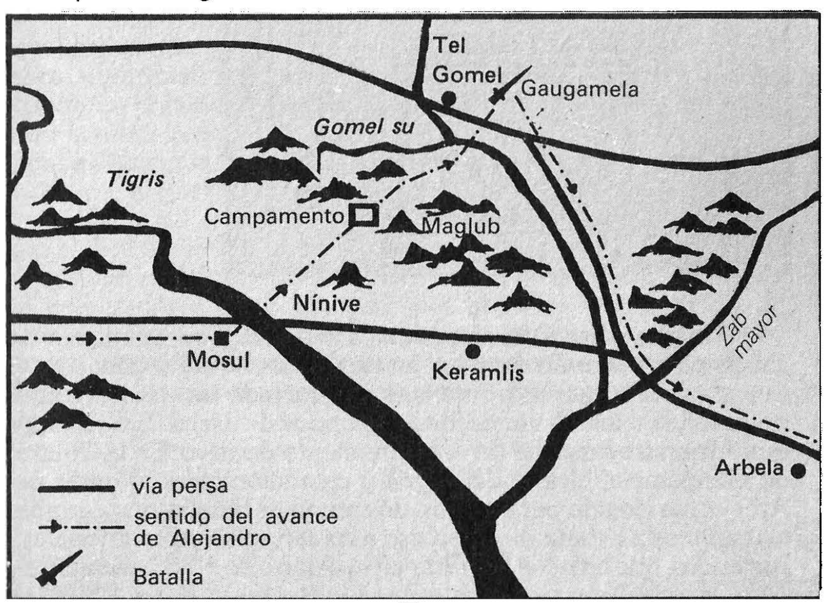
Representación de Alejandro como Amón. Tetradracma de Lisímaco (hacia —300). Museo británico, Londres.

semejantes, lo que confirma el aspecto propagandístico y la relevancia política y religiosa de la figura del hijo de Dios en aquellos tiempos. Sin embargo, la interpretación que se había de sacar de tales manifestaciones se remitía a los mismos griegos. Evidentemente, los contemporáneos eran conscientes de que éstas rebasaban los límites hasta entonces aceptados de la imagen del soberano y del hombre en general, más allá de la confirmación que ofrecían de las nuevas conquistas y realizaciones. En este sentido, la peregrinación al oráculo es señal de una adaptación a la nueva dimensión de los hechos y un intento de entroncarla con la tradición. De esta manera se va elaborando una nueva relación de Oriente con Occidente. Las festividades de Menfis, con la participación de artistas griegos, parecen corroborarlo. La regulación de las relaciones políticas en Egipto preveía una participación del país en dos entidades independientes cuyos gobernadores fueran nativos. A ellas se agregaban, también de forma independiente, dos zonas, situadas al este y al oeste del valle del Nilo. El gobernador de la zona oriental, el griego Cleómenes de Naucratis, fue a su vez encargado de la recaudación de los tributos de Egipto. En cambio, las fuerzas que permanecían allí fueron distribuidas al mando de tres comandantes macedonios, y a los mercenarios, instalados desde entonces en el país según un modelo puesto ya en práctica por los persas, se les otorgó una administración propia con una nueva reglamentación, obviamente destinada a asegurar el control de los mismos. Poco después, Cleómenes se convirtió en el único gobernador de Egipto. La partición de la colonia dio buenos resultados: Egipto y su renta permanecieron firmemente incorporados al dominio de Alejandro.

A principios del verano, Alejandro emprendía nuevamente la campaña contra Darío. El emperador había intentado todo lo posible para recuperar a su familia y lograr las condiciones que hicieran posible la conclusión de la paz. La tradición no es, por cierto, unánime en cuanto a la correspondencia iniciada entre éste y Alejandro, ni en lo que respecta tanto a la cronología como al contenido de las distintas misivas. Pero las intenciones y el propósito se manifiestan en todas. Poco tiempo después de Iso, un mensaje de Darío llamaba la atención de Alejandro sobre la injustificada hostilidad para con Persia, cuyo origen se remontaba a la época de Filipo, y propugnaba la paz, un tratado de amistad y la separación de las esferas de interés, con escasa mención de los compromisos panhelénicos de Alejandro. La respuesta hacía un balance del panhelenismo y concluía con una exigencia de sumi-

sión y reconocimiento de la soberanía sobre Asia. Tamaña pretensión sólo se puede explicar teniendo en cuenta la relación de fuerzas existente en aquel preciso momento. El reconocimiento de su inferioridad por parte de Persia debe entenderse también, aun teniendo en cuenta la promesa de perennidad del reino aqueménida en el supuesto de una sumisión, como el fundamento moral de cualesquiera de las políticas venideras para con Persia. Luego llegó otra carta, escrita durante el asedio de Tiro, en la que Darío proponía a Alejandro un matrimonio con una princesa persa, ofrecía ayuda financiera persa y, presumiblemente, la garantía del dominio macedónico hasta el Halys. El examen de los distintos puntos, en apariencia muy sensatos, condujo a una controversia con Parmenión, el cual aconsejaba la aceptación de los mismos. Nuevamente rechazó Alejandro la propuesta. Una tercera misiva, en el verano de −331, hubiera implicado probablemente un reconocimiento del dominio de Alejandro hasta el Eufrates y, de ahí, de la anexión de Egipto. De todas maneras la situación favorable de Alejandro no había sufrido entretanto cambios sensibles. No quedaba otra alternativa que la de esperar y procurar una modificación de la relación de fuerzas que posibilitara llegar a un compromiso.

Campaña de Gaugamela.





La batalla de Gaugamela. Relieve de la época imperial en Loreto.

Por otra parte, Darío había iniciado un amplio rearme, movilizando para la batalla final las fuerzas de las satrapías del este y noreste y de las zonas fronterizas, y reuniendo un ejército como no se había vuelto a ver desde los tiempos de Jerjes. Era notorio que Alejandro buscaba un enfrentamiento decisivo. En la llanura de Gaugamela, al este del Tigris y cien kilómetros al oeste de Arbela, fue elegido para este fin un campo de batalla, que cerraba los caminos a Ecbátana y el acceso a las satrapías septentrionales. Alejandro, que cruzó el Eufrates en el verano de —331, alcanzó el

Tigris el 22 de septiembre y llegó poco después al campo de batalla. La táctica de los persas, adecuada al terreno y fundada en la superioridad de su caballería, consistía en emprender la ofensiva. Hasta entonces la fuerza de Alejandro había residido en que fuera él el que tomara la iniciativa y concentrara el impacto de todo el ejército hacia el punto en que había conducido el ataque previo. Esta vez le iban a sustraer la iniciativa y la posibilidad de concentrar sus fuerzas. La batalla se resolvería en una serie de combates parciales y luego incontrolables según el plan persa, de acuerdo con el cual se asaltaría también el campamento principal, distante unos diez kilómetros, para librar por fin a la familia real y despojar al ejército enemigo de su impedimenta, tan importante en territorio adverso. Las razones del fracaso de este plan, de por sí bien montado, son diversas. Debido al peligro de envolvimiento, Alejandro había reforzado sus alas y dispuesto una segunda línea de frente. El ala izquierda persa, conducida por Besos, el sátrapa de Bactriana, logró rodear el ala derecha del adversario y entablar la lucha. Alejandro hizo desplazar el frente hacia la derecha, atacó al emperador por un costado y le obligó a abandonar el campo de batalla después de una áspera lucha. La operación contra el campamento macedonio tampoco tuvo éxito; la madre de Darío se opuso a su propia liberación, al no comprender, aparentemente, el propósito de la acción, y el ataque degeneró en pillaje. Un ataque de los persas con carros de combate quebró las falanges macedónicas y Alejandro, en el intento de sacar a Parmenión de apuros, tuvo que entablar una difícil lucha contra un batallón de caballería indo-persa. Finalmente, también aquí la retirada del emperador provocó la desbandada. Las unidades de élite persas procedentes de las satrapías septentrionales se retiraron, al parecer más o menos ordenadamente, y llegaron al lugar de reunión previsto en Ecbátana. Alejandro acababa de ganar la batalla decisiva y los macedonios podían con razón proclamarlo ahora rey de Asia. No había logrado hacer prisionero al emperador y no podía entonces imponer una solución de compromiso. La guerra continuaba y se extendía a regiones en gran medida desconocidas, que poseían reservas de fuerzas intactas, mientras que el vínculo con la metrópoli se hacía cada vez más frágil.

4. El fin del reino aqueménida

Mientras Darío reunía los restos de su ejército en Ecbátana, Alejandro marchaba hacia Babilonia, centro económico y cruce de todos los caminos importantes del reino. La ciudad fue entregada por el sátrapa Mazaios, quien había conducido poco antes la maniobra de retirada de los persas en Gaugamela. El hecho de que éste fuera mantenido en su puesto por Alejandro constituye la señal de un giro en la política hacia Persia, de la misma manera que la reconstrucción, emprendida en aquel mismo momento, del templo de Marduk, destruido en su tiempo por Jerjes, indicaba la continuación de la política religiosa de Alejandro en Egipto. En realidad el verdadero corazón del imperio no había sido tocado aún; los centros de Susa y Persépolis, aunque el emperador los había dejado sin protección, no estaban ocupados todavía. Por lo tanto, luego de un largo mes de descanso, Alejandro dio inicio a la campaña de invierno. Susa fue ocupada veinte días más tarde; el palacio y su tesoro cayeron en manos de Alejandro. La expedición a Persépolis, situada quinientos kilómetros más al este, a través de los difíciles pasos de la sierra elamítica, representa, aún hoy, un enigma. En medio de condiciones climáticas rigurosísimas, los uxios, virtualmente independientes hasta entonces, fueron sometidos; mediante una maniobra de envolvimiento, Alejandro se apoderó del camino a Persépolis, de cuya defensa respondía el sátrapa del Persis, Ariobarzanes. Poco después, el administrador de la ciudad entregaba a Alejandro los tesoros de la residencia real.

Aquí situados, la victoria parecía ser total. Tras la pérdida de la región occidental de su imperio, el emperador se veía ahora privado de sus centros políticos y del patrimonio de riquezas del Estado: el metal precioso no acuñado, acumulado a lo largo de varios siglos, estaba en manos de Alejandro. La realidad superaba todo lo que los griegos hubiesen podido concebir en sus sueños más fantásticos. La prolongación de la estancia en Persépolis durante meses tuvo varios motivos. Las tropas, agotadas



Detalle de un capitel en Susa, capital de invierno del imperio aqueménida ocupada por Alejandro en −331.

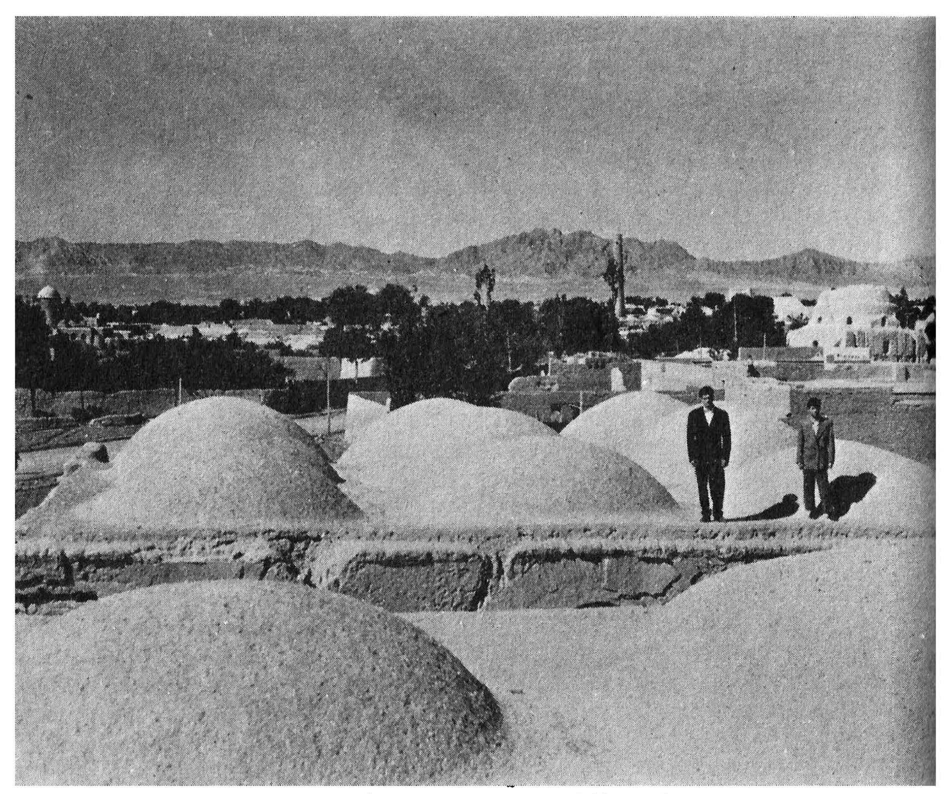
por la campaña de invierno, precisaban descansar sin demora; era necesario someter a las tribus montañesas de los contornos, las cuales, al igual que los uxios, nunca habían sido hasta entonces pacificadas por completo. Agréguese a ello que Alejandro, evidentemente, seguía esperando la rendición del emperador. En efecto, si existía alguna posibilidad de alcanzar una solución



Guardias reales persas. Palacio de Artajerjes en Persépolis. Museos del Estado, Berlín.

pacífica y un compromiso diplomático entre ambas naciones, ésta era la última oportunidad de conseguirlo. Detener la guerra, sin embargo, seguía siendo a los ojos de Alejandro la necesidad del momento, a la vista de los problemas pendientes en Grecia, fueran cuales fueren los intereses que reclamaran su atención en el mundo oriental. Incluso para Darío, tan sólo la propuesta hecha anteriormente por Alejandro brindaba todavía alguna perspectiva de permanencia del reino aqueménida, resignándose este último a apoyarse en la superioridad de Alejandro en Occidente.

Alejandro permanecía, no obstante, en territorio hostil, rodeado de espacios inmensos. Ahora bien, la situación política y militar en Grecia también había sufrido cambios profundos, y Darío, al enterarse de ellos, comprendería que el rumbo de los acontecimientos se había alterado en perjuicio suyo. Después de la ocupación de las costas del Mediterráneo oriental, la flota persa se había desintegrado en —332 y la flota griega, que acababan de reorganizar Hegelocos y Anfóteros, había podido limpiar el Egeo sin dificultad. Con anterioridad, los dirigentes persas habían intentado de nuevo, sin duda aplicando un plan de Memnón, ganarse en Grecia a un sector que les fuera favorable y, naturalmente, ofreciera la posibilidad de materializar la hostilidad griega para con Macedonia. Esparta todavía se mantenía apartada de la unión griega pese a los esfuerzos de Filipo y luego de Alejandro. Pero Agis III, hijo de Arquidamo III, muerto en Italia, había tomado contacto con Memnón y formado, después de la batalla de Iso y con el dinero proporcionado por los sucesores de Memnón, una fuerza de combate instalada en Creta y en el Peloponeso. El objetivo de Agis era, una vez más, la renovación del tratado de paz de Antálcidas y no escatimó esfuerzos para atraer a los griegos a la causa de la rebelión. Sin embargo, la extensión del dominio de Alejandro y la vigilancia de Antípatro limitaron al Peloponeso el alcance del movimiento de apoyo a Agis. Es significativo, no obstante, que la batalla decisiva a ese respecto, librada en Megalópolis, tuviera lugar casi en el mismo momento que la de Gaugamela y que surgieran así otras amenazas contra Alejandro, procedentes nuevamente de Grecia. Agis cayó tras luchar valientemente contra un adversario muy superior en número. Antípatro evitó entonces el maltrato a los vencidos; exigió una compensación para los aliados afectados mediante la captura de rehenes, pero remitió la resolución de las restantes cuestiones a los miembros de la unión, quienes a su vez remitieron la decisión sobre la suerte de los espartanos a Alejandro. Debió de ser precisamente a principios de aquel año cuando Alejandro se tuvo que ocupar del



Excavaciones en Damghan (Irán), muy cerca del lugar donde Alejandro alcanzó a Darío.

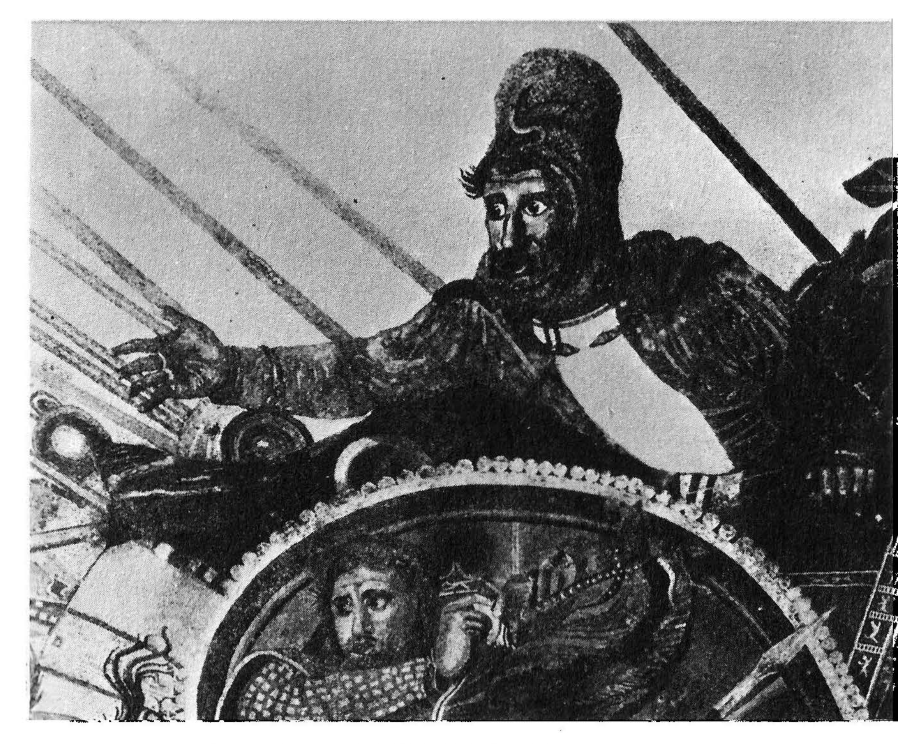
problema espartano. No se conoce la solución adoptada, pero noticias ulteriores permiten deducir que ordenó la integración de Esparta en la unión, haciendo por lo demás todo lo posible para que fueran olvidadas las hostilidades. De esta manera se produce la coincidencia de dos hechos: al tiempo que el ejército griego se acuartela en territorio persa, se hace realidad la unificación de la patria griega, asociándose así la venganza por lo sucedido en —480 a los primeros pasos hacia un futuro común. En este contexto cobra sentido de proclamación de la nueva situación —tanto a los pueblos de Grecia como a los del Oriente liberado— la decisión de Alejandro: el incendio de Persépolis. Poco importa saber si se trató de un gesto minuciosamente preparado o de un exceso debido a la ebriedad, al que la ramera ateniense Tais le hubiera

impulsado, de acuerdo con algunos relatos. Las consecuencias directas e indirectas del suceso son incalculables, pues se pone de manifiesto desde entonces el fin inevitable del reino aqueménida. La expedición vengadora debía llegar a su término y, en efecto, Alejandro licenciaría poco después a los contingentes aliados. Pero entretanto la vieja guerra contra Persia proseguía y pocos días después del incendio el ejército estaba en marcha hacia Ecbátana.

Aparte de la extrañeza que le debió de producir el hecho de que Darío no aprovechara las oportunidades de arreglo que le ofrecía, Alejandro tuvo que sentir cierta exasperación. No se puede poner en duda su buena voluntad demostrada hasta entonces, y el trato que posteriormente recibieron los príncipes indios quizá pueda dar la pauta de cuál hubiera sido el destino de los aqueménidas. Darío, por el contrario, quería obviamente continuar la guerra trasladándola a las regiones situadas al este y al norte del imperio, a fin de obligar a Alejandro a renunciar. No le quedaba a éste otra posibilidad que la de intentar conseguir a la fuerza las condiciones que abrieran nuevas perspectivas. Al acercarse su adversario, Darío se replegó, y las semanas siguientes se convirtieron en una cacería —desde Ecbátana hacia el noreste y recorriendo Irán de una punta a otra— en la que iba disminuyendo cada vez más la distancia que separaba a Alejandro de los fugitivos. El rey, cuya actitud era coherente pero cuya situación se había vuelto ya desesperada, veía disminuir el número de sus seguidores. Besos, el visir de Nabarsana, y los sátrapas de Aría y Aracosia se volvieron en contra de Darío, esperando quizá poder alcanzar todavía un compromiso en el último momento, mediante la entrega del emperador. Pero ya había pasado la hora de negociar. Alejandro arrolló a las restantes tropas del adversario cerca del extremo suroriental del mar Caspio, más allá de las puertas caspias. Los sátrapas se fugaron de allí, no sin haber asestado previamente un golpe mortal a Darío, al que tenían prisionero. El que Alejandro, instantes más tarde, cubriera el cadáver de su adversario con su propio manto real no era únicamente un gesto de reconciliación. Era un programa.

5. Los confines del nordeste

Lo cierto es que la muerte de Darío confirió a la guerra un contenido diferente del que había tenido hasta entonces. Alejandro había invadido Persia como el vengador de los griegos y luego había combinado ese papel con el de liberador de los distintos pueblos, inclusive de los no griegos. Sin embargo, pese a todas las órdenes y declaraciones de sumisión, no es posible discernir hasta esta fecha la existencia de planes concretos para el futuro, ni de objetivos de mayor alcance, hasta tal punto que cabe preguntarse si tales perspectivas habían sido planteadas seriamente antes de entonces. La eliminación de Darío colocaba ahora a Alejandro por primera vez ante el problema sucesorio, en un reino al que dejaba sin cabeza pero cuya necesidad había sido reconocida mucho tiempo antes, y de cuyas dimensiones Alejandro sólo había podido tomar clara conciencia con el tiempo. Agréguese a eso que Besos, inmediatamente después del asesinato, se había declarado en Bactriana sucesor legítimo y aparecía como un competidor capaz de poner en peligro lo alcanzado hasta ahora. Cabe aun preguntarse qué hubiera ocurrido si Alejandro hubiese encontrado a Darío, o bien si Besos se hubiese unido a él. Tal como estaban las cosas, se tenía que continuar avanzando para acabar con este nuevo adversario y ocupar los restantes territorios del imperio, mientras los demás temas —Grecia, el control del Mediterráneo, etc.—, entonces tanto como antes asuntos urgentísimos, tenían que permanecer en un *provisorium*. El tiempo era caro. Luego de un breve descanso, las tribus de la región del Elburz fueron pacificadas, con lo que los últimos mercenarios que habían permanecido leales a Darío fueron incorporados al ejército de Alejandro. Los enviados griegos capturados entre ellos fueron castigados por éste, que seguía siendo general del ejército de la confederación. En cambio Artabazos, que había permanecido leal a Darío y había sido huésped de la casa real macedonia durante muchos años, y que era a la vez el portavoz de la alta



Darío III. Detalle del mosaico de la batalla de Alejandro. Museo nacional, Nápoles.

nobleza persa, fue acogido con los brazos abiertos; Nabarzanes recibió asimismo un trato favorable.

Satibarzanes, en cuyo territorio de Aría penetró Alejandro poco después en su avance hacia Bactriana, se rindió y fue reinstalado, después de lo cual se unió a Besos —lo que constituía una clara señal del peligro que significaba prolongar demasiado la expectativa—. Alejandro tuvo que volverse atrás y entretenerse en el asalto de la capital, Artacoana. Satibarzanes huyó y no pudo ser eliminado hasta el año siguiente. Consciente de la necesidad de extender el área de seguridad, Alejandro hubo de desviarse hacia Aracosia, desde donde podría atravesar el Hindukush y atacar al enemigo, por así decirlo, por la espalda. En aquel momento se produjo una conspiración contra su vida, de la que su jefe de jinetes Filotas no le advirtió a tiempo y fue por ello condenado y ejecutado. Inmediatamente después, Alejandro man-



Alejandro. Medallón de oro procedente de Abukir.
Gabinete de medallas antiguas, Berlín.

dó asesinar alevosamente a Parmenión, el padre de Filotas, que permanecía en Media. No está claro el motivo: pudo ser a raíz de una decisión de los macedonios, o bien por temor a la venganza. A ello le siguió toda una serie de procesos por alta traición que desmembró la cúpula del ejército. Tales sucesos arrojan luz sobre la situación del cuartel general y el ejército, y no sería aparentemente una mera conjetura el que tuviesen relación con los avatares militares y políticos.

Pues bien, en el invierno de −330 el ejército se encontraba en

el corazón del Hindukush. La empresa había sido verdaderamente sobrehumana: durante todo aquel año habían marchado ininterrumpidamente en condiciones indescriptibles. En la confluencia del Ghorband y el Panchir, fue erigida una ciudad que sirviese de base para continuar el avance. Poco después, Alejandro empezó el combate contra Besos. Este había hecho entretanto todo lo posible para asegurar la defensa de su territorio, movilizando a los feudatarios autóctonos y reclutando a los saccas de las comarcas vecinas. Cuando intentó cerrar el paso a Alejandro desde la fortaleza de Aornos, éste, probablemente cruzando el paso de Khawak, situado al este, descendió el valle del Oxus por un terrible camino cubierto de nieve y logró apoderarse de las poblaciones del área, con lo que inutilizaba el plan de defensa del adversario. Besos huyó atravesando el río y el ejército de Alejandro le persiguió. Poco después encontró Besos el mismo fin que le había sido destinado a Darío el año anterior. Un grupo de feudatarios autóctonos, que habían visto con buenos ojos que su sátrapa tomara el poder, debieron de darse cuenta de la amenaza que suponía el avance de Alejandro tras haber superado el obstáculo del Hindukush, e intentaron negociar por sí mismos una solución pacífica. Ofrecieron a Alejandro la entrega de Besos y poco después éste fue conducido ante Tolomeo, quien encabezaba un destacamento enviado especialmente para ese propósito. Alejandro ordenó que Besos fuera azotado y le aclaró entonces que no le castigaba por ser un usurpador, sino debido a la traición cometida contra Darío. Después, Alejandro avanzó otros quinientos kilómetros, atravesando Maracanda hasta el río Iajartes, en el límite del reino aqueménida. Con la derrota de Besos se había apartado al último adversario. En el complejo de países que abarcaba desde entonces tanto a Grecia como a Persia, no existía ya oponente alguno que pudiera impugnar el papel de Alejandro —del cual éste tampoco podía zafarse— como detentador de todo el poder. De cualquier modo, no está claro qué esperaban de la nueva situación los traidores de Besos. Las satrapías de Bactriana y Sogdiana, en la región situada al norte del Hindukush, formaban, desde la época de Ciro, una parte muy importante del imperio aqueménida; su población presentaba un mismo parentesco étnico y una estructura social semejante a la de los persas. Por otra parte, esta región, a menudo administrada en forma unificada, constituía el hogar de la religión zoroástrica, cuyos preceptos parecen haberse mantenido allí más puros y practicados más estrictamente que en otras partes. No se puede pasar por alto la influencia que ésta había tenido en el aprovechamiento de

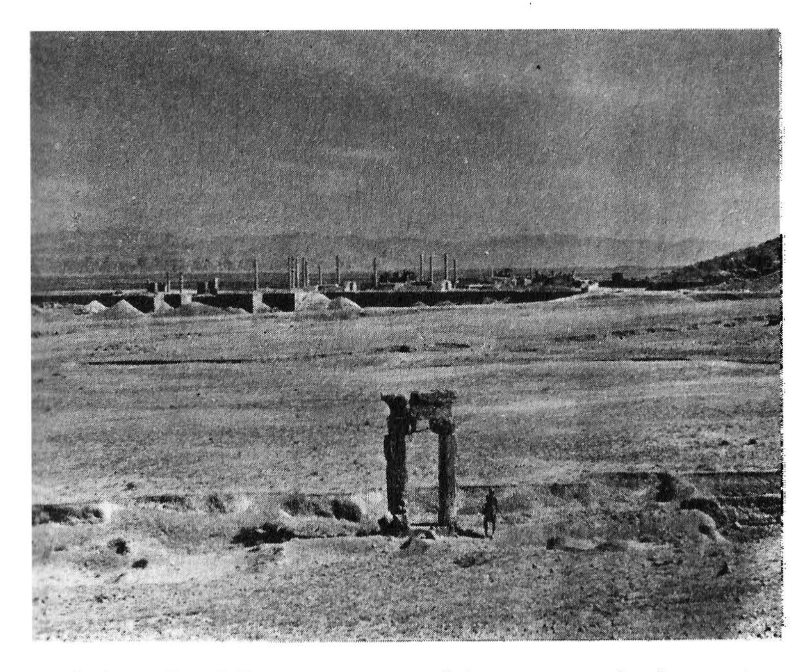


Bactriano. Bajorrelieve en Persépolis.

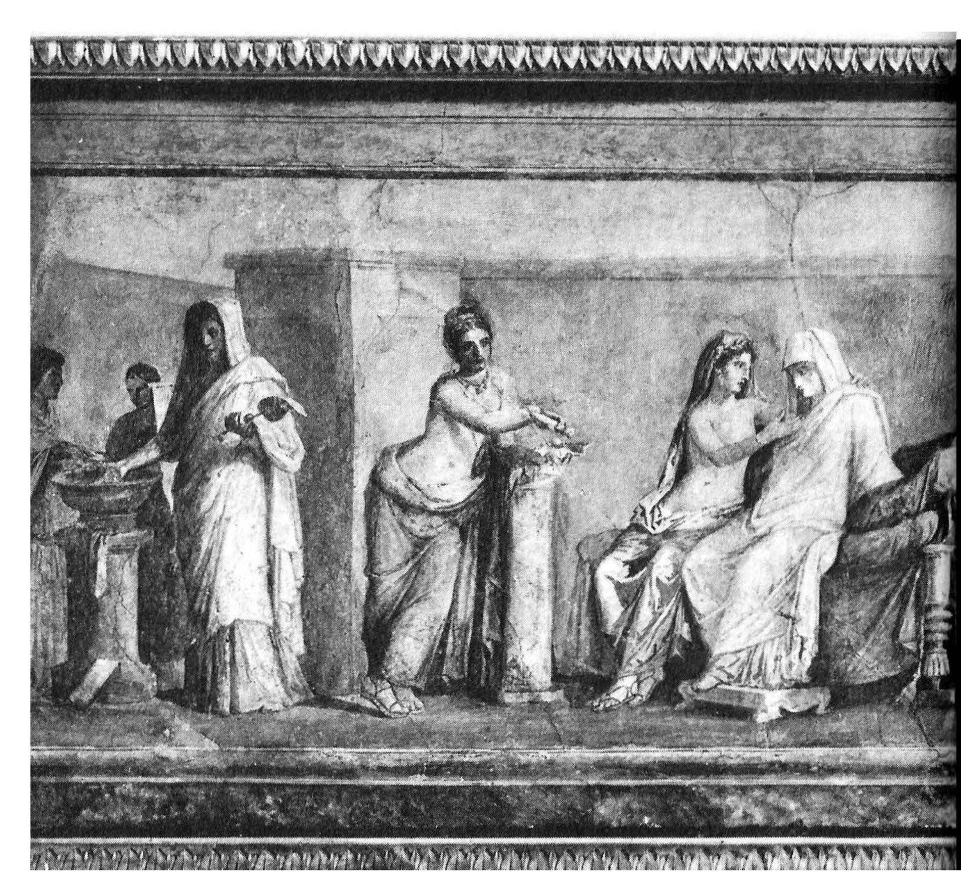
Persépolis, capital del imperio aqueménida destruida por Alejandro en −331. ►

las fértiles tierras bajas de la región y en el desarrollo de un sistema de irrigación altamente tecnificado. Los centros urbanos del país constituían un foco de civilización, cuya proyección se deja rastrear quizá hasta en los asentamientos del mar de Aral. Súmese a ello la gran fuerza de atracción de esa civilización, organizada en una estructura feudal tradicional, sobre las poblaciones nómadas que vivían en el interior: Ello favorecía la existencia de múltiples lazos con el exterior: en contraste con la decaden-

cia física y política de los aqueménidas, el constante aflujo de sangre nueva debió de dar a las capas dirigentes, verdaderos responsables de la política del país, un sentimiento de superioridad que les autorizaba a esperar con tranquilidad al nuevo señor. En suma, la entrega de Besos habría sido vista como una concesión de la que cabía esperar agradecimiento. La intención demostrada en realidad por Alejandro de incorporar estas zonas fronterizas a su dominio, sin tardanza y más firmemente aún que hasta entonces, les debió de dejar estupefactos. Agréguese a ello el establecimiento de las guarniciones del vencedor en lugares estratégicos como Bactra y Maracanda, e inclusive la fundación de una



ciudad a orillas del Iajartes, emprendida acto seguido, destinada a servir de base para los ataques hacia el Turquestán. El conflicto se profundizaría tras la convocatoria de una asamblea de feudatarios durante el invierno (−329 a −328) posterior a los acontecimientos de Bactra. Esa fue la señal para una sublevación de todo el país a espaldas de Alejandro, si bien es cierto que ya desde el otoño se habían advertido conflictos aquí y allá. De ahora en adelante y durante dos años Alejandro se habría de enfrentar a una resisten-



cia cuyas formas eran desconocidas hasta entonces, al constante recrudecimiento de la actividad de una guerrilla que actuaba en lugares distintos cada vez. Espitámenes, uno de los feudatarios y portavoz de los conjurados contra Besos, asedió Maracanda a la cabeza de las unidades de aliados saccas. Los saccas de la otra orilla del Iajartes atacaron entretanto las obras de la ciudad recién fundada, al tiempo que se sublevaban siete ciudades en las cercanías del río. Como primera medida, Alejandro dividió el ejército y arremetió contra las ciudades, que tuvieron que ser tomadas una por una. La crueldad de la que se dio muestra en estas acciones se explica tanto por una voluntad de disuasión como por la exasperación de las tropas, que nunca se habían enfrentado a algo semejante. Con el fin de hacer frente a los saccas que se concentraban a orillas del Iajartes, les fue necesario cruzar el río. Consiguieron



Las Bodas Aldobrandinas, fresco romano del siglo —I descubierto en el monte Esquilino, probable representación de las nupcias entre Alejandro y Roxana.

ahuyentarlos con el apoyo de la artillería y mediante una táctica adecuada a las circunstancias: el uso de unidades mixtas en las que alternaban infantes ligeros y pesados. El resultado final fue que el príncipe sacca pidió perdón a Alejandro y éste no tuvo ya más dificultades con esta etnia. Sin embargo, Espitámenes había logrado entretanto aniquilar, en una emboscada a orillas del Politímetos, cerca de Maracanda, a una unidad de combate lanzada tras él, infligiendo así a Alejandro su primera derrota. Este pudo liberar Maracanda, adonde acudió a marchas forzadas, pero Espitámenes se refugió entre los masagetas, al oeste. Duran-

te el invierno, Alejandro volvió a asolar repetidas veces Sogdiana, lo cual pone de manifiesto el recrudecimiento de la resistencia pese a las represalias.

La asamblea de feudatarios se celebró finalmente, y ahí parecen haberse manifestado los primeros simpatizantes de Alejandro entre los autóctonos. La mutilación y subsiguiente ejecución de Besos, como consecuencia de un juicio pronunciado en Media por el hermano de Darío, atemorizó a macedonios y griegos y despertó las primeras dudas en cuanto a la evolución personal de Alejandro; los comentarios que se encuentran en las fuentes no dejan al respecto duda alguna. Sin embargo, esta medida —en definitiva, la aplicación de los procedimientos persas— se debe entender en primer lugar ilustrativa de la imagen que el nuevo señor deseaba que sus súbditos tuvieran de él. Al mismo tiempo se advertían los primeros resultados de su modo de proceder con los saccas del norte y el oeste: los príncipes saccas acudían a él con ofertas de alianza, sumisión y matrimonio. En vista de los movimientos étnicos que se registraban en dicha área, se puede conjeturar la existencia, ya desde entonces, de una toma de conciencia de las ventajas que aportaría la consolidación de una gran potencia y de los argumentos que avalaban el interés en ganarse la benevolencia del nuevo emperador.

A principios del siguiente año se tomaron nuevas medidas para la defensa del país. Cinco columnas rastrillaron Sogdiana e instalaron una red de bastiones de vigilancia que imposibilitaron a la larga incluso hasta la penetración de los grupos nómadas más móviles. Espitámenes casi conseguía, en un ataque lanzado desde el oeste con el apoyo de los masagetas, reducir a puro recuerdo la ocupación de Bactra. Finalmente pudo ser desalojado por la columna que le perseguía y fue asesinado poco después por sus aliados. En el curso de estas operaciones, Alejandro parece haber extendido el dispositivo de defensa hasta Merv, con lo que consolidaba su dominio sobre los territorios situados al norte del Hindukush y no se habían de temer nuevos combates en esa zona. De la ocupación de Ferghana, situada más al norte, se pudo prescindir debido a la actitud de los príncipes saccas. Había llegado entonces el momento, a principios de —327, de aplastar los últimos focos de resistencia en Bactriana, cuyos señores feudales, parapetados en sus inexpugnables fortalezas de las montañas, constituían un peligro potencial y, sobre todo, una seria amenaza para el abastecimiento. La primera de estas fortalezas, perteneciente a Oxiartes, amigo y partidario de Espitámenes, la consideraba inconquistable su propio comandante, a falta de soldados

provistos cuando menos de alas. Alejandro escogió buenos escaladores y les mandó tomar posiciones en las alturas de la montaña, por lo que el adversario no tuvo más remedio que admitir su impotencia.

El que Alejandro se enamorara de Roxana, la hija cautiva del feudatario, y la tomara oficialmente como esposa según el ritual persa, tuvo mayor impacto aún. De esta manera pudo apoderarse sin combate de la segunda fortaleza —aunque hubiera ya iniciado laboriosas maniobras de asedio— gracias a la intercesión de su suegro. Para hacernos una idea de las dificultades que Alejandro se ahorró a partir de su casamiento, cabe mencionar el hecho siguiente: en el abastecimiento del ejército sólo se agotó una ínfima parte de las reservas acumuladas por el señor de esta última fortaleza. En verdad, sólo estableciendo acuerdos pacíficamente y confirmando los derechos adquiridos desde antiguo, se podía acabar con un adversario de esa dimensión, una lección de la que también sacarán provecho los sucesores helenísticos de Alejandro en el siglo —III. Otros opositores, tan poco dispuestos en lo sucesivo al compromiso como antes, fueron luego aniquilados sin esfuerzo por los distintos lugartenientes de Alejandro.

6. El camino a la India

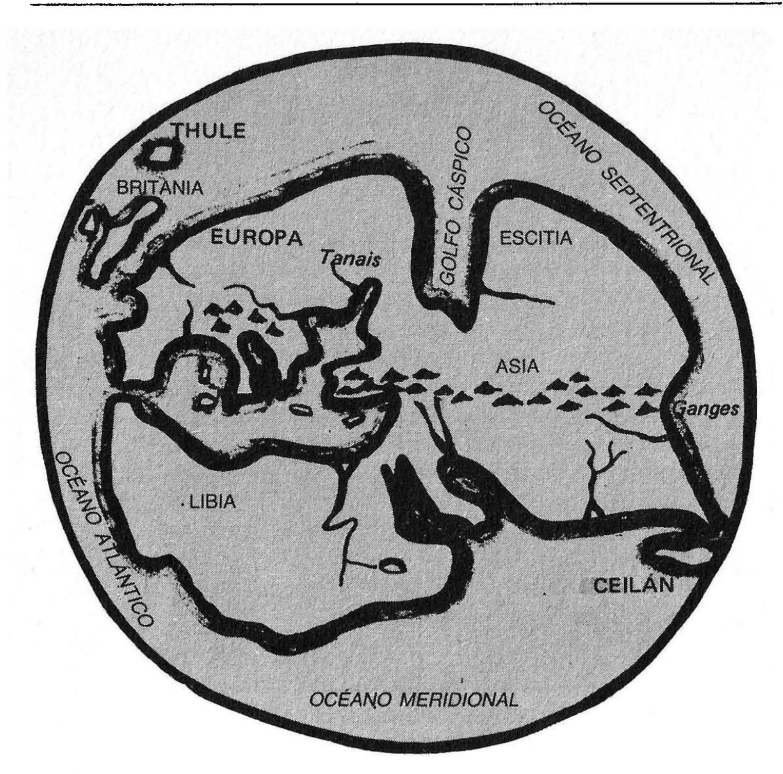
Por lo tanto, Alejandro había afianzado su dominio en los mismos extremos del imperio aqueménida. Además, la garantía que ello proporcionaba para consolidar el *statu quo* y revitalizar sus fuerzas era mayor de lo que había sido hasta entonces. El matrimonio de Alejandro debió de contribuir no poco a mitigar los persistentes prejuicios contra el extranjero y a conferir al nuevo señorío un provechoso fundamento. Muchos de los asentamientos nuevos, erigidos en el curso de las operaciones militares y compuestos por pobladores macedonios, griegos y autóctonos, parecen haber tenido el cometido de estrechar los lazos recién creados. Las relaciones amistosas con las naciones vecinas facilitaban asimismo el control de la posterior evolución de ese país. Nada, en verdad, obstaculizaba el regreso de Alejandro a su tierra natal, ni el que se dedicara a resolver los problemas que entonces más que nunca requerían su atención. Las conversaciones con los dignatarios escitas, referidas por la tradición precisamente a ese período, acerca de un posible regreso de Alejandro a través de sus territorios, evocan correctamente, al parecer, el ambiente que reinaba en el seno del ejército en aquel momento. A pesar de todo, Alejandro se dirigió en primer lugar hacia Oriente.

La región situada más allá de Aracosia y el Hindukush había pertenecido también durante un largo período al imperio persa y, repartida en dos satrapías al menos, continuaba obligada a pagar tributo bajo Darío. En la expedición de Jerjes contra Grecia habían participado inclusive tropas indias. Pero los lazos con el imperio se habían aflojado desde el −400. Aunque todavía en Gaugamela habían combatido efectivos indios, más allá de las montañas no tenía ya vigencia ninguna forma de dependencia, ni mucho menos la administración de los persas. Cuando Alejandro intenta actualizar viejas obediencias, su aspiración se explica desde un principio como una política de prestigio y autoafirmación. Lo cierto es que el desarrollo ulterior demuestra la presencia de otros factores. La frontera oriental del imperio aqueménida y



El asesinato de Parmenio. Miniatura francesa del siglo XV conservada en la Biblioteca nacional de París.

la del área de influencia persa no son conocidas. Tampoco se puede demostrar una articulación unitaria, en la época de Alejandro, de aquellas zonas que alguna vez pertenecieron al imperio persa. Junto a principados enfrentados entre sí había tribus indómitas que disponían de los inmensos territorios del interior. Relaciones internas, alianzas que pueden dar lugar provisionalmente a construcciones políticas más amplias, una considerable variedad de los detentadores del poder y la influencia de las fuerzas religiosas en la política, son todos ellos factores cuya incidencia debe ser tenida en cuenta. Las fuentes nos ofrecen asimismo un testimonio sobre el profundo arraigo a la tierra, la realidad de las numerosas e importantes ciudades entonces existentes y la habilidad guerrera de la que hacían gala los habitantes de los actuales Afganistán y Pakistán. La extraordinaria dureza de la que Alejandro dio muestras cada vez más enérgicas en la conducción de la guerra en la India nos hace suponer que no



dudaba de que se iba a enfrentar con una unidad política abocada a expandirse hacia Occidente, y que podía llegar a amenazar, tras su desaparición, a Persia y obligarle a renunciar a todo lo conquistado. Cabe agregar un motivo más a los anteriores. Las fuentes mencionan un impulso vivo y creciente con el correr del tiempo que empujaba a Alejandro hacia el descubrimiento de lo inexplorado, hacia la adquisición de nuevos conocimientos geográficos que precisasen los límites del mundo tal como se lo imaginaba entonces y le facilitasen ejercer su dominio sobre él. Esta relación tan natural entre el descubridor y el conquistador no parece concebible sin la justificación en una necesidad política real. No sabemos en qué momento tuvo Alejandro un conocimiento suficiente de las dimensiones reales de Asia hacia el este y se dispuso a extraer de ello las consecuencias. Según las representaciones cartográficas con las que había partido de Grecia, la India, cuya extensión geográfica subestimaban en gran medida, constituía la franja oriental del mundo habitado y era bañada por un océano



Ai Jnum, a orillas del Oxas (actual Amu Daria). Emplazamiento de la ciudad helenística. Al fondo, la colina de la acrópolis.

◀ *El mapamundi de Eratóstenes (siglo —III).*

visible ya desde las cimas del Hindukush, como aun Aristóteles lo creía. Por otro lado, la situación encontrada en las regiones situadas al este del Hindukush sugería lo oportuno de extender la conquista hasta las márgenes de aquel océano en nombre de la seguridad. En otras palabras, el descubrimiento de la India no tenía sentido si no se conseguía controlar el país al mismo tiempo. Aunque se había podido prescindir en Sogdiana de someter a las tribus saccas del Turquestán y de extender el área de control directo, la dominación del mundo, en el verdadero sentido de la palabra, se convertía aquí en una necesidad militar y política. Pero el particular acento puesto en el papel de Alejandro como descubridor de tierras extranjeras y desconocidas se puede entender muy bien como un medio psicológico de hacer atractiva a los ojos de su ejército la nueva e inexplicable expedición hacia lo incierto. Todo ello guarda una estrecha relación con el insólito énfasis puesto en los aspectos míticos de la expedición, a cuya iniciativa parecerían haber dado el carácter de una decisión consciente.



Bactra, capital de la antigua región de Bactriana. Vista parcial del muro de la ciudad helenística.

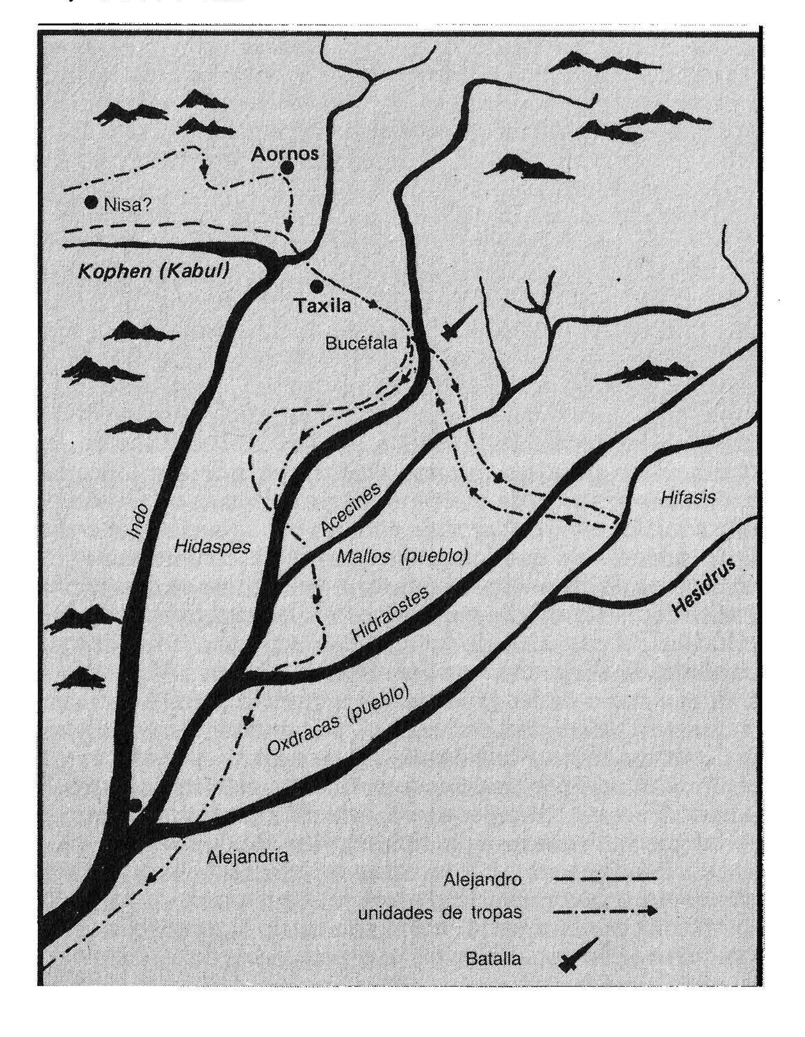
Ya el propio Darío I se había ocupado de la exploración y apertura de la región del Indo. Por encargo de él, el griego Escílax de Carianda, navegando río abajo, en empresa prolongada durante varios años, había alcanzado la desembocadura y desde ahí las costas de Egipto. En Egipto, a su vez, ya había sido renovado el antiguo canal que unía el Nilo con el mar Rojo. Pero no era más que eso lo que se sabía a ciencia cierta. Para Ctesias de Cnido, médico de cámara en la corte del emperador, que vivió en Persia en torno al cambio de los siglos —V y —IV, la India había vuelto a ser un remoto país de ensueño. Alejandro parece haberse basado en los conocimientos adquiridos en la época de Darío. Por más que Escílax no fuera nombrado en la literatura contemporánea referida al tema, sin duda inspirada por el propio Alejandro, el modo muy particular de hacer resaltar las hazañas a que alude nos

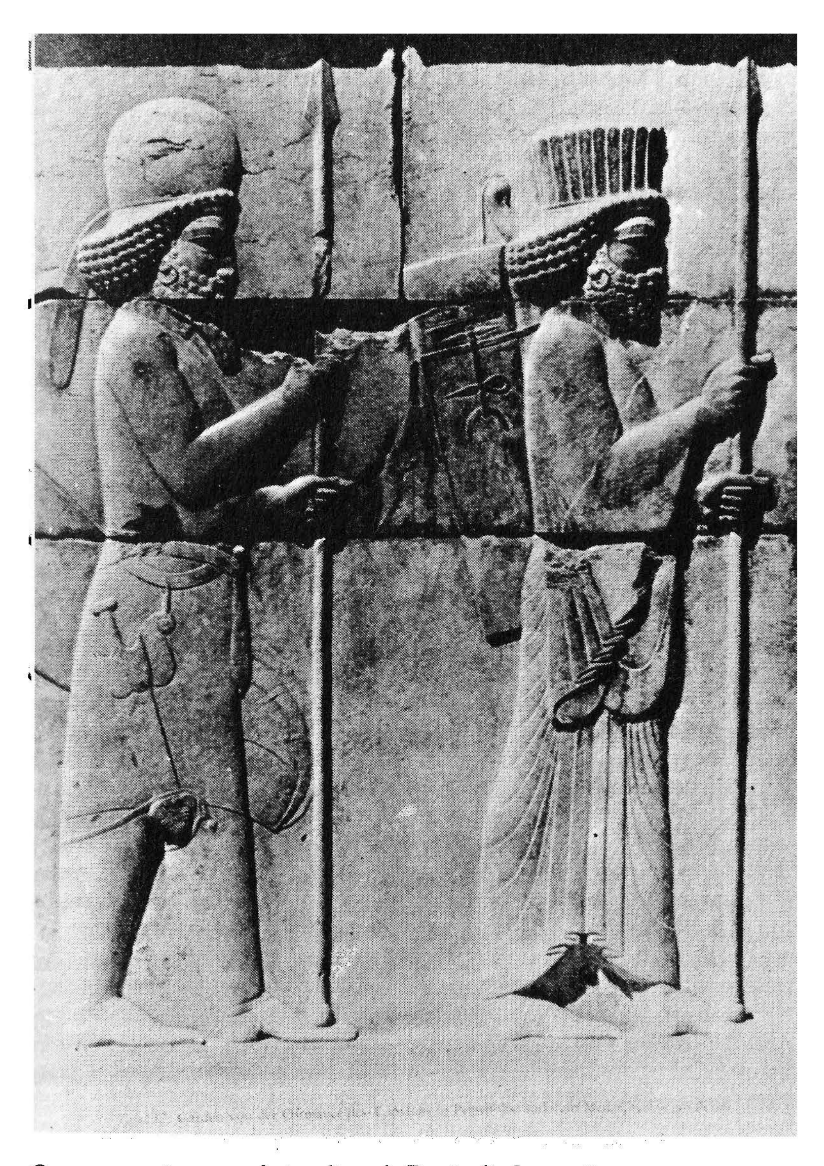
induce indirectamente a concluir en la determinación de Alejandro de llevar a su término, cualesquiera que fuesen sus circunstancias, la empresa inconclusa del pasado. El estado mayor de Alejandro no podía ignorar el contenido de los apuntes del navegante griego y con seguridad había tenido además la oportunidad, durante su estancia en la residencia real persa, de tomar conocimiento de otras informaciones allí depositadas, de manera que Alejandro hubo de saber muy bien lo que quería al penetrar en la India. Tanto en este caso como en el de Darío, la contemplación de la necesidad de establecer una defensa segura iba acompañada de la ambición de incorporar un país de por sí profundamente extraño por métodos diferentes de los acostumbrados. La India llegaría a constituir el segundo ejemplo, en la experiencia en esta campaña, de que llegar a someter a un pueblo no era sino un simple primer paso, cuando se pretendía construir un Estado de dimensiones supranacionales.

Alejandro debió de haberse familiarizado desde temprano con el problema indio. La fundación de la Alejandría del Hindukush, en −329, sugiere que ya apuntaba en esa dirección. La fuga de Barzaentes, el sátrapa de Aracosia, debió de confirmarle en estas intenciones, así como la subsiguiente alianza concertada con el señor de Taxila, en la margen oriental del Indo. No estaba claro, sin embargo, en qué medida sus propias fuerzas eran aptas o suficientes para llevar a buen término tal empresa. El *statu quo* vigente en la península balcánica desde −331 era lo bastante estable como para no esperar dificultades por ese lado. Las abundantes reservas de mercenarios procedentes de Grecia durante aquellos años debieron de confirmar la situación general de calma, además de que los griegos sin duda comenzaban ya a beneficiarse de las nuevas condiciones en las que se desenvolvía su sociedad. Más difícil resulta discernir las características de la evolución del conjunto de fuerzas que actuaban en el entorno inmediato de Alejandro: en definitiva, el ejército. Alejandro se había adueñado de las riquezas del imperio aqueménida, había conquistado países desconocidos y, ciertamente, los protagonistas de este ejército —cualesquiera que fuesen sus rangos— se habían acercado progresivamente al límite extremo del orgullo humano. Pero, por otra parte, era previsible que las ininterrumpidas fatigas acumuladas año tras año les condujesen un día al colapso físico y mental, a la resignación o a la sensación de aislamiento, y que se les despertase la añoranza de la patria, un sentimiento, por otra parte, inclinado a una peligrosa solidaridad. Agréguese a ello que Alejandro ya no era el jefe del ejército de su

pueblo en el sentido común de la palabra, sino que se había transformado en conquistador y luego en soberano del nuevo imperio, y que las tensiones resultantes de este cambio pesaban en su relación con el ejército y sus mandos. En −330, sintomáticamente en el punto medio de la duración de la expedición, había conseguido anular con el episodio de Filotas una latente oposición y reafirmar así su poder sobre un ejército al que esperaban

Alejandro en la India.





Guerreros escitas en un bajorrelieve de Persépolis. Los escitas ocuparon el Asia Menor hasta la invasión de los medos, tras la cual se trasladaron a la India y al Sur de Rusia.

nuevos años de combate mucho más duro. En −328, en Bactra, Cleitos, quien una vez había salvado la vida a Alejandro, le acusó, en una reunión del círculo de amigos próximos y en un ambiente de embriaguez general, de haber traicionado a Filipo y a los macedonios en favor de los nuevos súbditos. En la extrema agitación de una violenta disputa, el rey mató a su amigo. El motivo del golpe fatal parece haber sido ocultado al ejército. Sin embargo, los arrebatos de desesperación de Alejandro después de cometer un acto semejante no pudieron ocultar lo profundamente que arraigaban sus causas. Poco tiempo después se produjo el intento de introducir la costumbre persa de la reverencia de rodillas; los griegos y los macedonios ya no podían ser una excepción. Como resultado se produjeron nuevos malentendidos, disputas, tensiones y, finalmente, la ruptura con Calístenes. Aunque era él quien había proporcionado a los griegos la imaginería del Alejandro hijo de Zeus, veía claramente cómo el rey había excedido los límites entonces fijados a tal deificación. Su oposición obligó a Alejandro a dejar a un lado su propósito. Pero en el verano de −327, poco después de estos sucesos, una conspiración de los pajes reales, cuya educación estaba a cargo de Calístenes, proporcionó al rey una oportunidad para apartarse de su propagandista. Cuando finalmente Alejandro puso en marcha la expedición a la India, debía de tener muy claro que ya no eran suficientes los argumentos habituales como motivación para acometer una empresa que resultaba notablemente más problemática que cualquiera de las anteriores. A principios del verano de −327, partió de Bactriana y cruzó otra vez el Hindukush. En Alejandría fue destituido el gobernador y se aceleró la construcción de este asentamiento de valor estratégico. Un poco más adelante, río abajo, Alejandro destacó a Hefestión y Perdicas para que marcharan hacia el Indo por el paso de Jaiber, controlaran la región de Peucelaotis en la cercanía del actual Peshawar, iniciaran a orillas del río la construcción de una gran flota y prepararan la instalación de un puente flotante. Por su parte, Alejandro atravesó con el resto del ejército las comarcas montañosas situadas más al norte, entre Kunar, el Svat y el Indo, y pobladas por tribus belicosas, con la intención de imponer de una vez por todas su soberanía sobre esta área. En aquella ocasión, la lucha contra las tribus independientes de los aspasios y asacenas se hizo cada vez más dificultosa. Casi en todas partes, la población, que no estaba dispuesta de ninguna manera a someterse, abandonó las ciudades y se retiró a los montes, desde donde ofrecía una obstinada resistencia en el momento de combatir, a menudo con



El valle del Kunar, al norte de Kabul, recorrido por Alejandro en el otoño de −327.

el apoyo de mercenarios provenientes del interior de la India. La implacabilidad de Alejandro y el terror que infundía parecen más bien haber dificultado, antes que facilitado, el progreso de las operaciones. No pudo llegar al Indo antes de principios de −326. Nuestras fuentes se refieren a una ciudad, Nisa, aparentemente situada del lado oriental del Svat, en donde Alejandro habría encontrado huellas de su fundador, el dios Dioniso. Las laderas del cercano monte de Mero, afirman las fuentes, estaban cubiertas de hiedra y por ello las tropas fueron estimuladas a entregarse a una fiesta dionisíaca. Resulta difícil separar el núcleo histórico de la narración, pero eso tiene poca importancia en este caso. Cabe preguntarse si no se ha de ver en ello una asociación, inconsciente o, al contrario, muy conscientemente fomentada, motivada por un sincretismo espontáneo entre las leyendas dionisíacas griegas y las representaciones indias de Śiva. De todas formas, semejante transposición en el mundo mítico de la propia realidad de los soldados pone de manifiesto la tensión interna con la que el ejército de Alejandro atravesaba ese territorio. Se trata



Alejandro como Heracles, tetradracma de plata, hacia —300.

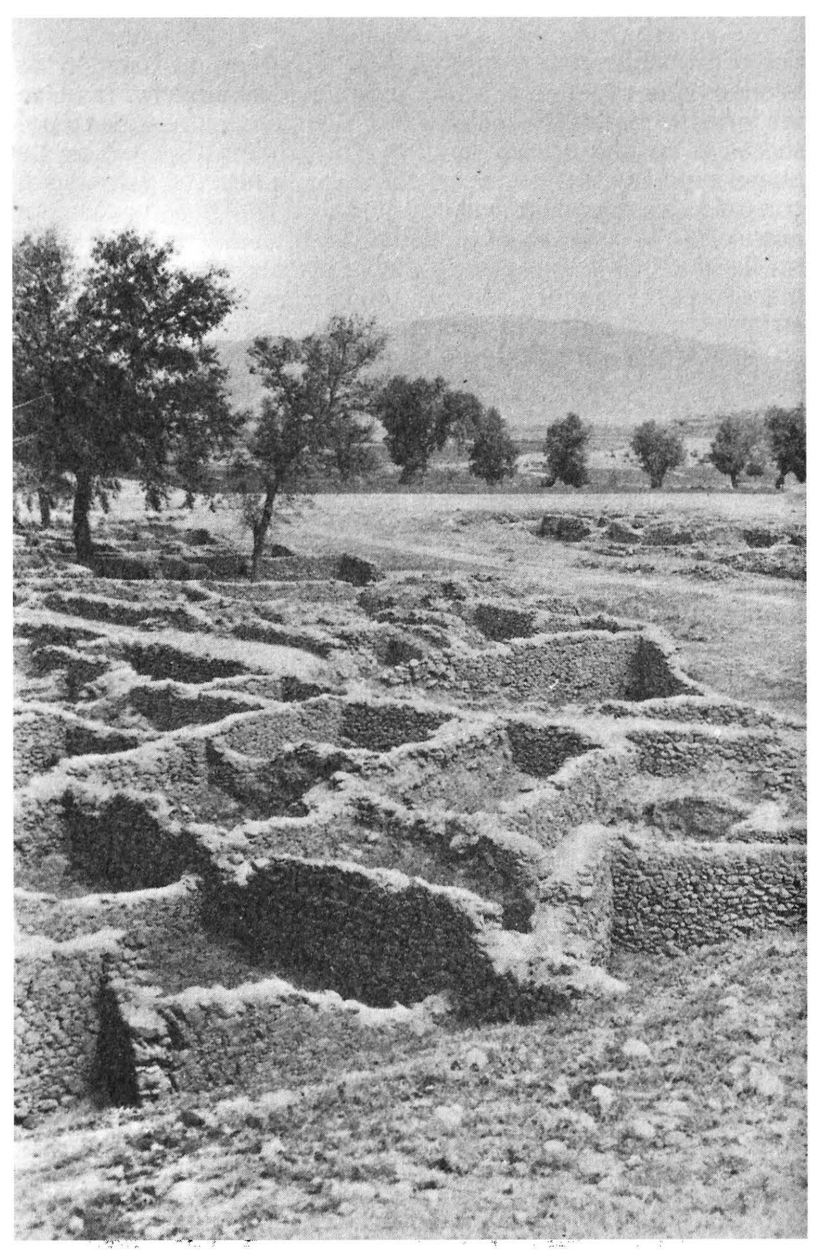
igualmente de una transfiguración de este tipo cuando Alejandro, en el momento de la invasión del estratégico macizo montañoso de Aornos a orillas del Indo, exigió una vez más desmedidos esfuerzos de sus tropas, y recurrió a una comparación de aquello con los trabajos de Heracles.

En el Indo, más arriba de la actual Attok, Hefestión y Perdicas habían finalizado entretanto los preparativos para hacer regularmente practicable la travesía del río, lo que era indispensable para poder sostener ulteriormente el control del Punjab. La reorganización del ejército de acuerdo a objetivos tan amplios debió de iniciarse también con anterioridad. No se sabe casi nada acerca de la movilización de tropas de reserva después de —331, pero no habrán faltado voluntarios llegados de la metrópoli. Estos últimos compensaron las pérdidas de las distintas expedicio-

nes y probablemente contribuyeron a formar un batallón de falanges que se sumó a los ya existentes. Se unieron también unidades formadas por reclutas de las comarcas sometidas y por saccas, a los que pronto se agregaron contingentes indios. La nueva experiencia táctica y, en particular, la necesidad de operar con unidades de combate mixtas e independientes parecen haber aconsejado la creación de unidades de caballería más importantes, flexibles y de composición variable, al mando de comandantes macedonios. Alejandro se sirvió también ya tempranamente de elefantes como animales de combate y de transporte. Si se tiene en cuenta por otra parte el aumento de la impedimenta, los medios para llevar a cabo los asedios, en fin, todo lo que acumulaba semejante ejército en el curso de su marcha, las noticias que nos transmiten una cifra de ciento veinte mil a ciento treinta y cinco mil hombres han de ser tomadas en serio. El ejército que ahora se abalanzaba sobre la India era por consiguiente mucho mayor que al principio. Se había orientalizado profundamente y se parecía cada vez más a un pueblo en marcha. Las particularidades de cada una de sus partes debieron de reflejarse de todas formas en su comportamiento en el campo de batalla.

Esta multitud llegó así a Taxila, más allá del Indo, que era ya entonces un importante centro comercial y la metrópoli cultural de la región noroccidental del mundo indio. Allí, Alejandro se esforzó en establecer contacto no sólo con la casta sacerdotal de los brahmanes, sino también con los ascetas jiníticos —los gimnosofistas—, lo cual no resulta menos significativo que la tentativa de Onesícritos, próximo a Alejandro, de poner en evidencia una afinidad profunda entre la tradición filosófica india y las concepciones de los filósofos griegos. Uno de los ascetas, que respondía al nombre de Calanos, acompañó a partir de este momento a Alejandro hasta que se diera muerte por cremación en Susa en −324.

Las relaciones amistosas con el señor de Taxila dieron lugar, inevitablemente, a una disputa con el reino de Paurava, que se extendía entre el Hidaspes y el Hidraotes, al este de Taxila, y cuyo rey, Poros, había sido nombrado por los griegos. Ya a principios del verano de −326, con el comienzo de las lluvias, Poros toma posición al otro lado del Hidaspes, probablemente en las cercanías de la actual Ilehum, cerrando el paso a las tropas. Fue posible engañar al enemigo y cruzar subrepticiamente el río más arriba, en varios puntos. Una unidad de combate compuesta de jinetes y carros, enviada al lugar a toda prisa, fue literalmente arrollada. No fue la caballería esta vez la que arrostró el peso de la batalla, aun

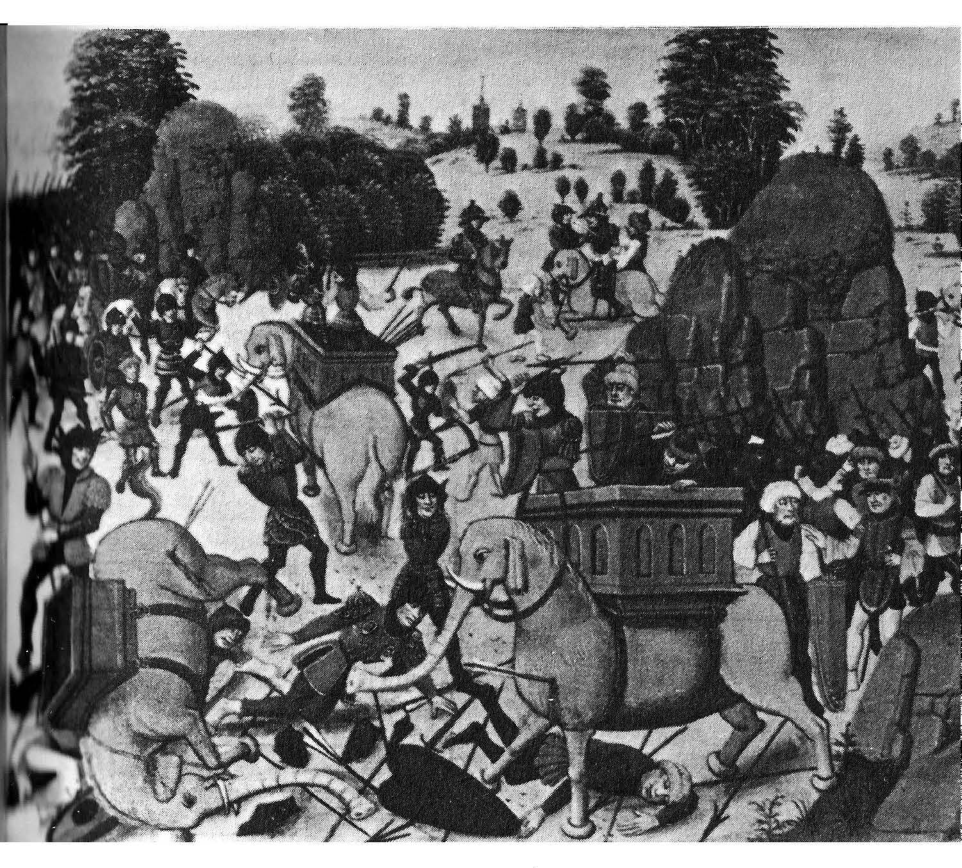


Taxila. Excavaciones de la parte más antigua de la ciudad.

siendo superior a la de Poros, sino la infantería, que se enfrentó a los elefantes de combate de éste. Luego de una inusual y áspera lucha, el monstruo fue derribado. Poros, que perdió varios hijos en la batalla, se rindió después de obtener garantías de que se le trataría conforme a su rango, y recuperó luego su reino. Otros príncipes, como Abisares que reinaba sobre Cachemira, reconocieron la soberanía de Alejandro o fueron sometidos por las expediciones destacadas a ese efecto, para lo cual no debieron de tener poca influencia sobre las actitudes de cada uno de los favores concedidos a Poros y al señor de Taxila. Lo cierto es que ya no era posible permanecer simplemente en las posiciones conquistadas ni detener la evolución de los acontecimientos puesta en marcha tras esta intervención en las disputas político-dinásticas de la región del Punjab. Alejandro encontró apoyo por parte de los nuevos aliados durante las etapas ulteriores de la expedición y no hubo ninguna dificultad en conseguir las reservas y el avituallamiento necesarios. Sin embargo, no se podía pasar por alto que la persistencia de las lluvias, junto con la sensación de adentrarse en un camino sin destino, despertaban en las tropas, apuradas al máximo otra vez sus fuerzas, desesperación y exasperación. En el momento de cruzar el río Acesines, cerca de la actual Lahore, se rozó una catástrofe debido a unas circunstancias desafortunadas. La guerra contra las tribus árattas del Punjab, el nuevo adversario de ese momento, fue particularmente dura: el asalto a la ciudad de Sangala costó más de mil doscientos heridos, una cifra que jamás se había alcanzado en las batallas de Alejandro.

7. Peripecias y regreso

A finales del verano de −326, la expedición alcanzaba el Hifasis y, a la vez, los límites orientales de la región del Indo. Por lo tanto se imponía un examen crítico de los objetivos alcanzados y de las perspectivas futuras. Hacia esta fecha como muy tarde, Alejandro tuvo conocimiento de la existencia de fuertes tribus belicosas al otro lado del río y de zonas desérticas difícilmente penetrables que desde allí se extendían hasta el Ganges. La tentación de emprender operaciones de dominación debe de haber sido fuerte. Por el otro lado, se había de meditar la posibilidad de justificar ante un ejército extenuado la necesidad de nuevos esfuerzos. La distancia hasta el Ganges, alrededor de cuatrocientos kilómetros, o sea, doce días de marcha, era conocida. También se sabía desde hacía mucho tiempo, no sólo en el cuartel general sino entre las tropas mismas, que no por alcanzar aquel río se llegaría al extremo oriental del mundo habitado. La reacción no se hizo esperar. No asumió la forma de un motín abierto y no se tienen noticias tampoco de si era todo el conjunto del ejército el dispuesto a desahuciar a Alejandro y a no continuar bajo ningún concepto. Pero al ser los propios macedonios —el verdadero núcleo del ejército— los que no querían continuar, la idea de reemprender la marcha resultaba ilusoria. La veracidad de una presunta convocatoria hecha a los comandantes por Alejandro en ese momento para asegurarse su ascendiente sobre sus propias tropas y estimularles con cuestionables promesas acerca de la proximidad del océano parece dudosa. Más creíble resulta ser lo aducido —según las fuentes— por Koinos, un jefe de falange y de hiparquía entre los veteranos y más fieles, al remitirse a la extenuación física de las tropas y a la añoranza de la patria. Koinos opinaba que Alejandro debía volver un día para proseguir la empresa iniciada con fuerzas nuevas y frescas, en condiciones distintas. Si continuaba agotando a la vieja élite, un nuevo avance conduciría con seguridad a una catástrofe que pondría en peligro todo lo conquistado. Al principio —continúan las fuentes—, Alejandro quiso imponer su voluntad; luego, por primera vez, aceptó



La victoria sobre Poros. Miniatura francesa del siglo XV conservada en la Biblioteca nacional de París.

lo que era inevitable —tampoco resultaban favorables los augurios sobre el paso del Hifasis— y, erguido delante de doce altares y ante la alegría de las tropas, ordenó el regreso al río Hidaspes. Para que eso llegara a ocurrir, la situación debía de ser crítica. Sin embargo, cabe preguntarse si le quedaban en aquel momento razones suficientes para continuar la marcha. Los desiertos del Tarr formaban hacia el este un extenso cinturón de protección alrededor de los territorios conquistados. Además, durante todo este tiempo, Alejandro no había perdido de vista otro objetivo: la navegación del Indo río abajo y desde la desembocadura del río hacia el oeste.

Ya en —327, algunas unidades habían sido enviadas al Indo —casi la mitad de los macedonios de la expedición se encontraban entre ellas— con la misión de construir barcos que no solamente iban a servir para el traslado del ejército a la otra orilla del río. Más tarde los astilleros fueron trasladados a las orillas del Hidaspes, donde se habían erigido dos ciudades junto al campo de batalla. Como las cifras lo demuestran, los trabajos fueron enérgicamente acelerados al tiempo que proseguía el avance de Alejandro. De todo ello se desprende que éste, que tenía en mente, además del reconocimiento de tierras desconocidas, determinados objetivos político-estratégicos acerca de la región situada más allá del Hifasis, aspiraba, sin embargo, durante este período, fundamentalmente al desarrollo del camino fluvial del Indo y de sus posibilidades, siendo así que no le resultase demasiado difícil un cambio de sus planes. La coordinación de las operaciones de tierra y en el río, que debían conducir a la colonización de los alrededores, suponían por su parte una larga preparación previa. De todas formas, la organización y la realización de dichas operaciones hacen dudar de que Alejandro hubiese tenido en algún momento la convicción —como era antes el caso— de una identidad entre el Nilo y el Indo, en base a la presencia de cocodrilos en el Indo y de judías en las proximidades del Acesines. Los marineros procedentes de las regiones occidentales del imperio estaban desde hacía largo tiempo disponibles, y desde hacía dos años Nearco, el putativo almirante de la flota, se encontraba de nuevo en el ejército tras haber sido relevado de la gobernación de Licia. La participación de los amigos de Alejandro en el equipamiento de los navíos, poco tiempo después de la confrontación a orillas del Hifasis, parece ofrecer otra prueba de esta constante preocupación. En el momento de partir en noviembre de —326, Alejandro hizo ofrendas a varios dioses. Las festividades que se celebraron en esta ocasión sólo se pueden comparar con las del Helesponto, aun cuando la relación que vincula unas a otras no nos sea claramente discernible. También entonces, el propósito de estas últimas debió de ser explicado con adelanto a las tropas.

Mientras Alejandro se embarcaba en compañía de ciertas unidades escogidas, Crateros y Hefestión protegían las zonas ribereñas que bordeaban el camino. En diversas ocasiones tomaron contacto con los señores locales, estudiaron las posibilidades económicas del país y esbozaron los planes necesarios para erigir las ciudades que iban a servir de centros estratégicos y políticos de la nueva potencia. Se hacía, sin embargo, cada vez más difícil

controlar la fuerte resistencia de los pueblos árattas en el bajo Punjab, con lo que por primera vez se manifestaban los signos de una oposición nacional india en constante crecimiento y atizada por la casta sacerdotal de los brahmanes. Alejandro por su parte pudo derrotar, cerca de la desembocadura del Hidraotes, a la tribu de los mallos, tras una larga maniobra de envolvimiento y una batalla gigantesca, impidiendo que éstos se unieran con sus vecinos, los oxidracos. Durante el asalto de la capital, cerca de la actual Multan, Alejandro saltó la muralla antes que ninguno y apartado de sus tropas, y cayó gravemente herido por un flechazo en el pecho, siendo salvado por los suyos en el último momento. El desarrollo posterior de la expedición se caracterizó por la renovada dureza de los combates y los alternados sometimientos y rebeliones de los jefes y señores de las distintas localidades. Las relaciones de total subordinación logradas en el Punjab septentrional ya no se volvieron a establecer en esta área. Aunque Alejandro intentara controlar el país mediante la instalación de guarniciones, los acontecimientos posteriores no permiten hablar de una verdadera pacificación durante aquel período. Esta pacificación fue probablemente remitida a una época ulterior; de lo que se trataba en aquel entonces era de llevar a buen término otros objetivos.

En el verano de −325, la flota y el ejército alcanzaron la ciudad de Pátila, situada en el vértice del delta del Indo. En seguida, Alejandro emprendió la construcción de puertos y astilleros, ultimando de esta manera la realización del plan iniciado en Ilehum. Mientras se llevaban a cabo estas obras, comprobó personalmente la navegabilidad de los brazos oriental y occidental del río, en cuya desembocadura —el Ran of Cutch, en la actual laguna de Samara, que probablemente formaba entonces una bahía— serían colocados otros astilleros. Simultáneamente, se fundaron varios pueblos a lo largo de la costa del delta, y se cavaron numerosos pozos. Aquí comenzó entonces la segunda etapa del viaje: la travesía de las unidades en condiciones de navegar hacia el golfo Pérsico. Al mismo tiempo, Alejandro seguía navegando por el océano Índico, sin duda para comprobar que, a pesar de todo, había llegado al océano y al límite de la *oikumene*. Para ello había hecho, por orden de Amón, las ofrendas necesarias a los dioses. También era su objetivo el investigar las condiciones de navegación, la existencia de islas, así como eventuales nuevos destinos para el tráfico marítimo, después de haber sido confrontado poco tiempo antes con los efectos de las mareas. La simultánea intensificación de los distintos trabajos de construcción no

deja lugar a dudas de que, a los ojos de Alejandro, la época de la conquista había dejado paso —por así decirlo, sin solución de continuidad— a una nueva era, por lo menos en el caso de la India.

Antes de alcanzar el delta, parte del ejército, acompañado por la impedimenta y los elefantes de guerra, se dirigió hacia Kandahar por el paso de Mullah, para más tarde reunirse con Alejandro. Había llegado la hora de ordenar la situación política india, ya que el regreso a Occidente no se podía aplazar más. Ya anteriormente, el distrito del Hindukush se había organizado en la satrapía del Paropamiso, que se hallaba ahora subordinada —y eso resulta significativo— a Oxiartes, el padre de Roxana. El macedonio Filipos, hijo de Majates, fue nombrado sátrapa de la región situada al oeste del Paropamiso. Es difícil de precisar la extensión de sus dominios; lo cierto es que éstos llegaban hasta el extremo meridional del Punjab, con una guarnición en Taxila. En su frontera sur estaba la satrapía de Peitón, también macedonio, que abarcaba el Indo inferior hasta la desembocadura del río y parte de Aracosia. Los señores indios permanecieron formalmente independientes, atándoles a Alejandro una simple alianza, después de que Poros ejerciera un cierto control sobre los territorios situados fuera de su propia satrapía, al haberle sido atribuida a éste la supremacía sobre el Punjab al este del Hidaspes. Como en el caso de las tierras situadas más allá del Iajartes, Alejandro atribuía así a la India en cierto modo la función de un glacis; al mismo tiempo, la estructura de poder y control que había organizado allí le ofrecía perspectivas de estabilidad. Cuando Filipos fue asesinado poco tiempo después por su propia gente, el señor de Taxila pasó a mantener el control sobre la India. Poros sería asesinado en —317 por un comandante de origen macedonio que le acompañaba.

En septiembre, Alejandro se puso en marcha nuevamente a fin de alcanzar Persia por el camino terrestre, al tiempo que trataba de proteger como podía la peligrosa travesía de su flota. Luego de someter temporalmente a los oreitas, habitantes de la parte occidental del delta, las tropas de Alejandro atravesaron las zonas costeras de la satrapía de Gedrosia, sin alejarse más de unos diez o veinte kilómetros de la costa. La marcha que supuso ese trayecto —por un camino que corría a veces hacia el interior de un país que permanece hoy día en gran parte inexplorado— volvió a exigir del ejército sus máximos esfuerzos. La escasez de víveres, las durísimas condiciones climáticas y la insuficiente preparación debida al desconocimiento de las condiciones o a las

carencias de los sátrapas ocasionaron la muerte de una gran parte de la caravana en particular niños y mujeres, que no pertenecían a la tropa propiamente dicha. Se llegó a una desobediencia abierta que Alejandro no era capaz de contrarrestar. Finalmente, tras sesenta días de fatigas extremas, se alcanzó la capital, Pura. No fue antes de llegar a la capital de Carmania, varios centenares de kilómetros al oeste, que se pudo vislumbrar un término a los sufrimientos. En este lugar se efectuó la reunión prevista con Crateros, hacia fines de −325.

La flota encabezada por Nearco, que había adelantado su partida en vista de una nueva rebelión de los indios, había alcanzado con bastante facilidad el estrecho de Ormuz, aprovechando el monzón y manteniéndose cerca de la costa. El mismo Nearco dio cuenta de las distintas etapas de su viaje en un pormenorizado relato, del cual al menos algunas partes han llegado hasta nosotros. Había entrado en contacto con Leonato, permanecido en el territorio de los oreitas y comprobado el carácter inhospitalario de la zona costera y la vida miserable de sus habitantes, que se alimentaban únicamente de pescado; más de una vez la tripulación había sufrido la escasez de agua y víveres. A continuación, Nearco relata el primer encuentro con las ballenas y, por último, las disputas que se produjeron entre él y Onesícritos, el capitán del buque insignia, quien quería, pasado el cabo de Musendam, bordear las costas arábigas. Poco después, Nearco se encontraba en Carmenia y anunciaba a Alejandro, quien ya contaba con la pérdida de su flota, el cumplimiento de su misión. El viaje de Nearco había demostrado que era posible llegar a la India por la vía marítima y por primera vez daba sentido a los sacrificios y esfuerzos de ese año y de los anteriores. Las ofrendas y los festejos que tuvieron lugar en Carmania debieron de ser exagerados, al menos en algunos de los relatos que nos los cuentan, pero sin duda eran justificados. Poco después, a principios de −324, el ejército reanudó su marcha hacia el oeste, mientras la flota cumplía la última parte de su periplo, atravesando el golfo Arábigo y remontando desde allí el Pasitigris hasta Susa.

8. El balance

Hacía ahora diez años que Alejandro había abandonado su patria y más de cinco que no había vuelto a pisar la mayor parte de las tierras conquistadas. No podía haber elegido momento más oportuno para su regreso, no sólo para llevar a buen término todo cuanto había dejado como provisional, sino para corregir los inconvenientes que podían haber surgido durante su ausencia. Ya en −325, el rumor de su muerte había desencadenado entre los mercenarios estacionados en Bactriana, disconformes con su suerte, una revuelta que sólo la desunión de éstos hizo fracasar; tal vez la misión de Crateros estuviera relacionada con estos sucesos. En algunas ocasiones anteriores, había sido necesaria una redistribución de los cargos en la administración; asimismo habían muerto entretanto algunos sátrapas. La oleada de destituciones y castigos que ahora tocaba a gobernadores y altos funcionarios no puede ya, sin embargo, ser referida al mero *revirement*. En Carmania, Astaspes fue apartado de su cargo a causa de sus carencias con relación a la catastrófica expedición de Gedrosia. Abulites de Susa y su hijo Oxatres corrieron la misma suerte, así como Autofrádates de Tapuria y Orxines, quien había asumido por responsabilidad propia la administración de Persia tras la muerte de Fraortes. La época en que la administración del imperio se realizaba en cooperación con las fuerzas autóctonas parecía llegar a su fin. De los sátrapas escogidos entre la aristocracia aqueménida, sólo permanecían en ejercicio, hacia −324, junto con Oxiartes, Fratafernes en Partia y Atropates en Media. Entre las razones que intentan justificar la actuación de Alejandro se mencionan uniformemente el maltrato de los súbditos, abusos de autoridad, insuficiente cuidado en la ejecución de las órdenes y el visto bueno o la participación en la profanación de sepulturas y templos. La realidad histórica de tales afirmaciones no se puede poner en duda. Pero no en todos los casos se puede aludir a la traición malévola, a las esperanzas de una pronta desaparición



Supuesta tumba de Ciro, cerca de Pasargadas.

del nuevo soberano o a una resistencia consciente de la aristocracia persa, inicialmente dispuesta a una colaboración hasta con el propio Alejandro. La invasión había destruido el reino aqueménida y sus tradiciones. Pero desde el punto de vista político y estratégico, más allá de la sumisión y de los esfuerzos superficiales, determinados por los intereses inmediatos, por mantener una cierta continuidad, se había desatendido la pacificación en profundidad y Alejandro había desaparecido demasiado pronto del horizonte de sus súbditos y partidarios. Por lo tanto, era inevitable que pronto se perdiera la confianza en la estabilidad y en la misma credibilidad de la nueva soberanía; la incertidumbre en cuanto al futuro político y personal se volvía indiferencia y pasividad, con lo que el orden se iba deteriorando paulatinamente. Así fue como Alejandro, a su regreso a Pasagardis, descubrió el pillaje —del que no tenía la mínima sospecha— de la tumba de Ciro, que había encontrado intacta aún en —330. El número de cabezas del acaba-

lladero real en los campos neseíticos de Media había quedado reducido a un mínimo por los robos; en Babilonia, los sacerdotes boicoteaban la reconstrucción del templo de Marduk. Cratero, en el curso de su expedición, había arrestado a varios pretendientes al trono aqueménida, a los que aparentemente no les faltaban partidarios. La dureza con la que intervino Alejandro aparece, en realidad, como el reconocimiento de los errores cometidos en Persia en la actitud tenida con los súbditos.

Más alarmante aún, estos comportamientos y esta mentalidad se habían extendido entre los macedonios y los griegos. Si bien la administración de las comarcas occidentales había permanecido intacta, los súbditos elevaron denuncias contra Cleandro, Héracon, Agaton y el príncipe tracio Sitalces, todos ellos comandantes militares de Ecbátana y asesinos de Parmenión a las órdenes de Alejandro. Fueron apartados. Hárpalo, uno de los más antiguos hombres de confianza de Alejandro y responsable desde —330 de la administración central y de las reservas para el ejército en Babilonia, se había acostumbrado a la vida de un potentado oriental, enriqueciéndose personalmente, y establecido vínculos con Grecia. Presa del pánico, no esperó la hora del recuento, sino que huyó a Atenas con cinco mil talentos desfalcados y un ejército de seis mil mercenarios. Cleomenes fue acusado de abusos casi idénticos, pero no se llegó a investigar su caso, pues en Egipto, tras la muerte de Alejandro, Tolomeo encontraría aparentemente razones suficientes para eliminarlo. Hacía falta una reacción rápida si se quería evitar una descomposición de las estructuras del poder, descuidadas más de lo debido ya en su estadio naciente. Los sátrapas recibieron la orden de disolver sus propias unidades de mercenarios, hasta entonces toleradas, privándoseles de esta manera del símbolo exterior de una cierta independencia. Los puestos de mando en las regiones centrales y orientales fueron ocupados por hombres leales a Alejandro, que habían sacado de su trato personal con él un mejor conocimiento de sus intenciones y poseían la suficiente energía para llevarlas a cabo. Estasanor, Leonato, Tlepólemos, Sibirtios, Amintas, Peitón y Filipos demostraron que no faltaban hombres semejantes. De hecho, todos los sátrapas que nos son conocidos a partir del año —324 encarnan una línea política cuyo único objetivo será vencer las reticencias resultantes del pasado y un redoblado esfuerzo por ganarse la confianza de sectores aún más amplios de la población. Entre ellos se destaca, por su ardor casi fanático, el sátrapa del Persis, Peucestas, quien salvó la vida a Alejandro en la ciudad de los mallos. Adoptó las costumbres persas y se ganó rápidamen-

te la simpatía de sus súbditos. A esta serie de medidas destinadas a reparar las negligencias pertenece asimismo el decreto, hecho público en aquel momento, ordenando la repatriación de los desterrados a las distintas ciudades de Grecia. Ciertamente, la intención era la de propiciar allí una evolución similar, por más que fuera a partir de condiciones muy diferentes. En Susa, Alejandro dio un paso más. Se trataba de convencer a los súbditos desde un principio, a través de la reconducción de la administración persa, la conservación del ceremonial de la corte, la adopción de los atributos y funciones del emperador y el trato reservado a la aristocracia en general, de que el nuevo poderío no pretendía de ninguna manera romper con la tradición ni suprimir los valores y creencias vigentes. Alejandro, que era desde —327 el cónyuge de Roxana, hija de un feudatario de Bactriana, se casó entonces, en unas bodas indudablemente preparadas con mucha anticipación, con Parisatis, hija de Darío III, y con Barsine, hija de Artajerjes III. Esta profundización de los lazos dinásticos entre el conquistador y los vencidos suponía un paso anticipador en el camino hacia la legitimación de la nueva soberanía. Hefestión, el amigo más íntimo de Alejandro, recibió a otra de las hijas de Darío como esposa, y ochenta heteros en su entorno más inmediato se casaron según el rito persa con las hijas de la alta nobleza persa y bactriano-sogdiana. Al mismo tiempo, Alejandro legalizó el concubinato de más de diez mil de sus soldados con mujeres autóctonas y les dotó de regalos de casamiento.

Sin embargo, precisamente a raíz de esta situación, fue imposible evitar que surgieran malentendidos y nuevas tensiones. Todavía no estaba solucionado el problema de los macedonios. Llegados al extremo del agotamiento, habían forzado a Alejandro a volverse atrás y esperaban una recompensa por sus esfuerzos. No estaba claro cómo se la imaginaban y si a todos les importaba un pronto regreso a su tierra. Por otro lado, era inevitable que Alejandro reforzara las unidades diezmadas con tropas locales y recurriera a las unidades de sustitución persas entrenadas desde años atrás, llamándolas al servicio activo. A la vista del énfasis que se puso en la política dinástica e interna, cuya prevalencia se había manifestado en múltiples ocasiones, era irremediable que el ejército se sintiera atropellado. Sentía que se le quería estafar la recompensa merecida y que Alejandro deseaba prescindir en el futuro de sus fuerzas y de la participación de Grecia. Así, el bienintencionado propósito de Alejandro de pagar a los soldados las deudas acumuladas en el correr de los últimos años fue acogido como un gesto de desconfianza, hasta que, para poner

punto final al asunto, el rey renunció a exigir la presentación de justificantes para el pago de las deudas. Cuando unas semanas más tarde Alejandro anunció, en Opis, su intención de licenciar a los soldados que habían vuelto de la guerra lisiados a fin de que pudieran regresar a su patria, la medida —que satisfacía un deseo reiterado— fue interpretada como un intento de deshacerse definitivamente de los macedonios. Estalló la revuelta. En una agitada discusión pública fue expresado el deseo explícito de separarse de Alejandro. Si bien éste logró, mediante una intervención enérgica, evitar lo peor y desechar las críticas y los reproches que se le echaban en cara, contraponiéndoles un balance improvisado de la expedición, los macedonios permanecieron tercos, y no antes de que Alejandro empezara, después de varios días de expectativa, a reorganizar el ejército con la participación de los persas, se pudo llegar a una reconciliación tardía. A diez mil hombres, al mando de Cratero y Polipercon, se les permitía regresar a la patria generosamente retribuidos, y a Antípatros se le encargaba la formación de un ejército de sustitución; Alejandro, por su parte, procuraría la subsistencia de las familias que permanecían en Oriente y, en particular, la educación de los niños.

Con anterioridad, Alejandro consideró necesario exhortar a los dioses para que contribuyeran a la concordia y a la cohesión —al menos entre los elementos activos del imperio recién formado—, dando ello motivo a una gigantesca fiesta de reconciliación y de despedida, presenciada por millares de persas y macedonios, sacerdotes griegos y magos persas.

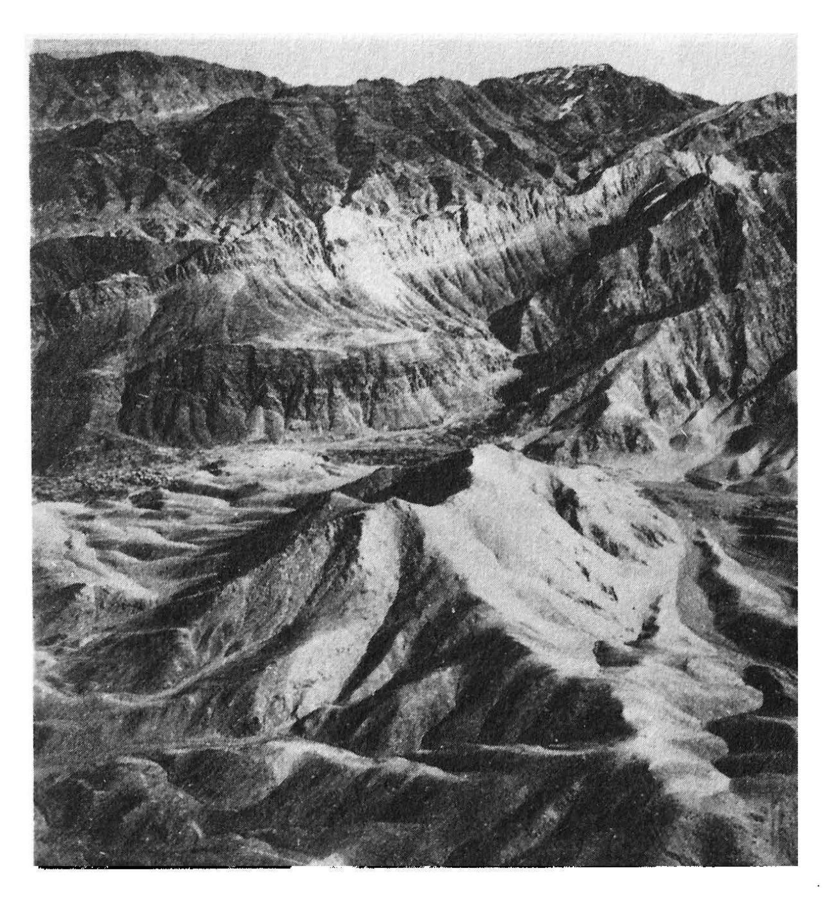
9. El último año

Por lo demás, el retorno fue un tiempo de descanso y recuperación sólo en apariencia. La enumeración de las actividades y quehaceres de Alejandro muestra que los doce últimos años de su vida estuvieron plenos de una febril e incesante actividad, visiblemente en constante aumento. Al finalizar la primavera, partió a Susa en barco, descendió el Eulaios hacia el mar, y remontó luego el Tigris hasta Opis, la porción de tierra más estrecha entre el Tigris y el Eufrates, donde se despidió de los macedonios. En el camino, deshizo las barreras establecidas en el río por los persas, que ahora no sólo resultaban inútiles, sino que constituían un obstáculo. A principios del otoño lo encontramos en Ecbátana. Allí murió Hefestión, mientras participaba en juegos deportivos. Las causas de la defunción no son conocidas; la noticia según la cual Alejandro había castigado severamente la negligencia de los médicos involucrados tiene todas las apariencias de la verdad. Con anterioridad, había muerto Koinos en la India y Cratero, enfermo, había sido enviado de vuelta a su tierra; se manifestaban así las secuelas de los esfuerzos sobrehumanos realizados en los años anteriores. Las fuentes cuentan que la tristeza de Alejandro ya no tenía límites. En Babilonia se encargó un monumento fúnebre por un valor de diez mil talentos y se preparó una ceremonia de exequias en la que participaron varios millares de artistas. Amón fue exhortado para que concediera a Hefestión el derecho a ser adorado como un dios. La gravedad de esta pérdida para Alejandro no debe ser considerada únicamente desde un simple punto de vista humano, pues advertimos en Hefestión más rasgos aborrecibles que atractivos. La advertencia hecha en contra suya por Olimpia arroja una luz particular sobre su relación con Alejandro. Sin embargo, se había convertido en el compañero más fiel y uno de los más útiles en las más diversas circunstancias. No sólo tomó parte en todos los sucesos importantes y estuvo presente en los momentos críticos, sino que mostró su eficacia sobre todo en los asuntos no directamente relaciona-

dos con lo militar. Ningún otro había fundado tantas ciudades como él por orden de Alejandro. En tanto que comandante de la primera y más prestigiosa hiparquía, Alejandro le había conferido la dignidad de visir, adoptada del reino aqueménida, convirtiéndolo así en el segundo hombre más importante del imperio; asimismo era su pariente político. En otras palabras, cualquiera que fuese la evolución, Hefestión seguía siendo el principal apoyo de la política de Alejandro y su muerte dejaba un vacío que hubiera sido difícil de colmar, por más que Alejandro hubiese vivido más tiempo.

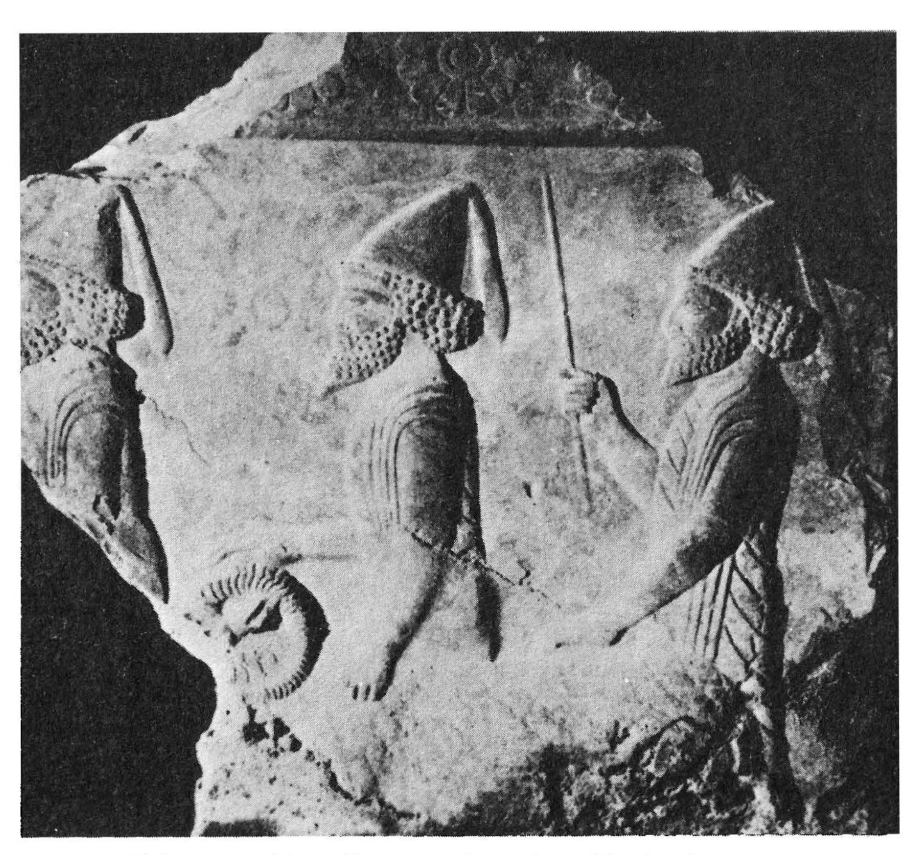
En el invierno siguiente, Alejandro sometió a los coseos, que vivían en los montes Zagros, entre Susa y Ecbátana. Las fuentes explican esta operación como un intento de superar el choque sufrido por la muerte del amigo y describe la dureza con la que prácticamente se exterminó a este pueblo. Esta presentación de los hechos no puede haber sido del todo sacada del aire. Al igual que los uxios en su momento, los coseos eran un cuerpo ajeno dentro del imperio aqueménida. También se debe considerar lo sucedido en el contexto del nuevo orden y de la organización final del imperio, como la reanudación de las tareas abandonadas en −330.

Más tarde, durante el mismo invierno, comenzó Alejandro su marcha hacia Babilonia. Entretanto, su regreso había sido anunciado en los países de Occidente, donde sin duda se conocía desde hacía mucho tiempo la evolución que se estaba produciendo en el antiguo imperio persa. No es de extrañar, pues, que de todas partes se enviaran emisarios a su encuentro, a fin de reanudar los viejos contactos, o bien de aprovechar las oportunidades brindadas por la nueva constelación de fuerzas, la cual, de todas maneras, se había de tener en cuenta. Los nombres de pueblos citados a este respecto por los relatos han sido puestos en duda reiteradamente, aludiéndose a una confusión con acontecimientos y situaciones posteriores. No nos parecen, sin embargo, útiles semejantes reticencias. Así, es seguro que los griegos nunca perdieron por completo el contacto con Alejandro. Las felicitaciones por su feliz regreso, las numerosas consultas con respecto al problema de los desterrados, que se había agudizado entretanto, y los interrogantes sobre el propio futuro constituían en aquel momento motivos suficientes como para atarearse en reanudar los contactos. Por su parte, Cartago, la mayor potencia comercial del Mediterráneo, que había entrado en contacto con Alejandro en −332, seguramente tenía interés en establecer relaciones estrechas, aunque sólo fuese en consideración a los vínculos recién establecidos con



La región de los montes Zagros, en la Persia Occidental, tierra de los casitas.

Oriente. Sucedía lo mismo, sin duda, con las regiones costeras de España y de Libia, situadas dentro de la esfera de influencia cartaginesa. Desde −331 existía una alianza entre Cirene y Alejandro; hacia este mismo período, los donativos de cereales a Grecia, al Epiro y a Macedonia procedentes de Cirene debieron de contribuir a la mitigación de la persistente carestía. Para los países situados al sur de Egipto el imperio de Alejandro significaba la continuación del persa. Los pueblos balcánicos, los tracios, los celtas y los getas habían permanecido —en algunos casos desde la época de Filipo— en alianza con Macedonia y habían cumplido sin reticencias su papel de proveedores de mercenarios. Después



Delegación babilonia. Fragmento de un relieve del siglo —IV conservado en el museo de Persépolis.

de la muerte del general tracio Zopirion, en —325, en una expedición a las costas occidentales del mar Negro, resultaba de gran importancia disipar los malentendidos. La situación de Iliria era muy similar. En Italia había muerto, poco después de marcharse Alejandro, el homónimo de éste, quien era a la vez su tío y suegro, el rey de los molosos. Este último atrajo la atención de la confederación griega después de —331; contaba entre sus partidarios con griegos de la Italia inferior. En vista de la confusa situación y de la peligrosa conjunción de fuerzas existentes en aquella época, en particular en la Italia central, no era sorprendente que los bruttios y los lucanios enviaran emisarios. Que Roma hizo lo mismo, lo relata Cleitarco de Alejandría, un escritor que

vivió en el siglo —IV. El hecho de que sólo se tenga conocimiento de relaciones entre Roma y las ciudades helenísticas a partir de mediados del siglo —III nos induciría a rechazar como falso el relato de Cleitarco, pero no se ha de pasar por alto que Roma, que siempre había estado en contacto con Oriente a través de los etruscos, además de estar durante mucho tiempo asociada a Cartago, se había aliado con estos mismos molosos antes de entablar con ellos, en —323, una lucha de vida o muerte en la segunda guerra samnítica. Lo cierto es que correspondía perfectamente al proceder habitual de la política romana el buscarse el apoyo de aliados potenciales y fuertes.

Sean las que fueren las distintas maneras de ver, o de deformar, el detalle de los hechos, Alejandro, tanto en aquel invierno (—324 a —323) como más tarde, no sólo debía de estar en condiciones, sino que sentía la obligación de intervenir para establecer el orden incluso en las regiones que no se hallaban formalmente bajo su control directo. La definición de sus objetivos posteriores encuentra aquí una explicación lógica. La tradición antigua vio en el envío de legaciones la señal de nuevos planes bélicos y de conquista, trasponiendo sin más al Mediterráneo la imagen del Alejandro del Hifasis. Por el contrario, ¿no excluye el recurso a dichas legaciones la existencia de intenciones bélicas? ¿No había de momento tareas más urgentes?

Ya en Carmania, al finalizar la expedición a la India, parecen haberse elaborado los planes destinados a consolidar los resultados logrados y haberse tomado las disposiciones necesarias para la construcción de una importante flota en Fenicia, significando esto un primer paso hacia la intensificación de los vínculos con Occidente. Poco tiempo después, Heracleides dirigió una expedición al mar Caspio a fin de establecer definitivamente sus coordenadas y características y reconocer los posibles accesos, según que se tratara de un mar interior o de una bahía al norte del océano. De esta manera, se concretaba la segunda etapa del proyecto inspirado por el viaje de Escilax. No sabemos nada de una posible ruta marítima directa entre Arabia y la India que hubiera sido explorada en aquella época. No se podía, sin embargo, dejar en blanco a Arabia, pues la existencia de una ruta que uniese la India a Egipto y las costas meridionales del Mediterráneo no era concebible sin la previa ocupación y protección de las franjas costeras. Por lo tanto, Arquias y Andróstenes de Tasos fueron encargados de explorar el golfo Pérsico y estudiar la situación de sus costas. La empresa se inició desde Egipto y en la primavera de —323 ya se advierten los preparativos de una opera-

ción combinada por mar y tierra, destinada a atraer a Arabia dentro del perímetro del imperio. Entre los proyectos pertenecientes a esta época figura un plan de circunvalación de África, comparable al que había emprendido Neco, quien fue por otra parte el constructor del primer canal del Nilo al mar Rojo.

Dado este cambio del centro de interés, Babilonia pasaba a constituir, a favor de su posición geográfica, el eje natural del imperio y la visita de Alejandro era esperada desde hacía tiempo. De todas formas, la clase sacerdotal tenía buenas razones para sentirse preocupada y no nos resulta demasiado sorprendente la noticia de profecías caldaicas que advertían a Alejandro de una pronta muerte en el caso de que entrara en la ciudad con el ejército. Alejandro hizo lo que pudo para adaptarse a esta situación. Apenas llegado, acometió la construcción de obras gigantescas. Se dotó a la ciudad de dársenas y astilleros con una capacidad de mil barcos por lo menos; los elementos de primera necesidad se construyeron en Fenicia, y luego fueron desarmados y de nuevo armados a orillas del Eufrates. Al mismo tiempo, Alejandro mejoró la red de canales de los contornos y la extendió hasta Arabia, a fin de facilitar la irrigación del país y la regulación del río. Se alzó una ciudad en la desembocadura del Eulaios y otra en el centro de la red de canales, poblada esta última por griegos lisiados y autóctonos. Alejandro reclutó a fenicios en las superpobladas zonas costeras del Mediterráneo e inició un movimiento de población de gran envergadura hacia las costas del golfo Pérsico. Esta era la segunda fase del proyecto, en el afán de facilitar el acceso a las zonas costeras recién conquistadas, acortar la ruta marítima y explotar las nuevas vías de comunicación abiertas.

Nuevos emisarios confirmaron a Alejandro que Grecia le rendía el culto divino que él mismo había solicitado; asimismo, tanto en Grecia como en Egipto, se rendía a Hefestión el culto de los héroes, según acababa de ordenar el oráculo de Amón. Alejandro se encontraba entonces en el apogeo de su vida y, presumiblemente, no esperaba encontrar mayores dificultades en lo que le quedaba por realizar en materia de política exterior. La muerte de Hefestión debió de parecerle de mal agüero. Aparecían profecías, y no sólo ahora las de los caldeos, sino surgidas en su propio entorno, que le advertían del peligro de atreverse a transgredir los límites fijados para los hombres. Se habla de augurios funestos, de los que Alejandro fue informado. Según una anécdota, que sufrió múltiples variaciones, Alejandro perdió la diadema real durante un paseo en barco por los canales babilónicos y el marinero que la fue a buscar en el agua la puso en su propia



El llamado Alejandro de la lanza, *figurilla de bronce, a partir de Lisipo. Museo del Louvre, París.*

frente. Según otra anécdota, se dio la casualidad de que una persona no autorizada pudiera tomar asiento en el trono exclusivamente destinado al rey.

En previsión de la operación en Arabia a finales del verano, Alejandro empezó a formar unidades mixtas perso-macedonias con ayuda de las reservas traídas del Persis por Peucestas. A principios de junio, durante las reuniones preliminares y los cotidianos banquetes, se puso enfermo. Arriano y Plutarco nos transmiten partes de los diarios redactados oficialmente en la corte, en los que se consignó minuciosamente cada gesto de Alejandro en sus últimos días. A pesar de la fiebre y de su creciente debilidad, realizó los sacrificios habituales, siguió hasta en los últimos instantes el orden del día y prosiguió las conversaciones. No se puede establecer hoy día un diagnóstico completo de su repentino colapso físico. Sin duda, se conjugaron varios factores, precipitados por la evolución de la enfermedad. Pasados unos días, cuando ya no quedaba esperanza de curación, los soldados fueron autorizados a ver, una vez más, al rey. Uno tras otro, desfilaron en silencio cerca de su campamento, mientras él, sin decir palabra, conseguía todavía hacerles con los ojos la señal del adiós. Por la noche del día siguiente, varios amigos, mediante la interrogación de los sueños, inquirieron ante el dios —probablemente Marduk— si aún era posible que devolviera la salud a Alejandro en el templo divino. Según el signo recibido del dios, el enfermo tenía que permanecer donde estaba. Al día siguiente, había muerto.

Las circunstancias de la muerte de Alejandro dieron lugar a sospechas y presunciones y nunca se extinguió el rumor de que hubiese sido asesinado. Sin embargo, la simple consideración de que las fuerzas físicas siempre tienen un límite hace aparecer la temprana muerte de Alejandro como la respuesta de la naturaleza a un uso excesivo de sus recursos en el transcurso de los años.

Segunda Parte

ANTECEDENTES Y CONDICIONANTES

10. Los componentes occidentales

Las representaciones antiguas y las interpretaciones ulteriores son unánimes en considerar a Alejandro como un fenómeno de excepcional grandeza, al que no se pueden aplicar criterios comunes. Esto no sólo tiene que ver con la sorprendente vanidad de su actuación histórica: la tradición —que se alimentó hasta más no poder en un sinnúmero de anécdotas— nos transmite una imagen extrañamente vaga del hombre Alejandro, como de un ser ensimismado e inaccesible. A la capacidad sobrehumana que se le atribuye —en lo que respecta al despliegue de energía y trabajo y a la fuerza de sugestión— responde una personalidad que llegó a percibirse a sí misma, al parecer muy tempranamente, como sobrehumana. En consecuencia, al apartarse de forma radical y consciente del marco de la realidad común, era inevitable que despertara antipatías en sus contemporáneos, hasta perder al final cualquier posibilidad de ejercer la menor influencia sobre ellos. No bien desapareció, el mundo en el que había entrado en escena apartó la vista y volvió a su humilde existencia cotidiana. En la literatura y el mito, Alejandro tuvo cierta posteridad, pero en conjunto resulta escasa su influencia sobre la ideología imperial de la antigüedad que empieza a desarrollarse a partir de él. La visión que se desprende de la tradición antigua, en su mayor parte contemporánea de Alejandro, es comprensible desde el punto de vista psicológico. Pero no hace justicia a los hechos.

Alejandro forzó en pocos años y en casi todas las direcciones los límites establecidos de su época. Pero nada permite pensar que se estuviera en presencia de una fuerza que encontraba de esta manera su campo de aplicación y se atrevía a transformar el mundo de acuerdo con su voluntad y a definir arbitrariamente el marco de la necesidad histórica. Los doce años que duró la historia alejandrina ponen más bien de manifiesto, tras un examen profundo, todo lo contrario: la permanente necesidad de dar pruebas de una adaptación a un mundo exterior omnipotente y

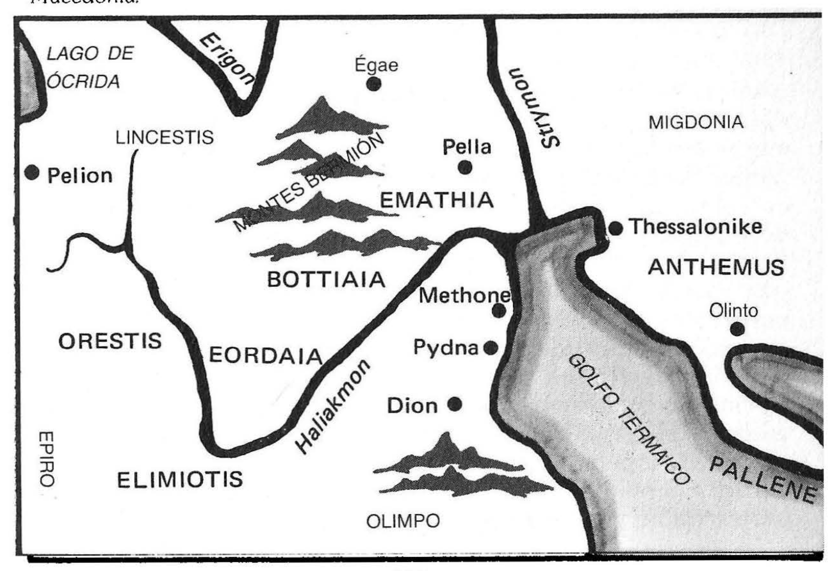
cambiante en sus configuraciones, la obligación de superar los conflictos a través de concesiones y el constante esfuerzo por alcanzar los objetivos que aparecían indispensables, haciendo el menor uso posible de las intervenciones armadas. No conviene preguntar aquí en qué medida un hombre como Alejandro podía, en función del contexto en que estaba inmerso, tener una percepción instintiva de su papel histórico y en consecuencia ajustar su conducta; resultaría aún más difícil en este caso encontrar una respuesta a esta pregunta. Estrictamente hablando, la vida de Alejandro es algo muy diferente a la obra de un genio que sobrepasa los límites de la realidad. Consistió más bien en la ejecución de tareas triviales y en la realización de múltiples misiones que él mismo no se había propuesto y requerían su intervención. No está claro cuándo —si es que eso ocurrió, como sucede en las interpretaciones *a posteriori*— empezó a ver un denominador común en la suma de los detalles, entrando así en la historia por cuenta propia. Para eso, no parece haberle sobrado el tiempo, al menos durante los primeros años. A medida que iban creciendo las dificultades y las dimensiones del imperio, el pragmático habrá tenido que definir más precisamente su papel, a falta de modelos y puntos de referencia suficientes. Pero nada permite pensar que le haya acometido la ilusión de que todo cuanto había realizado hasta entonces era algo más que el inicio de la necesaria y urgente reestructuración general de las relaciones políticas. Los contemporáneos de Alejandro renunciaron a continuar la política iniciada por él. Pero no lo hicieron porque le resultara ésta incomprensible. Habían dado grandes pruebas de lealtad cuando acompañaban a Alejandro en su periplo, y el mundo que luego ellos van a conformar deja presumir que consideraban naturales, e incluso coherentes, tanto la evolución general de los hechos como los designios de Alejandro respecto a ésta.

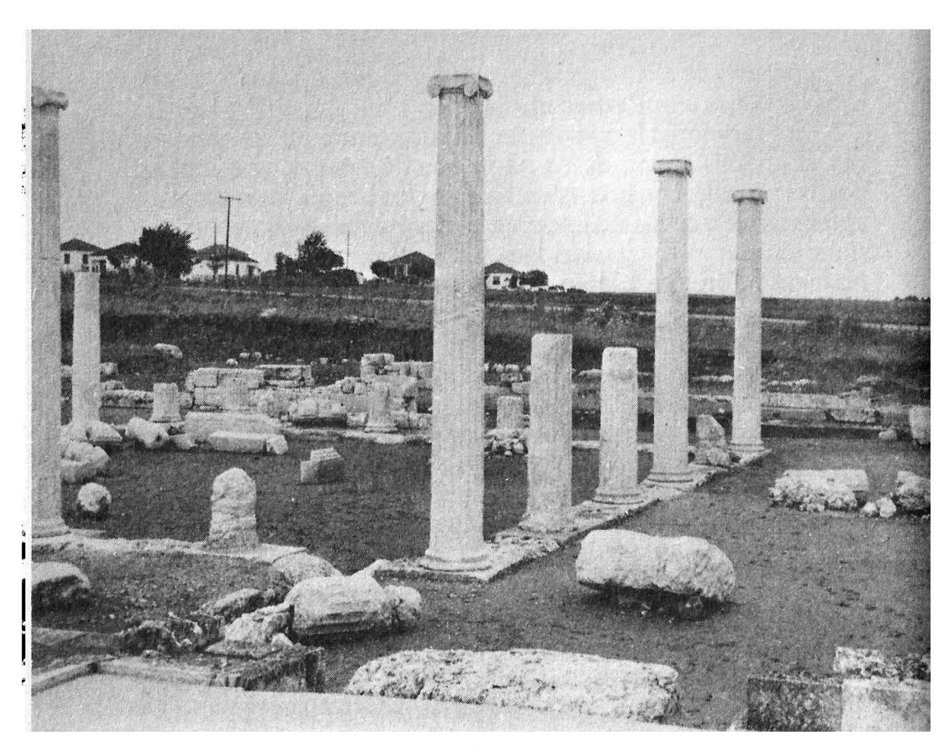
Teniendo en cuenta todo esto, las condiciones que determinaron la actuación de Alejandro aparecen claras y manifiestas. Se han de buscar en su ámbito originario, Macedonia, y en el mundo griego, del que tomó posesión. El mundo oriental persa, que se impuso a él, y la imperiosa necesidad de realizar una síntesis entre éste y aquéllos, que se presentó a él como la obra de su vida, son los otros factores que deben tenerse en cuenta. El trasfondo y las causas de su actuación histórica se hallan también en los particulares de la situación en que se encontraba. A su vez, ésta se explica por la acción conjunta de las tensiones éticas, políticas y sociales de su tiempo; lo que aparece en el primer plano como un sinnúmero de sucesos históricos tiene siempre que ver, en realidad, con el

antagonismo de dichas tensiones. A su muerte, Alejandro estaba lejos de haber terminado con ellas.

Es Macedonia la que aparentemente ofrece menos dificultades al análisis al ser, desde hacía mucho tiempo, una entidad política cerrada, con una estructura en cierto modo más estable y aprehensible y cuyas aspiraciones se desprenden fácilmente de su situación geográfica y relaciones sociales internas. Desde la colonización del área en la edad del bronce, Macedonia fue formando, entre el Egeo, el Danubio, el Haliakmon y el lago de Ocrida, un conglomerado de tribus emparentadas, regidas exclusivamente por sistemas monárquicos. Situadas entre los tracios del este y los ilirios del oeste, estas tribus parecen haber iniciado muy temprano, aunque sólo fuese en nombre de su propia salvaguardia, un proceso de unificación que condujo a la formación, mediante la integración paulatina de todas las tribus, de un estado de la planicie, cuyos diversos componentes se asemejaban cada vez más. Para los griegos del sur, los habitantes de este estado seguían siendo bárbaros; pero el país mismo fue desde entonces una fuente de materias primas y ofrecía salidas para el comercio griego. Por otra parte, a los griegos les interesaba su estabilidad interna, es decir, sobre todo, la existencia allí de un poder político que ejerciera un fuerte control sobre el país. Resulta significativo

Macedonia.



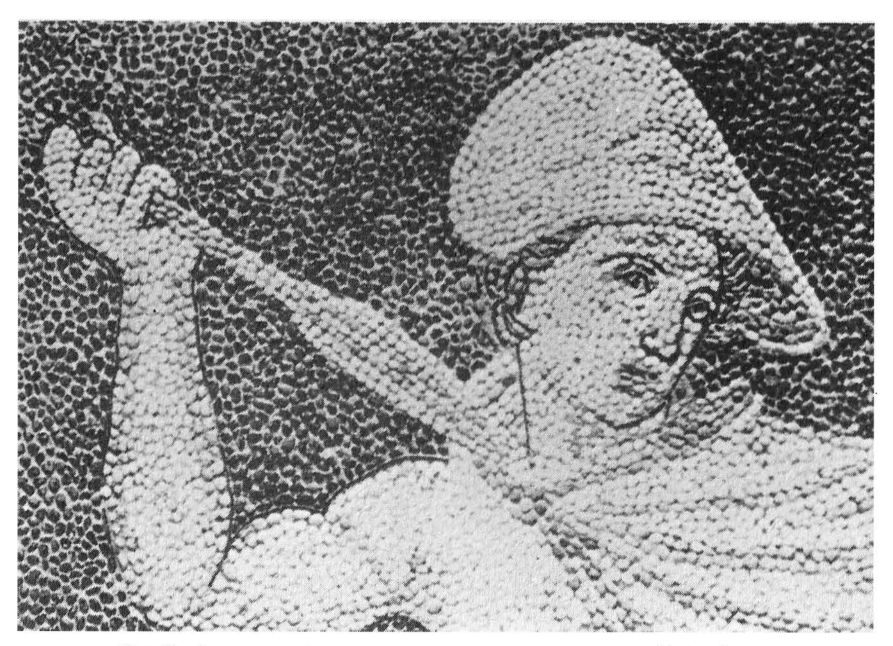


La antigua ciudad macedonia de Pella. Reconstrucción del peristilo norte.

que fuera el principado de la provincia de Ematia, situada entre el Axios inferior y los montes Bermion —principado en el que se ejercía sin duda una fuerte influencia griega, al ser el más directamente afectado por los asentamientos griegos en el golfo Termeico y en la Calcídice—, el que iniciara y perseverara en el proceso de unificación e incorporara los otros principados, uno tras otro, a la confederación que encabezaba. Los tratados entre Macedonia y los estados griegos constituyen un fenómeno corriente y existen numerosos ejemplos de ayuda mutua. Tanto para los reyes como para la población del reino macedonio, cuya penetración en la región balcánica era cada vez más firme, la relación con Grecia significaba un apoyo moral y una justificación ante súbditos y vecinos; ya en el siglo —VI, los reyes consideraban su función como la de una misión civilizadora que se había de tomar en serio. Durante el reinado de Alejandro, por lo menos, el idioma griego parece haber sido ampliamente difundido. Se fundan y desarro-

llan ciudades: Égea, la más antigua residencia real; Dión, al pie de la ladera norte del Olimpo; Pella, al noroeste de Tesalónica, construida por Arquelao I. Los cultos orgiásticos locales fueron pronto asociados a representaciones religiosas griegas. Alejandro Fileleno (—494 a —454) solicitó y obtuvo la participación de su país en los juegos griegos y, a pesar de ser vasallo del soberano persa, se convirtió en el salvador de los griegos en la lucha decisiva que estos últimos libraron en —480 y —479 por la propia existencia. De él procede también la primera acuñación macedónica. La dinastía hace remontar su origen a Heracles y pronto considera a Argos como su patria. Amintas I (finales del siglo —VI) había dado refugio al tirano Hippias expulsado de Atenas y la corte macedonia se convirtió más tarde en lugar de estancia para Esquilo, Simónides, Baquílides y Eurípides, para no nombrar poetas de menor importancia, tales como Choirilos, Timoteos y Agaton; Arquelao I (—413 a —399) quiso por su parte raptar a Sócrates, condenado a muerte en Atenas.

Al tiempo que se consolidaba su posición hacia el exterior, proseguía la organización interna del reino, en cuyas estructuras se hallan los rastros de una monarquía patriarcal, elementos estos que se habían mantenido estables desde la época de la inmigración. Junto al rey, cuya función es a la vez sacerdotal y militar, existe una asamblea militar que encarna a la nación y tiene poder de decisión en importantes asuntos constitucionales, tales como los problemas de sucesión y los casos de alta traición. La mayor estabilidad política y la obtención de útiles áreas de asentamiento favorecen además, junto con la ampliación del estado, el crecimiento de una nobleza feudal terrateniente que debe obediencia al rey, los hetarios. El constante flujo hacia esta clase de elementos procedentes de capas sociales inferiores —resultante de un crecimiento continuo— no sólo significa la progresiva estabilización económica de la sociedad campesina, sino también el fortalecimiento de la monarquía. Tanto la consolidación interna como el ensanche territorial explican la aparición, dentro de la clase de los hetairos, de una nobleza de corte, a la que iban a ser confiados los cargos políticos y militares y en la que se iban a integrar elementos no macedonios idóneos. Al mismo tiempo, las funciones y atribuciones de la asamblea militar parecen cada vez más asumidas por un consejo de hetairos directa y únicamente dependiente de la voluntad real, sin que se llegue jamás, sin embargo, a una clara separación de las competencias. La defensa de sus prerrogativas feudales —en particular durante los reinados de Alejandro I y Arquelao I— convertirá a la hetairía, repartida en



Detalle de un mosaico que representa supuestamente a Alejandro en una escena de caza.

distintas regiones que facilitaban un despliegue estratégico, en un excelente instrumento militar, que luego Filipo II iba a acabar de perfeccionar. Si bien esta evolución fue marcada por ciertos reveses en el exterior, con numerosas derrotas, en particular a partir de la segunda mitad del siglo —V, en las campañas contra los pueblos vecinos, parece por otro lado haber favorecido en forma decisiva la militarización del pueblo. La concesión del estatuto de hetairo a los infantes, que data de esta época, suprime en el ámbito militar la diferencia entre rey y estado. Las querellas dinásticas internas y los disturbios que señalaron casi todos los períodos de sucesión no dejaron huellas duraderas.

Filipo II, quien definió la política macedónica durante las dos décadas siguientes —al principio, a partir de —359, como tutor de su sobrino, antes de que la asamblea militar le proclamara rey legítimo—, logró sin mayor esfuerzo llevar a buen término la estructuración geográfica del estado, mediante la incorporación de los últimos principados que permanecían independientes. Puso a Iliria y a Tracia bajo la dependencia de Macedonia; asentamientos macedonios tales como Filipi y Filipópolis consolidaron

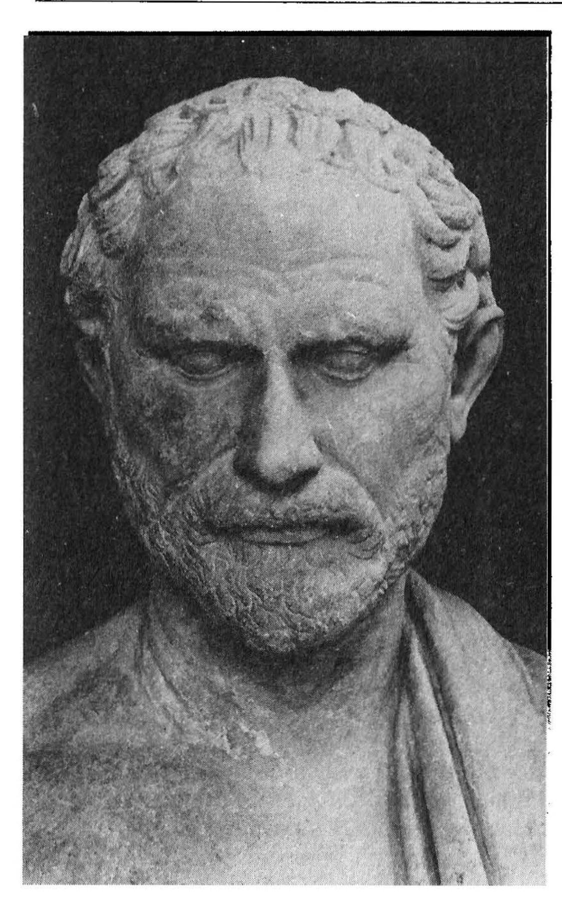
las ventajas adquiridas. Su matrimonio con Olimpia (−357) le permitió por otra parte ejercer cierta influencia sobre la tribu de los molosos que vivían más al oeste. Desde los primeros momentos de su ascenso al poder, Grecia formó parte de los proyectos de Filipo, como lo pone de manifiesto la conducta de éste. El objetivo natural de la historia macedónica era la constitución de un reino fuerte, tan fuerte como para ejercer su influencia sobre las tribus del interior de la región balcánica y controlar los movimientos y fluctuaciones de las mismas. La protección concedida a los distintos pueblos y la estabilización de las relaciones acarreaban la seguridad del propio territorio y una futura expansión, cuya concretización a largo plazo era indispensable considerar y programar. Pero esta Macedonia grande y potente permanecía sin fundamentos reales y siempre, por esta misma razón, gravemente amenazada al haberse desatendido la ampliación y profundiza-

Filipo II. Medallón procedente de Tarso.



ción de los vínculos con el sur; tal era la otra tarea importante que le incumbía a Filipo, por así decir, naturalmente. La Grecia de aquella época, con su *polis* y el vaivén constante de las distintas fuerzas políticas, no puede sino haber despertado, a los ojos de Filipo, sentimientos de inseguridad y desconfianza; aceptarla, en la forma que fuera, como un asociado con los mismos derechos, hubiera significado una carga y un peligro. Por lo tanto, no le quedaba otra alternativa que poner a Grecia bajo el control de Macedonia y extender la esfera de influencia de ésta hasta el extremo meridional de la península balcánica. Paralelamente a los combates en el norte y el este, Filipo redobla sus esfuerzos, a partir de —359, para asentarse en el sur. Pero, en estas circunstancias, no era posible proyectar la solución más cómoda de la creación de un estado unificado macedonio-griego. Las condiciones políticas, la ideología peculiar de las ciudades-Estado en las que se habían desarrollado espontáneamente determinados valores, así como las diferencias culturales, agudizaban la lejanía entre ambos mundos, ante la que cualquier tentativa en la dirección aludida hubiese resultado absurda. Por lo demás, la obstinada resistencia griega, cada vez más firme, abstracción hecha de la agitación atizada por un Demóstenes, demostró con suficiente claridad durante aquellos años a qué encrucijada podrían conducir procedimientos excesivamente rigurosos aun por parte de quien poseía la superioridad de las fuerzas. Por eso, la política de Filipo —que dio muestras de todas las sutilezas del método— iba a ser determinada sobre todo por la voluntad de evitar conflictos serios y profundos con los distintos estados y con el conjunto griego. Dirigente supremo de los tesalios desde —352, Filipo logró en —346 tener un papel decisivo en la anfictionía délfica. Luego, en —338, después de la batalla de Ceronea, la fundación de la Liga de Corinto le brinda la oportunidad de obrar a su guisa en Grecia.

Esta Grecia, de la cual Filipo se hacía ahora el intercesor, se encontraba, desde principios del siglo —V y las guerras persas, en un camino que, hasta cierto punto, justificaba las intenciones de Filipo. El intento de Atenas, para resolver el dilema permanente que constituía la existencia de varios estados griegos, de imponer a la fuerza la subordinación de éstos dentro de la Liga marítima ática, había provocado la guerra del Peloponeso y la consecuente decadencia de Atenas como garante del orden en el área. Los esfuerzos posteriores de Esparta, Atenas (segunda Liga marítima) y Tebas, basados en los mismos objetivos, fracasaron también en razón de las circunstancias y relaciones de fuerza, sin que se llegara a cristalizar una alternativa federal. Pero a la situación



Busto de Demóstenes. Copia romana que se conserva en el Vaticano, Roma.

política correspondía la económica, que tenía mayor repercusión dentro de cada uno de los estados.

Pese a las exasperadas contiendas entre griegos en los siglos —V y —IV, no se halla ningún indicio de una disminución de la presión demográfica, mientras que la apertura que había significado en los siglos anteriores el establecimiento de colonias ya se había desvanecido. Por otra parte, aumentaban las posibilidades para el comercio, que conducían necesariamente a una intensificación de la producción —la aparición o el crecimiento de grandes empresas constituyen señales de una incipiente industrialización—, pero también a una creciente competencia tanto en la metrópoli como en los mercados exteriores donde, además, se manifiestan pronto

tendencias autárquicas. Pero la racionalización de la producción motiva al mismo tiempo, en determinadas condiciones, un mayor empleo de esclavos e inutiliza la mano de obra libre por no ser ésta lo suficientemente rentable, lo que debió de producir efectos catastróficos sobre las capas sociales inferiores de la ciudadanía en los distintos estados. El incremento espontáneo de los precios, del que existen indicios muy claros, anula el aumento de los salarios. Las consecuencias son varias: por un lado, se manifiestan en los enormes contingentes de mercenarios conocidos en el siglo —IV, cuyas masas fluctúan entre las distintas partes del mundo griego y los confines bárbaros; por el otro lado, algunos estados, como Atenas, redoblan sus esfuerzos para garantizar, más allá del mantenimiento de sus intereses políticos, la subsistencia para el mayor número posible de ciudadanos, mediante la retribución de los deberes cívicos cumplidos. La expansión del comercio hacia las regiones cerealistas del mar Negro y África provocó también graves trastornos en la economía rural interna y dio lugar a una dependencia de Grecia de las importaciones extranjeras de los alimentos de base más importantes, así como al despido de la mano de obra superflua en este sector de actividad. Para los contemporáneos de Filipo, la situación, tanto en sus aspectos económicos como políticos, no podía ser caracterizada en otros términos que en los de una crisis cada día más aguda. En efecto, van en aumento la exaltación y la dureza de los conflictos políticos dentro de los distintos estados, precisamente a raíz de las tensiones sociales entre pobres y ricos relacionadas con el contexto referido antes. La política y el dinero macedónicos encuentran de esta manera numerosas oportunidades para inmiscuirse y así se explica la simpatía de la que gozó Filipo en muchas ciudades: veían en él el único garante de la estabilidad social.

No faltaban las propuestas para solucionar este dilema; las utopías político-sociales de Platón y los escritos jurídicos de Jenofonte y Aristóteles ofrecen algunas. Sin embargo, el valor de tales proyectos residía solamente en dejar a un lado los conceptos y criterios comunes y abrir desde un principio el marco de referencia a toda *Melas*, mejor dicho, al conjunto del mundo griego. Ya en el siglo —V, Pericles había intentado poner en práctica la idea del panhelenismo, la unión de todos los griegos para la realización de objetivos comunes; pero la idea no encontró una acogida muy favorable. Resurgió hacia fines del siglo —V, en circunstancias muy distintas, formulada por algunos oradores, tales como Gorgias y Lisias. Hacia —380. Isócrates preveía en su *Panegyrikos* la unión de Grecia en torno a Atenas y, como correlato principal, la solución



Acrocorinto. La fortaleza que fue la sede de la Liga de Corinto en tiempos de Alejandro.

de la cuestión social por medio de una gran empresa colectiva griega, que permitiría traer una parte importante de Asia Menor a manos de Grecia y conseguir nuevas colonias hasta el Halys. Basándose en los tópicos de la época con respecto a los bárbaros y en la idea de una venganza por el año −480, Isócrates no tenía dificultad en motivar una guerra que, empezando con meras pendencias, se prolongara, en caso de apuro, hasta la destrucción total de Persia. La evolución política en las décadas posteriores redujo este plan a una simple ilusión; pero en −346, Isócrates había modificado su programa hasta tal punto que podía plantear su realización al rey de Macedonia.

La creciente aceptación de estas ideas brindaba a Filipo la oportunidad, que no se volvería a presentar, de justificar su política griega y desarmar al mismo tiempo la oposición. Por otro

lado, en el momento de acometer la obra panhelénica, Filipo tenía que ser consciente de que Grecia, tras haber constituido un tema secundario, pasaba a ocupar el centro de sus intereses, mientras que las líneas generales de la política macedónica eran desplazadas. Ahora bien, aun cuando se cumplieran los deseos de Isócrates, quedaría por resolver el problema pendiente de la presión demográfica y económica. Antes bien, hacía falta la garantía de un orden duradero en Grecia, incesantes esfuerzos para llegar a una solución general del problema aceptada por todos y, no por último, la conversión de los griegos a un modo de pensar incompatible con la orientación política que habían tenido hasta entonces. Filipo había dado pruebas de gran habilidad en el trato con los griegos, pero precisamente su conocimiento de la situación le imponía quedarse en guardia. Aún cabe agregar que las exigencias del panhelenismo le empujaban a una oposición de intereses con Oriente, cuyo desenlace le resultaría igualmente problemático. La incorporación al dominio macedónico de los territorios que se extendían hasta el Helesponto y el Danubio —considerados como complementos naturales de Macedonia— formaba parte desde el principio del programa político de Filipo; se había alcanzado este objetivo ya en —339. El inevitable conflicto con Persia suponía sin embargo una carga que anulaba las ventajas resultantes del liderazgo panhelénico, aun en el caso de que se confirmasen las predicciones de Isócrates respecto a un asentamiento más firme del poder griego en Asia Menor. No se puede determinar con precisión qué orden de prioridades se planteaba Filipo en dicho contexto para la política macedónica y panhelénica. Al menos un factor se había de tener en cuenta: los objetivos panhelénicos solamente tendrían alguna perspectiva de cumplirse al ser limitados en el espacio y al preservarse la posibilidad de lograr un equilibrio con Persia. Una larga guerra contra semejante imperio tomaría, cualquiera que fuese su conclusión, proporciones rápidamente incontrolables que pronto terminarían en la extenuación de las propias fuerzas. Semejantes perspectivas no estaban de acuerdo con los métodos de Filipo; para un político realista como era él, la conquista del imperio persa no puede haber significado mucho más que una utopía.

Es precisamente a partir de consideraciones de este tipo que su conducta después de —338 se explica más fácilmente. Por supuesto, la función de *hegemon* —es decir, la máxima autoridad ejecutiva en la Liga griega, órgano este competente no sólo en las cuestiones de seguridad, sino también en los asuntos de política interior y exterior— había sido ampliada y fortalecida con la de

comandante en jefe del ejército en previsión de la guerra decidida contra Persia. A finales de −337, un ejército macedonio encabezado por Parmenión había desembarcado en Asia Menor y, en −336, había ocupado una serie de ciudades griegas de la banda occidental. Se trataba, en cierto modo, de una partida aposentadora cuya misión era ganar posiciones importantes y demostrar a los griegos allí asentados las honradas intenciones que ellos mismos se esperaban. Pese a la situación crítica en que se encontraba Persia tras la muerte de Artajerjes III, Filipo no pudo aprovechar la oportunidad que se ofrecía y transformarla en un éxito fácil. Tenemos muy escasas informaciones sobre eventuales empresas similares en los años −338, −337 y −336. Filipo intentó en primer lugar, al parecer, ganarse la simpatía de los griegos, en particular la de las clases superiores. No existe ninguna noticia concreta sobre la inminencia de una guerra total contra Persia; las fuentes se conforman con muy vagas formulaciones.

Lo cierto es que los sucesos consecutivos a la muerte de Filipo (−336) justifican las vacilaciones de éste y ponen de manifiesto la ausencia de condiciones propicias al inicio de una guerra contra Persia. Alejandro tuvo que volver a luchar para conseguir cuanto Filipo una vez había obtenido y se vio obligado a continuar, con precipitación y sin la preparación requerida, una política que había sido iniciada con mucha circunspección. Las dificultades de los primeros años aparecen como la revancha tardía de la helenidad sobre la hegemonía macedónica. Es importante tener presente que Alejandro en aquel momento solamente estaba en condiciones de transigir con las distintas potencias. Aparte del gesto simbólico realizado en el Helesponto, que parece casi forzado y sólo se puede entender en función de ambiciones panhelénicas, se advierte una desconfianza notable para con los aliados, cuyos pequeños contingentes nunca fueron utilizados en los momentos decisivos; se ha de sumar a eso la dispersión de la flota en −334. El tratamiento autocrático de los mercenarios por Alejandro después de la primera batalla motiva una serie de gestiones diplomáticas por parte de Atenas, obligando finalmente a éste, en vista de una amenaza de guerra contra Agis en −331, a poner en libertad a los presos.

Tampoco se había clarificado totalmente la situación en Macedonia cuando Alejandro se puso en marcha en −334. Ciertamente, las reservas con respecto a su persona se habían disipado; la perspectiva de una inminente conquista de Asia Menor debió de encontrar la aprobación y despertar el entusiasmo de una parte importante del pueblo, ante la promesa de cuanto constitui-

ría en cierto modo el colofón de la obra emprendida por Filipo para Macedonia. Para apaciguar el resentimiento que había resultado de su actuación al llegar al poder, Alejandro no había tenido al principio la menor oportunidad; parece auténtica la noticia de una portentosa distribución de bienes reales poco antes de la partida y se puede interpretar como un nuevo intento de complacer y comprometer a los amigos y partidarios. Numerosos emigrantes procedentes de Macedonia participaban en la obstinada resistencia de Asia Menor, y la directiva persa tenía sin duda buenas razones para creer en la inminencia de una revuelta cuando intentó, en el invierno de −334 a −333, instigar a los últimos príncipes lincestas, a cometer un atentado. Resulta significativo que Alejandro no se arriesgara en el momento a proceder a la ejecución de estos lincestas, sino que esperara los incidentes relacionados con el caso de Filotas, tres años más tarde. La desconfianza que reinaba en aquel tiempo encuentra una ilustración en la anécdota famosa de la curación de Alejandro en Tarso por el médico Filipos, a quien le fueron imputadas intenciones de asesinato. Pero tampoco en la metrópoli parece reinar un orden absoluto. Alejandro había confiado a su representante en Macedonia, Antípatros, poderes importantes y éste logró instalar en toda Grecia una red de protección, entre las mallas de la cual también Agis se vio finalmente enredada. En tanto que administradora de los intereses de su hijo, Olimpia no tardó en ocasionar nuevos inconvenientes, y no solamente para Antípatros. Habrá dejado estupefactos a los propios macedonios la forma en que Olimpia respaldaba la propaganda de Alejandro y defendía la pretensión de éste a un culto divino con motivo de haber sido fecundada por el dios. Si bien volvió a abandonar el país, los conflictos permanecieron y la contradicción de ciertos testimonios nos incita a preguntarnos en qué medida Alejandro era capaz de distinguir claramente entre el amor filial y la necesidad política. Las informaciones relativas a la inminencia de una ruptura entre Alejandro y Antípatros después de −334 encuentran sin duda un fundamento histórico en las tensiones mencionadas antes.

Lo cierto es que Grecia parece haber vuelto a la calma en muy poco tiempo. Después de la catástrofe de −335, la muerte de Memnón y, por último, la destrucción de Agis, no sólo van disminuyendo las veleidades belicosas, sino que van siendo reconocidos —mejor dicho, ya se tiene de ello una experiencia concreta— los múltiples beneficios que acarrea la pertenencia a un imperio que Alejandro iba extendiendo día a día. Fue solamente

durante la guerra que el problema de los mercenarios encontró una solución satisfactoria y coherente; por de pronto, debía de considerarse que la política económica y financiera de Alejandro tenía éxito. En el caso de Atenas, donde el propio Demóstenes buscaba —si se debe creer a su adversario Esquines— vínculos con el cuartel general de Alejandro, se conocen, al correr de estos primeros años, una serie de contratos comerciales con varias ciudades de Asia Menor y con el reino bosforánico de Crimea; significan, sin duda, un nuevo impulso. Los moderados, como Foción, y algunos promacedonios fervientes, como Demades, participan activamente en la política de estabilización interna iniciada por Licurgo, cuyos esfuerzos, por lo demás, no se limitaban al dominio estrictamente político. Los intensos trabajos de fortificación y embellecimiento de la ciudad, la construcción de una flota y la transformación de la educación de los efebos con objeto de formar una nueva generación de ciudadanos, impregnada de un verdadero espíritu cívico, no deben entenderse, en este contexto, como los preparativos para un conflicto final en el que Atenas se opusiera al poder, cada vez mayor y más peligroso, de Alejandro. Estos hechos aparecen más bien como un intento de procurar las condiciones necesarias para que Atenas tuviese un papel director dentro del nuevo complejo imperial en desarrollo. Si Alejandro no incitó directamente a esta política, al menos la habrá visto con muy buenos ojos; los vínculos especiales establecidos por intermedio de Harpalos tal vez hayan correspondido a determinadas disposiciones afines. Por otra parte, la fundación de una colonia ateniense en Italia es inconcebible sin previo acuerdo y permite imaginarse cuáles eran las miras de Alejandro con respecto a este país.

Por no ser más complicada, la situación de la recién liberada Asia Menor requería también mucha paciencia. Extraña la ausencia de testimonios sobre una eventual acogida entusiasta del liberador en aquellos lugares. Con toda evidencia, estos griegos no percibían su incorporación en el imperio persa —que constituía también para ellos un *Hinterland* económico— como la opresión que describía la ideología panhelénica, y los liberados eran conscientes de que la situación financiera de Alejandro no les iba a proporcionar, en un principio, más facilidades. En realidad, Alejandro obtuvo, además de los tributos exigidos de las comarcas reales que no pertenecían a los municipios griegos (*phoroi*), que estos griegos igualmente pagasen contribuciones, bajo una denominación distinta (*syntaxeis*). Éstas no parecen haber sido despreciables e implicaban por otra parte una toma de

partido en una guerra aún inconclusa. No es de extrañar que los habitantes de Mileto se opusieran al principio terminantemente a su propia liberación, ni que los de Aspendos retiraran finalmente un ofrecimiento de sumisión. Una serie de antiguas ciudades griegas, que estaban desde hacía mucho tiempo en manos de los bárbaros, fueron de nuevo convertidas en griegas; las fuentes proporcionan en algunos casos cifras que permiten imaginar el costo que este proceso significó para ellas. Tampoco está clara la situación jurídica de estos liberados. Alejandro, en tanto que general de la federación griega, tenía sin duda la obligación de respetar la independencia de estas comunidades. Pero, de hecho, la necesidad militar permitía justificar cualquier clase de medidas y reglamentación impuestas por Alejandro, el conquistador. Lampsakos, que tardaba en someterse a la voluntad de éste, no hubiera evitado la destrucción sin una intercesión; Zelea fue tratada con indulgencia a propósito; Aspendos, en cambio, fue duramente castigada por su rebelión, y los griegos liberados de Éfeso tuvieron que depositar, por decisión de Alejandro, los impuestos atrasados en el templo de Artemisa de la ciudad. En ningún lugar se hace referencia a una incorporación de las ciudades griegas de Asia Menor en la Liga de Corinto, y ésta es muy improbable. Mucho más ventajosa, dados los objetivos y la situación de Alejandro, era una alianza con cada ciudad por separado, lo cual, según el principio de *divide et impera,* preservaba, al menos para el tiempo que durara la guerra, su libertad de movimiento y aun le permitiría, en caso de necesidad, jugar a los liberados contra la propia Grecia. Por lo demás, la administración se encontraba sin duda simplificada por la recaudación de los impuestos aliados a través de las autoridades regionales existentes, tal como se practicaba hasta entonces.

Por lo tanto, esta situación política solamente puede haber sido considerada transitoria. Resulta muy probable que, durante el planeamiento de la guerra en Corinto, la regulación definitiva de las relaciones entre aliados haya sido aplazada hasta el fin de la guerra. Pero la decisión de dar ésta por terminada debía tomarla el general de la federación, con lo que Alejandro disponía de tiempo, de tal manera que, cuando murió, nada había cambiado. Desde luego, no pueden considerarse formas de organización política el culto de Alejandro tempranamente atestiguado en varias ciudades, ni tampoco una asociación de los jonios con este mismo fin.

Las dificultades iniciales con los macedonios y los griegos no disminuyeron después de la batalla de Iso, cuando Alejandro

empieza a alejarse de la esfera de interés propiamente panhelénica. A diferencia de la actitud comprensiva de los griegos ante las consecuencias económicas de una tal resolución, la reacción de las masas macedonias fue de incomprensión absoluta, dando lugar a comparaciones entre Alejandro y Filipo, cuyas aspiraciones siempre habían sido realistas y mucho más limitadas en el espacio y, por eso mismo, habían obtenido tanto éxito. Ciertamente, ello no suponía mayores dificultades para conservar la lealtad de las tropas. A Parmenión que le aconsejaba, frente a Tiro, aceptar la proposición persa y ponerse de acuerdo sobre fronteras razonables, Alejandro respondió que también él lo haría si fuera Parmenión. Las posibilidades de existencia de una oposición activa dentro de la clase dirigente, con sus intereses propios y una mayor lucidez, no eran, por lo tanto, suprimidas. Desde la campaña de Egipto, Filotas —el hijo de Parmenión y comandante de la caballería— había sido acusado ante Alejandro de tener discursos similares, y Darío, al parecer, seguía esperando, después de Arbelas, que estallara una revuelta. De esta manera, la operación de exterminación que se produjo en Aracosia en el otoño de —330 se puede ver, en el fondo, a la vez como la repetición —pero respondiendo a una presión externa más fuerte— de los actos de desesperación de —336 y una advertencia por el terror dirigida al conjunto del ejército. La introducción de una censura de la correspondencia y la creación de unidades disciplinarias se integran perfectamente en este contexto. El mismo sentimiento de persistente amenaza, el mismo dilema entre la necesidad y la voluntad propia explican el apego, cada vez más sensible, de Alejandro a una propaganda que se había convertido, a partir del paso del Helesponto, en mera autojustificación, valiéndose de lo religioso e irracional de una manera muy evidente para los mismos contemporáneos. Signos divinos en el momento de colocar la primera piedra de un templo de Zeus en Sardes, milagro del mar en Panfilia, profecía del nudo gordiano, augurios y sueños premonitorios relativos a la toma de Tiro y Gaza, oráculo de Amón y profecías de los oráculos de Asia Menor, toda esta sucesión de prodigios debió de impresionar los espíritus, al menos entre las tropas. Con el tiempo, Heracles y Dioniso pasan a ocupar el primer plano, y eso pone en evidencia la eficacia de la autorrevelación de Alejandro dentro del marco religioso; que éste lograra por este mismo medio entusiasmar a las tropas con vistas a realizaciones grandiosas no debe ser considerado necesariamente como una invención. De todas formas, con el correr del tiempo, le habrá resultado indiferente a Alejandro la opinión que

se tenía de él en Grecia. El asesinato de Cleitos, la conjuración de los pajes y la actitud de Calístenes, en quien se mezclaban los rasgos macedonios y griegos, le debieron de confirmar una vez más cuán poco habían servido el proceso de Filotas y la autorrevelación religiosa para superar la problemática de los primeros años. Si bien el ejército se dejó llevar por Alejandro aun después de los episodios de Bactriana y, más tarde, de la India, no tenemos ningún testimonio que nos indique en qué medida existía todavía entre las tropas una comprensión de los objetivos que le motivaban. La liberalidad de Alejandro tanto hacia los jefes como hacia los soldados; los magníficos presentes que se ofrecían a los despedidos a costa de una desconsiderada explotación de los tesoros persas; los homenajes que se rendían a determinadas unidades o, a veces, a divisiones enteras; la insistencia, a veces teatral, en la camaradería, y la innegable fusión, dentro del ejército, de las distintas capas sociales mediante la acumulación de riquezas, los cargos probatorios y las posibilidades de promoción, no sólo deben verse como manifestaciones de la capacidad anticipadora de un soberano excepcional, sino más bien como otros tantos medios en el afán de mantener la cohesión de una masa humana cada vez más insegura. Pero en el fondo aparecen las dos caras de una misma realidad: el terror aumenta de un lado, el temor del otro; unos pocos y vehementes testimonios nos permiten imaginar que no era solamente el entusiasmo el que animaba a las tropas de Alejandro y las llevaba a cumplir sus grandiosas misiones históricas. El que Alejandro despidiera, relativamente pronto, a los tesalios y a otros aliados tal vez haya sido un intento de evitar que la situación, crítica siempre, se deteriorara aún más.

Durante aquellos años, el ejército había adquirido la perfección de un instrumento sin igual. Al mismo tiempo, se iba convirtiendo cada vez más en una soldadesca cuya cantidad no dejaría de repercutir algún día en esa misma calidad, de tal manera que la licencia absoluta que le fue anunciada en el año −324 no se experimentó como una liberación únicamente por parte de Alejandro. Este se había constituido una élite de jefes adictos y aptos para las más diversas misiones: Hefestión, Crateros, Perdicas, Eumenes, Leonatos, Tolemeo, Peucestas, Lisímaco, Polipercon, Antígono, Seleuco y muchos otros adquirieron en compañía de Alejandro la formación y los rasgos típicos que iban a caracterizar a los soberanos helenísticos posteriores. Las tensiones existentes entre ellos —a las que no se debe restar importancia— radican en la problemática aquí aludida, y nada evidencia con tanta claridad el abismo que les separaba de Alejandro como el comportamien-

to de cada uno de ellos inmediatamente después de la muerte de éste. Cabe preguntarse si la recrudescente violencia y crueldad de los combates después de la muerte de Darío se dirigía únicamente al enemigo o si tiene quizá otras explicaciones que las dadas por las circunstancias externas. Pueden haber sido el producto de una intervención premeditada de Alejandro o, por lo menos, de su participación consciente, en el afán de reducir las tensiones por medio de una serie de experiencias compartidas cada vez más intensas y la conciencia forzada de las acciones cumplidas; en la historia del siglo XX, no faltan ejemplos semejantes que se podrían poner por caso. Asimismo, el hecho de que Alejandro se fuera exponiendo en la batalla de manera cada vez más desesperada hasta la catástrofe en la ciudad de los mallos podría constituir la señal de un debilitamiento general de la combatividad, que no le dejaba otra opción que la exaltación de su ejemplo personal. Muchas de las intenciones que los historiadores de todas las épocas le atribuyen, ya fuera por admiración o por odio, tal vez no responden sino a la mera necesidad o bien a una sencilla reacción psicológica motivada por el ambiente que le rodeaba. Su falta de consideración ante pérdidas que le atañen directamente, o la catástrofe de Gedrosia, manifiestamente soportada sin gran conmoción, conforma, desde este punto de vista, el mismo contexto que la oleada de condenas de −324; a ello se agrega, en aquel mismo período, las nupcias masivas que los afectados experimentaron en conjunto como un acto de terror. Todos los amigos de Alejandro, hasta el propio Seleuco, repudiarán a sus esposas después de la muerte de aquél. Poco tiempo después, el pago de las deudas y la reacción unánime del ejército ante el licenciamiento de los veteranos—pese al decoro del que se quería hacer gala—indican la persistencia de la desconfianza y, en consecuencia, la profundización de las viejas tensiones. En este contexto, no es de extrañar que el relevo de Antípatros, por lo demás perfectamente fundado, fuera interpretado como un nuevo golpe de mano. No está claro en qué medida Alejandro hubiese logrado resolver este dilema. Al igual que su padre, había sido arrastrado a la guerra en tanto que jefe de las huestes macedónicas, pero había tenido que pasar por alto, pese a los esfuerzos sobrehumanos exigidos y el número de víctimas, los intereses propiamente macedónicos, es decir, los deseos y esperanzas del ejército por los cuales la guerra había estallado. La consiguiente desilusión a este respecto había dado lugar a algo que, por usar un eufemismo, se puede caracterizar como una reserva marcada, produciendo un balanceo singular entre la lealtad resultante de una dependencia mutua y la

resistencia pasiva. Alejandro tuvo que transigir con ambas cosas y los exasperados gritos que resonaron en Opis —algo así como la suma y el balance de un sinnúmero de impresiones y experiencias parciales— debieron de producirle la impresión de que ya no era uno de ellos. Sin duda, no hubiera tenido demasiadas dificultades en reparar las omisiones. Pero, ante todo y pese a la patética ceremonia de reconciliación, le faltaba clarificar su relación con los macedonios en su conjunto, tal como lo representaba el ejército, y se encontraba de todas formas ante la necesidad de volver a empezar.

Lo mismo vale también en el caso de Grecia. Las garantías de libertad e independencia para los miembros de la Liga de Corinto aparecieron sin duda precarias a partir de —334 en vistas de la hegemonía del rey macedonio, tanto más cuanto que este *hegemon* pasó a ser el soberano del Oriente entero. Si bien nada permite concluir que Alejandro, antes de —324, hubiese querido cambiar algo con relación a los griegos, no podía quedar la menor duda de que las nuevas relaciones de fuerza acarrearían, tras retornar Alejandro de la India, grandes transformaciones en la organización política, sin exceptuar a *Helas*. Estas tendrían como objetivo una completa integración dentro del nuevo imperio y pondrían punto final a la estructura política federal, provisionalmente definida en las disposiciones de la Liga y mantenida hasta entonces. Tales perspectivas, sin embargo, habrán incitado a los griegos a ponerse instintivamente a la defensiva frente a todo cuanto podía venir de Alejandro. Es así que ordenó en —324 la repatriación de todos los desterrados que, al correr de las revoluciones anteriores en las distintas ciudades-estado, habían tenido que abandonar su patria. Eso constituía naturalmente el primer paso hacia la supresión de uno de los mayores motivos de discordia entre los griegos, sin el que resultaba inconcebible el futuro del panhelenismo; por lo tanto, era imprescindible iniciar, aun a la fuerza, el proceso de reconciliación interna de los griegos. Resulta difícil imaginarse otra opción que la elegida por Alejandro y es significativo que éste hiciera aprobar con anterioridad sus medidas por una asamblea militar, en la que no pueden, por consiguiente, haber entrado solamente macedonios. Es cierto que las disposiciones de la Liga prohibían la injerencia en los asuntos internos de los estados federados, por lo que la decisión en cuestión podía muy fácilmente ser interpretada en Grecia como la inauguración de una política dirigida contra su independencia. Por supuesto, Alejandro seguía siendo general de la Liga y, por tanto, las órdenes dirigidas a Grecia podían todavía justifi-

carse, al menos formalmente, con razones militares. El decreto fue anunciado durante los Juegos Olímpicos; desde el punto de vista táctico, quizá no era la oportunidad más feliz, pero se explica fácilmente por el hecho de que Alejandro estaba muy lejos de figurarse la reacción que iba a producir, equiparándole los griegos con Jerjes. Por otra parte, el decreto fue transmitido inmediatamente después a las distintas ciudades; Antípatro fue encargado de allanar las posibles dificultades. Que no se trataba de precipitar los acontecimientos, lo demuestra la lentitud —más de dos años— con la que se resolvió la cuestión de la separación de Samos del estado ateniense, decretada en la misma oportunidad. Tampoco tenemos noticias, durante la vida de Alejandro, sobre posibles medidas relativas a la orden de disolución de las distintas ligas griegas y, por lo demás, los estados quedaban libres de presentar protestas ante el rey. Desde luego, hay rumores, ya en −324, sobre los preparativos de Grecia para un conflicto aparentemente inevitable. Aparte de unas concentraciones de mercenarios en Ténaron, dirigidos por Leóstenes —evidentemente con el temor justificado de una nueva deportación hacia Oriente—, de los contactos establecidos con Atenas por éstos y de una nueva agitación que hacía uso de los viejos argumentos de Demóstenes e Hipereides, no parecen existir testimonios procedentes del campo de Alejandro sobre una proyectada solución de fuerza para Grecia. No resulta fácil determinar cuánto hay de verdad en todo esto y, al examinar las fuentes, uno no puede evitar tener la impresión de que fueron deseos *a posteriori* los que llevaron la pluma. No podía subsistir en Grecia la menor duda de que una guerra contra Antípatro y Alejandro era mera utopía y que, incluso en el caso de una Grecia unida y victoriosa, sería preciso derribar antes todo cuanto se había construido en los años anteriores. Dejando a un lado las acciones comunes en los años −336, −335 y −331 —de carácter problemático—, no se puede negar que Alejandro podía contar ahora en Grecia con la masa de los desterrados como potenciales partidarios. Además, éste había iniciado y financiado, ya hacía mucho tiempo, varios proyectos que suponían oportunidades de trabajo, tales como la desecación del lago de Copes y la reconstrucción rápida de Platea. En el mismo orden de cosas, la erección de un monumental palacio en Pella, emprendida en este mismo período, requería sin duda la utilización de numerosos obreros y artistas griegos. Resulta así muy poco creíble que los distintos sectores de la población hubiesen estado dispuestos a lanzarse a una semejante aventura política. Hasta la muerte de Alejandro, se advierten muy pocos indicios

de una organización de la resistencia. Atenas intentó sustraerse del dilema que representaba la llegada de Harpalos por las vías oficiales y debió de respirar cuando éste, tras escaparse de la custodia, fue asesinado en Creta. Demóstenes y Demades, acusados de soborno con relación al caso, tuvieron que abandonar la ciudad. En ninguna parte, sin embargo, nadie se opuso al deseo de Alejandro de ser adorado como un dios. Antes del verano de −323 no estalló la revuelta. Pero ésta aparece en primer lugar como un intento de evitar una catástrofe general —cuya amenaza se concretaba por primera vez en aquel momento— que la actitud, previsible desde un principio, de los sucesores de Alejandro no dejaría de desencadenar. E incluso en esta ocasión, es imposible hablar de una participación espontánea de todos los griegos.

Es posible que el lapso transcurrido durante la vida de Alejandro haya sido demasiado corto para que Grecia se acostumbrara a la nueva situación que éste había creado; la evolución posterior demuestra que existían la voluntad y la aptitud necesarias para que se diera esta adaptación. Es posible que Alejandro haya sobreestimado la capacidad de los griegos de renunciar a una cierta mentalidad y a los modelos sociales desarrollados a lo largo de la historia. En resumidas cuentas, la muerte de Alejandro pone término, también en Grecia, a una evolución que, en razón de las negligencias y los malentendidos, en particular durante los primeros años, no se podía proseguir y que hacía necesario, por lo menos a nivel político, un nuevo comienzo. Alejandro era consciente de esta necesidad: el decreto sobre los desterrados no tiene otra explicación. Tal vez sea posible imaginar cómo Alejandro habría encontrado soluciones para la integración armoniosa de este elemento —tan importante para el futuro como lo había sido en el pasado— en el imperio recién formado. Como ya hemos dicho, nuestras informaciones se refieren a acontecimientos superficiales y, por lo demás, dejan mucho que desear. No se puede descartar, sin embargo, que hayan sido los atrasos de esta larga década (−334 a −323) los que arrastraran la evolución posterior por un camino muy diferente al que Alejandro podía haber proyectado.

11. Oriente

Al otro lado está Oriente. Fue la guerra contra este Oriente la que dio su verdadero contenido a la vida de Alejandro hasta su último día, y la que le impidió clarificar sus relaciones con los griegos y con los propios macedonios; las múltiples tareas a las que se vio enfrentado en el transcurso de la guerra no tardaron en repercutir muy precozmente en su salud física. Tampoco en este mundo de Oriente parece haber alcanzado Alejandro, hasta el momento de su muerte, el punto desde el que pudiera contemplar claras perspectivas de futuro, aunque no se han de descartar aquí los comienzos de realización que, en distintas áreas, tuvo su grandioso y difícil proyecto.

Este Oriente se identifica esencialmente con el imperio persa, un conjunto políticamente homogéneo pero, por lo demás, no del todo delineable para los contemporáneos mismos. Hecateo y Herodoto habían intentado procurar a los griegos una cierta comprensión de aquel mundo; pero al perder intensidad la presencia persa en Occidente, decrecieron muy pronto el interés y la curiosidad que esta presencia había despertado. La única razón de la difusión de las obras de Ctesias sobre Persia reside en la pintura que hace el autor de un país de leyenda, un mundo de maravillas; una visión de la que se alimentaron en abundancia los historiadores alejandrinos posteriores. En lo que se refiere a los conceptos políticos que los griegos podían tener sobre el imperio persa, habrá sido decisivo el trauma ocasionado por las invasiones de −490 y −480. En el caso contrario, no se explicaría la asociación —no parece haber existido otra desde aquella época— que hacían los griegos entre Persia y los persas y todo lo despótico, lo cruel, lo pérfido, en fin, lo bárbaro en el mundo. A partir de estas dos fechas, la obra de los publicistas griegos de los siglos −V y −IV se sustenta casi exclusivamente en este clisé, que se fue reforzando con el correr del tiempo, a pesar de la paz de Calias (−449), de la guerra del Peloponeso y de las tentativas de corrección

hechas por Esquilo y Jenofonte. A ello se iba a agregar el sentimiento de superioridad moral resultante de la victoria griega. A los ojos de Isócrates, e incluso a los de Aristóteles, los habitantes del imperio persa son, sin discriminación alguna, hombres de segunda categoría, nacidos para ser esclavos, contra los que se justifica cualquier tipo de acción violenta.

Este elemento pertenece también al conjunto de factores que condicionaron la expedición de Alejandro en −334. No fue sino poco a poco que el conquistador comprobara cuán diferente era la realidad. El estado persa era el heredero de los conceptos de soberanía de la antigüedad oriental y los títulos honoríficos de los reyes aqueménidas retomaban en gran parte los atributos ya conocidos en la historia de Babilonia y Asiria, los que reivindicaban la soberanía sobre toda la tierra. Desde la época de Ciro II (h. −559 a −529), la doctrina zoroástrica participaba de una manera determinante en la puesta en práctica de estos conceptos; el resultado era, sin embargo, un modelo de liberalidad en todos los dominios, de respeto de las idiosincrasias nacionales y de tolerancia religiosa, que la propia antigüedad no volvió a conocer. Persia —este imperio conformado desde la época de Darío I por una variedad inimaginable de súbditos y vasallos— se extendía desde el Sudán hasta el Turquestán, desde el Egeo hasta el Indo, y poseía con sus satrapías una estructura administrativa, diríase que moderna, sin fallos de funcionamiento, y un sistema fiscal que, manifiestamente, no era percibido en ninguna parte como una opresión. Existen muy pocos indicios de violencia o de transformación arbitraria de las relaciones sociales existentes en las distintas regiones que forman parte del imperio; la brutalidad y la proverbial crueldad de los orientales no se verifican sino con motivo de algunas acciones punitivas o represalias. Lo mismo ocurre con la incorporación de los griegos de Asia Menor en el siglo −VI y nuevamente a partir de fines del siglo −V. Persia se limita, allí también, a la percepción de un *phoros,* pero respeta la autonomía de las distintas ciudades; a lo sumo, llegado el caso, favorecerá cambios constitucionales en un sentido oligárquico y propersa, mediante manipulaciones del personal político. Lógicamente, Alejandro ordenó la introducción de la democracia en −334.

Como ya hemos dado a entender, las ventajas, particularmente las económicas, resultantes de la integración en un imperio de este tamaño debían prevalecer sobre los inconvenientes políticos e influirían finalmente en la actitud, más que escéptica, ante los designios liberadores de los griegos. Por otro lado, las excesivas exigencias físicas que pesaban sobre la élite dirigente persa



Portador de presentes con dos arcos. Relieve hallado en la comarca de Persépolis.

—numéricamente muy insuficiente para todas sus misiones— precipitaron la decadencia. La creciente corrupción parece haber sido una carga cada vez más pesada para el aparato estatal y pudo servir de confirmación para aquel sentimiento de superioridad griego. Ninguno de los representantes de la casa imperial aqueménida —privados del contacto con el mundo exterior por el ceremonial persa— será, después de Jerjes, digno de su función. Egipto se resistió a todo control durante varios años, y se encon-

tró en estado de revuelta permanente, mientras en Occidente se sucedían las tentativas de rebelión en las más diversas regiones y satrapías, o por parte de ciertos reyes de ciudades. No sólo se inmiscuían ocasionalmente los griegos en los asuntos internos persas: con el correr del tiempo, algunos de ellos, a veces grupos enteros, pasaron a constituir el verdadero elemento de cohesión, ya fuera en la dirección o en la infraestructura, en particular en el sector militar; la familia de Memnón constituye una ilustración patente. Los estados griegos se acostumbraron así a sacar provecho del apoyo y del dinero que les ofrecía el coloso persa para llevar a cabo objetivos propios. Pero lo que sucedió con la paz de los reyes del año −386, con la que el emperador exigía el cese de las hostilidades entre griegos y garantizaba la independencia de los distintos estados, fue considerado como una ofensa. Las ideas panhelénicas del siglo −IV, con todas sus exigencias, no serían comprensibles sin estos elementos.

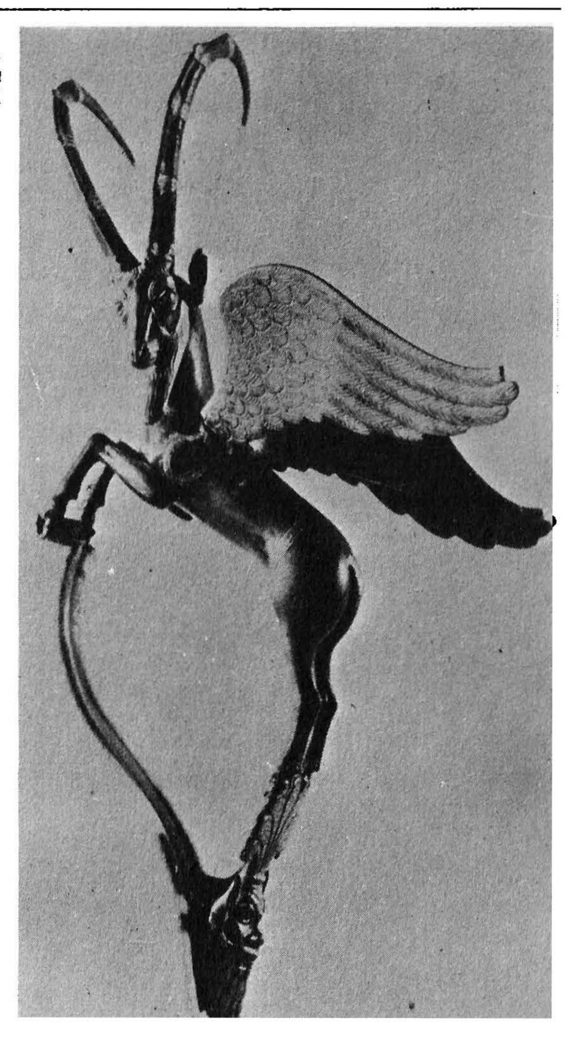
Artajerjes III (−359 a −338) logró, por última vez, detener la descomposición del imperio. Su asesinato y la política de Darío III, que llegó al poder en −336, sólo se explican por cuanto se consideraba inevitable, ahora también entre los círculos de la corte, un cambio en la concepción del imperio, y se contemplaba, como única posibilidad de salvaguardar los componentes esenciales del reino aqueménida, el abandono provisional de los territorios que, alienados desde hacía mucho tiempo, sólo constituían una carga para el imperio. Durante los primeros años de la guerra, la referencia a la paz de Antálcidas tal vez haya sido el argumento más utilizado en la definición de la línea política persa con respecto a los colonos griegos; tampoco se puede poner en duda que Darío ofreciera en serio a Alejandro dejarle la región occidental de su imperio. Por otro lado, habrá sido a partir de este momento, si no antes, que Alejandro se fue acostumbrando a la idea de conseguir el dominio sobre la totalidad del imperio persa. Sin embargo, su mayor conocimiento de la situación en Oriente le enseñaría al mismo tiempo que nada, a largo plazo, se podía dar por terminado, con sólo haber difundido las ideas panhelénicas en un mayor espacio geográfico, o haber impuesto a los orientales el propio modelo de gobierno, el cual no dejaría de resultarles ajeno. La tarea de Alejandro era más bien la creación, a partir de ambos mundos, el griego y el oriental, de algo fundamentalmente nuevo, lo cual no dejaría de ser una utopía si esta evolución no iba acompañada de una transformación de los conceptos vigentes y de un cambio de la conciencia cultural, en otras palabras, de la mutación de las propias formas de vida, hasta llegar a una fusión

completa. Desde el punto de vista político, el concepto de «reino» —por más difuso que sea— o, mejor aún, el de «imperio» —que tiene su origen en la historia romana—, se prestan en cierto modo para describir la organización del nuevo complejo de países y de poder que Alejandro iba construyendo. La historia persa había demostrado que el manejo demasiado liberal de una estructura, entre cuyas partes sólo existían lazos muy flojos, conducía rápidamente a la descomposición de ésta. Así se imponía la otra alternativa: la homogeneización interna de los componentes del imperio, étnica y culturalmente diferentes al principio. Sin duda, Alejandro también era consciente de que este largo proceso de homogeneización debía ser emprendido en forma mutua y con gran cautela, y que, en el curso de una vida humana, sólo se podía pretender encaminar dicha evolución. Al buscar caminos para la realización de este objetivo, sus propios intentos le enseñaron muy pronto cuán peligrosos reveses acarreaba toda precipitación.

Al principio, no dio sino muy pequeños pasos en esta dirección, muy bien elaborados pero más bien determinados por consideraciones de política exterior. Recién empezada la guerra, se anunció a los lidios que su situación no iba a sufrir cambio alguno. Con el paso del tiempo y pese a los nuevos avances, la administración persa permaneció intacta, incluso en lo que se refiere al personal. Muy al contrario, la presencia de comandantes militares macedonios junto a los sátrapas locales sólo se explica, a juzgar por las experiencias conocidas en Asia Menor, en función de criterios puramente prácticos. En una lucha contra los autóctonos, cayó Calas, el gobernador de la satrapía del Helesponto; Antígono, el futuro diadoco, tuvo que sostener muy duros conflictos, en tanto que gobernador de Lidia y luego de Licia. Por otra parte, la existencia en Asia Menor, Siria y Egipto de estrategas, cuyas prerrogativas se extienden más allá de los límites regionales, supone una necesaria centralización, tanto como la fundación en —330 de una sede fiscal central en Babilonia, confiada a Harpalos. La situación confería a Alejandro un papel de liberador del que se valía la propaganda de guerra, y hasta el incendio de Persépolis podía servir de ejemplo a griegos y a egipcios, y en particular a los babilonios. Sin embargo, las perspectivas cambiaron en poco tiempo. Al suceder al emperador, el liberador se convertía necesariamente en un nuevo soberano; la conducta que manifestaron los sacerdotes babilonios en —324 tal vez se deba explicar con relación a esta situación. Sin embargo, no se hace mención de medidas que hubiesen desempeñado un papel decisivo en el cambio de actitud de la población del imperio en aquel

momento; por el contrario, Alejandro sigue evitando todo lo que pudiera dar la impresión de una coacción. Así fue mantenida la casa real persa, y la vestimenta mixta, inaugurada inmediatamente después de la muerte de Darío, se llevó con mucha reserva y sólo en círculos reducidos. Compuesta por elementos persas (la diadema, que ceñía el gorro de fieltro macedonio, el quitón de púrpura, pero nunca el calzón, la tiara o el manto) agregados al traje real macedonio, esta vestimenta representa un primer ensayo palpable de la tan necesaria síntesis. El título real aparece muy rara vez en las monedas del imperio posteriores a –328, sin duda en consideración a los griegos, y, hasta su muerte, Alejandro usará en sus escritos sellos distintos para el imperio persa y Grecia. Le habrá resultado más difícil y, por consiguiente, más urgente, ganarse la simpatía de Oriente, donde era un extranjero, para sus ideas, que la del mundo griego. En este contexto, la ilusoria tentativa de introducir el uso de la prosternación se debe en gran parte a una estimación errónea de la situación y de los objetivos alcanzados. La reticencia de los macedonios obligó, sin embargo, a Alejandro a volverse atrás muy pronto. Por otra parte, resultaba natural, por razones militares, la incorporación de tropas orientales al ejército; pero se pueden reconocer otras intenciones, relacionadas con las primeras, en la orden emitida en –330, relativa a la formación de epígonos en las regiones más importantes del imperio. A ello se suman los esfuerzos destinados a ganarse la simpatía de la aristocracia, que culminan en las nupcias con la hija de un feudatario bactriano. Con anterioridad, el castigo que infligió Alejandro a Besos tras la captura de éste, no fue tanto porque Besos fuera un usurpador, como por su crimen contra Darío, y eso era un gesto significativo de las intenciones de la nobleza bactriano-persa, que apoyaba a Besos contra el propio Alejandro, el extranjero. Además, la forma que se dio al castigo parece hacer referencia al ejemplo de Darío I; en otra oportunidad favorable, Alejandro se valdrá de la referencia a Ciro, cuya tumba hizo reconstruir con esmero por Aristobul. Tanto su decisión de hacer traducir el *Avesta* al griego como la de enseñar a los epígonos la escritura griega, y también, sin duda, la lengua, constituyen otras tantas pruebas de un mismo discernimiento.

Sin embargo, aquí también, Alejandro había sobreestimado manifiestamente las posibilidades. La situación ocasionada por la oleada de condenas de –324, en que salen a la luz lo que se podría llamar los componentes orientales de la resistencia macedonia, debió de convencerle de lo arduo que sería —la acogida favorable de los primeros años le podía haber dado otra ilusión— tender un



Capricornio alado. Tapadera de vasija persa del siglo —IV.

puente sobre el abismo abierto por el paso de los siglos. Las nupcias en Susa, poco tiempo después, se pueden interpretar como la reacción de Alejandro ante la nueva situación y como un intento de volver a empezar sobre nuevas bases. La elección del ritual de casamiento persa muestra que Alejandro no estaba dispuesto a renunciar a sus esfuerzos. La subsiguiente incorporación de treinta mil epígonos, formados a la manera macedónica, y

luego de otros veinte mil jóvenes persas, supone por otra parte una mayor movilización de las clases sociales inferiores, en el sentido de la necesaria evolución y de una ampliación de los fundamentos ya establecidos. A ello se suma la concelebración de las nupcias, que afectó a más de diez mil macedonios. En este contexto, el sermón que pronunció Alejandro en Opis adquiría una desesperada actualidad. Si la visión de Alejandro acerca del imperio futuro había de revelarse fecunda, ya era hora de que se iniciara, tras los varios intentos preliminares, el proceso de mutación, esto es, de que el sentido de una comunidad entre Oriente y Occidente, del que se había hecho alarde hasta entonces, penetrara las conciencias y se convirtiera en una evidencia. Ya sabía Alejandro que sus deseos no podrían concretarse antes de la próxima generación, la de los epígonos e hijos de soldados. Pero la eliminación sistemática de los prejuicios y de las reticencias no toleraba más demora. Siempre dispuesto a considerar a los bárbaros como sus semejantes, no sólo reservó un tratamiento honroso a las reinas cautivas, sino que actuó con una severidad draconiana contra quienes, entre su propia gente, se comportaban con los modales del vencedor frente a los sometidos, y hasta llegó a aceptar la ruptura con Aristóteles a raíz de esta disputa. Tal vez se haya de entender en esta perspectiva la repatriación de los veteranos macedonios en el año −324, una medida que los interesados consideraron injusta al principio. Su mundo era el mundo en que se habían formado aquellos prejuicios; habían resistido y, sobre todo, las habían pasado negras desde el comienzo. Sin ellos, ciertamente, resultaría más fácil la reorganización del ejército para que volviera a ser el elemento homogeneizador que una vez había sido. La notable diligencia con la que se estaban llevando a cabo los preparativos de la expedición a Arabia, que suponía un recurso mínimo a los efectivos griego-macedonios, puede haber sido motivada por la voluntad de infundir en los numerosos orientales del ejército la conciencia de su pertenencia al nuevo imperio, lo que significaba un paso decisivo hacia una rápida evolución interna del mismo imperio.

En esto también, la muerte de Alejandro supone una ruptura; los soberanos helenísticos tendrán elementos diferentes en que fundar su actuación y la problemática entre Oriente y Occidente resultará aplazada. En verdad, es en ese momento cuando empiezan las disputas intelectuales en torno a los problemas planteados por Alejandro. Tras el reconocimiento de su papel histórico, Alejandro, el liberador, el nuevo soberano, tuvo que enfrentarse a la resistencia de sus nuevos súbditos, y sus intentos



Relieve de Persépolis en el que destacan estos guardias, medo y persa.

para romperla sólo le granjearon las antipatías. No pasó de ahí. Los oráculos que presagiaron su muerte tienen unas raíces locales, cuando menos comunes en todo Oriente, de modo que resulta imposible devanar la madeja de la tradición en un sentido o en otro; pero puede ser que reflejen a grandes rasgos el ambiente de la época. En la mitología y el folklore de estos pueblos, la imagen de Alejandro —expresión y encarnación, por todos perceptible, del poder ajeno de los helenos— no tarda en cristalizarse en la figura del conquistador, quien, cual un azote mandado por los dioses, incendió los libros sagrados de los persas en Persépolis, en la figura del tirano sobrehumano, verdadera encarnación del mal. Los oráculos sibilíticos —aun cuando los que han llegado hasta nosotros procedan de una época posterior— constituyen el testimonio más elocuente sobre la imaginería apocalíptica directamente referida a él, en la que se mezclan los aspectos religiosos e históricos. En el siglo II a.C., aparece en Alejandría la *saga* de Alejandro, en la que se mezclan las fuentes históricas y los relatos imaginarios; no es imposible que fuera el producto de una tentativa consciente para contraponer a la imagen ampliamente difundida de la que hablábamos antes otra más favorable, que pudiera tener tamaño impacto. Esta última, que se transmitió en casi todos los idiomas de Oriente con infinitas variaciones, coloca nuevamente a Alejandro en la esfera mítica, en lo irreal, procurando así los elementos esenciales que alimentarán la imaginería medieval acerca de Alejandro, tal como se manifiesta en la literatura y las artes plásticas. Aún hoy día, se pueden rastrear vestigios de la tradición oral alejandrina tanto en Irlanda como en Sumatra. Algunos viajeros ingleses encontraron en Turquestán y en el Hindukush a familias o tribus enteras que hacían remontar su ascendencia a Alejandro o a sus soldados.

12. Hegemonía y realidad

La tradición referente a Alejandro y sus proyectos de dominio del mundo, o sea, la constante expansión en un mundo por lo pronto sin límites, se ha de entender a partir de esa necesidad de dar forma al futuro. Fuera cual fuera la idea que él tenía de su situación o de las tareas apremiantes, los logros conseguidos no tendrían sentido ni permanencia, al no ser Alejandro capaz de asentar su presencia en el conjunto geográfico de su imperio por medio de una organización y de asegurar la protección del mismo hacia fuera. El imperio persa le ofrecía sin duda, con sus enormes dimensiones, un modelo para lo que le quedaba por realizar con sus propios recursos, con lo que ya se desprendía de una reflexión racional el poco sentido de una continua y confusa expansión del complejo político ya formado. Es fácil comprender por qué la literatura de la época falló en la interpretación de la conquista del imperio aqueménida y su extensión hasta el Iajartes y el Indo y cómo sacó conclusiones erróneas de los planes y sucesos posteriores a −324. Los comentarios filosóficos y las descripciones novelescas de las épocas ulteriores no hacen sino repetir y ampliar de buena gana las informaciones sensacionales de los contemporáneos. Cabe agregar que Alejandro, tras las experiencias de los años pasados, solía tomar sus resoluciones solo; pese a las consultas, la discusión de los detalles y los preparativos, aparentemente nunca metía su entorno en el secreto de sus planes, y acostumbraba exponer sus intenciones, incluso a sus amigos más próximos, como hechos consumados. La conducta de estos últimos después de su muerte sería en gran parte explicable por el hecho de que no tenían en realidad la menor idea de cómo seguir encaminando las cosas de acuerdo con sus voluntades. La maduración de su concepto del poder, sus sucesivos objetivos y fases, permanece singularmente impenetrable. Nuestras fuentes señalan la noción del *pothos*, constante e inexplicable impulso hacia lo nuevo como móvil de su comportamiento. Esta interpretación tiene que haber sido frecuente ya en el entorno de Alejandro y

quizá refleje lo que él mismo sentía o hubiera querido sentir. Sin embargo, ese concepto de *pothos* no es en sí otra cosa que una construcción seudopsicológica destinada a superar el desconocimiento y la opacidad del personaje. Los actos de Alejandro, y sobre todo sus logros, no nos permiten dar exagerada importancia a una pulsión o irracionalidad sin límites, que hubiera ejercido su dominio sobre él. Al contrario, nos llevan a reconocer, tanto en el detalle como en el conjunto, la prevalencia de elementos racionales y contradicen la representación de una voluntad indomable, obrando sin tregua para la satisfacción propia, rechazando por fin la *ratio*, inclusive como medio para llegar a una permanente transformación del mundo. La tradición le hace atravesar el mundo entero y finalmente traspasar los límites del mismo hacia el mito y la leyenda. Su actitud al borde del Iajartes y del Hifasis nos obliga, sin embargo, a suponer que, en ningún momento de su vida, perdió la visión de lo posible y lo necesario. Estuvo muy cerca —más cerca que cualquier soberano anterior— de cumplir, en tanto que rey de los griegos, con el postulado de dominio mundial asumido después de la muerte de Darío. Pero, aun cuando retomaba los planes de sus predecesores, por ejemplo en lo que respecta a la India, no se puede deducir que fuera su intención abolir los límites establecidos por ellos o acaso extenderlos *ad infinitum*. Los acontecimientos y las medidas de los dos últimos años nos llevan más bien a la conclusión de que daba por cumplida en gran parte la empresa de conquista y sólo consideraba las tareas restantes como un indispensable complemento, que ya no iba a requerir ni tanto tiempo ni tantas fuerzas. De un derroche de las propias fuerzas, este apogeo de poder y esta suprema inteligencia de las cosas no dan el menor indicio.

Esto no es todo. Hasta el día de su muerte, Alejandro acumuló en su persona una plétora de títulos reales. Era rey de los macedonios; arconte de los tesalios; *hegemon* de la Liga corinta y al mismo tiempo aliado de distintos estados de la metrópoli, como por ejemplo la ciudad de Cirene; aliado de las ciudades griegas liberadas en Asia Menor; dinasta de Caria tras la muerte de Ada; coligado con los reyes de las ciudades chipriotas y fenicias, probablemente también con el estado judío de Jerusalén; faraón de Egipto; sucesor legal de los reyes babilonios; soberano del antiguo imperio aqueménida y, por último, aliado de los príncipes saccas e indios. El imperio de Alejandro, más aún que el persa, aparece en aquel momento como un conglomerado de soberanías, relacionadas entre sí por vínculos de distinto grado y valor. A fin de conseguir la suerte de homogeneidad mencionada antes, se

hacía necesario reducir ese sinnúmero de relaciones distintas. Nos resulta imposible determinar ahora la magnitud de las medidas que Alejandro se planteaba y si la creación de un estado unificado se presentaba a él como la meta final. No tenemos noticia de eventuales medidas que podrían indicar el inicio de un proceso de transformación constitucional. Quizá su renuncia a la sumisión de Escitia o de la India se haya fundado sobre todo en la voluntad de no extender más de lo debido este campo de acción, sino de preservar la posibilidad de contemplarlo en su conjunto. Al mismo tiempo que moderaba sus ambiciones y daba mayor importancia a la evolución interna del imperio, Alejandro inició la realización de otra de sus ideas fundamentales. Ésta tampoco era nueva; en su tiempo, Darío I ya había intentado dar un contenido concreto a la idea de hegemonía. Persia había fracasado, no por falta de recursos, sino más bien por falta de interés. Ahora bien, Alejandro se planteaba, más claramente que cualquiera de sus predecesores, el problema de la soberanía en términos de economía política y sacó rápidamente las consecuencias de un tal enfoque, por lo que podía corregir los crecientes defectos de la situación; al haber reconocido eso, está por encima de la conciencia normal de su tiempo.

Desde este punto de vista, no parece desacertado suponer, pues, que haya buscado una manera de controlar toda la *oikumene*, es decir, la totalidad del mundo habitado. Pero su objetivo ya no es el dominio absoluto sin más, y el camino que se abre ante él no es tanto el de la sumisión por la fuerza como el de un cálculo con el factor tiempo. Es evidente que el elemento económico-político había determinado desde un principio su guerra contra Persia. Por más que este motivo no fuera distinguible a primera vista y permaneciera oculto al principio por el planteamiento panhelénico, llama la atención la rapidez con la que se fue adecuando a las circunstancias a medida que iban creciendo las nuevas dimensiones del poder. La conquista de Fenicia, la anexión de Egipto y la fundación de Alejandría en el apogeo de la guerra correspondían a un objetivo que, referido a Grecia y a Occidente, sólo se puede explicar en base a consideraciones de política económica. Luego, lo que se tenía que hacer se hizo con rapidez en —332, pues Alejandro era consciente de que los gestos simbólicos no lograrían convencer a Grecia del sentido real de la guerra. En este contexto, la toma de contacto con los cartagineses en Tiro puede haber proporcionado un nuevo estímulo. Poco después, se acuñaron más de diez mil talentos sacados del erario persa, con lo que se multiplicaba la cantidad de oro en circulación



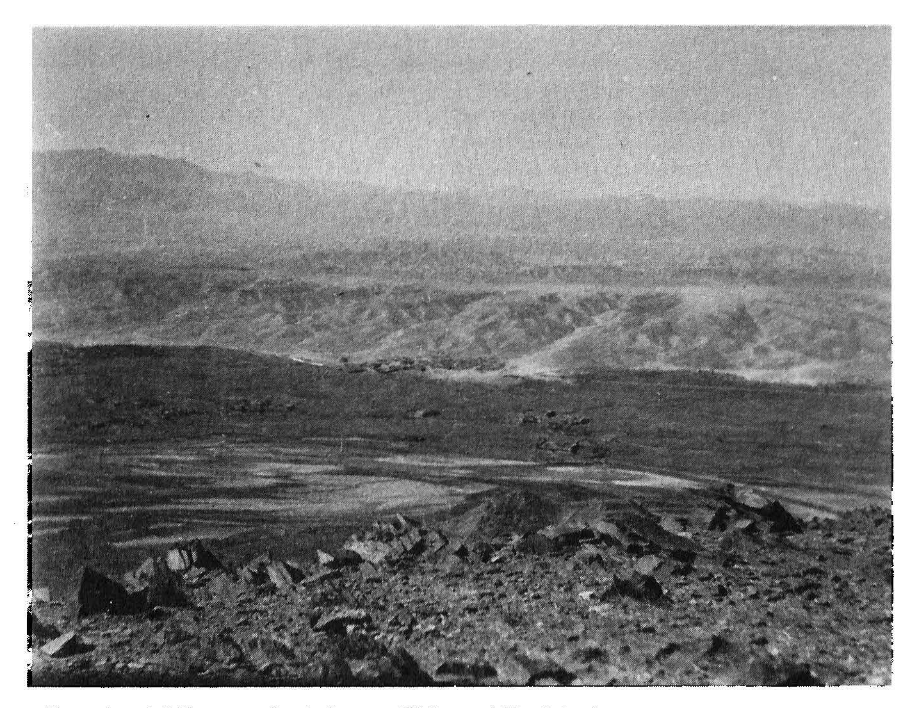
Vista lateral izquierda del llamado Sarcófago de Alejandro, *obra de un artista ático. Museo de Estambul.*

Vista lateral derecha del sarcófago de Alejandro.



y, por consiguiente, se formaban los movimientos de mercancías y de cambios. La nueva moneda de oro (8,27 g) se acuñó según un patrón ático-eubeico; el patrón plata adoptado de Filipo (la moneda más corriente era la tetradracma de 14,58 g) conservaba también un marco ático. No se pueden negar las ventajas que proporcionaban estos comienzos de una acuñación unificada en la esfera de la antigüedad oriental. Del emplazamiento de los nuevos lugares de acuñación se desprende también la supremacía del área occidental: Sido, Ake, Amfípolis y, por último, Siquión, al lado de Babilonia, en Oriente; asimismo resulta significativa la combinación, en las monedas de Alejandro, de un uso discreto del título real y una predilección para la figura de Atenea. Quizá esas medidas y el aumento de circulación del oro acarreaban a largo plazo el peligro de una evolución inflacionista; pero, por lo pronto, era en primer lugar la bendición de una incipiente prosperidad la que había sido percibida en Grecia y en el área del Mediterráneo. Quizá tenga relación con ese contexto el que, en la época inmediatamente posterior a la de Alejandro, se registrara en Siria una mayor presencia de alfarería ática.

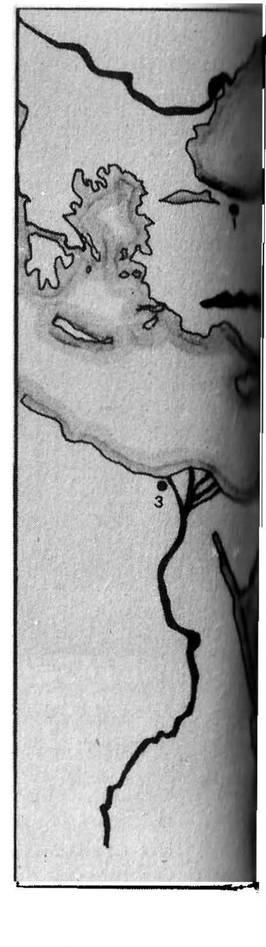
Características de la penetración en el imperio persa son las noticias sobre la fundación de ciudades o la reconstrucción y renovación de asentamientos ya existentes. El total de sesenta fundaciones, casi todas denominadas Alejandría, puede resultar exagerado; pero no se puede negar que formaban una parte importante de un programa global. Al lado de Alejandría en Egipto, y quizá ya Alejandreta en Siria, aparece, por sólo nombrar la más importante, la Alejandría de Aría, la actual Harat, que un río hacía comunicar quizá por entonces con el mar Caspio. Alejandría Proftasia (quizá Farah), donde tuvo lugar el proceso de Filotas, empezó a poblarse en el —330 y fue seguida por otra ciudad en Aracosia (Kandahar o Ghazni, o bien ambas); una ciudad más fue erigida en la confluencia del Panchir y el Ghorband (Alejandría del Cáucaso, Begram), quizá otra aún en las cercanías y, más tarde probablemente, Nicea, en el valle de Kabul, en el camino que conduce al paso de Jaiber. Alejandro erigió al menos once ciudades más allá del Hindukush a fin de proteger Bactriana y Sogdiana, entre las cuales se pueden mencionar Jodyent, a orillas del Iajartes; Tarmita, a orillas del Oxus (Stalinabad); quizá Ai Jnum, descubierta hace poco, y, por último, Merv. A orillas del Hidaspes, cerca del campo de batalla, se levantan Bucéfala, que debe su nombre al caballo de silla de Alejandro que reventó en ese lugar, y Nicea, a las que siguen más tarde una ciudad a orillas del Acesines y otra en su desembocadura. Después de la funda-



Alejandría del Cáucaso, fundada en —329, en el Hindukush, cerca de la actual Charikar.

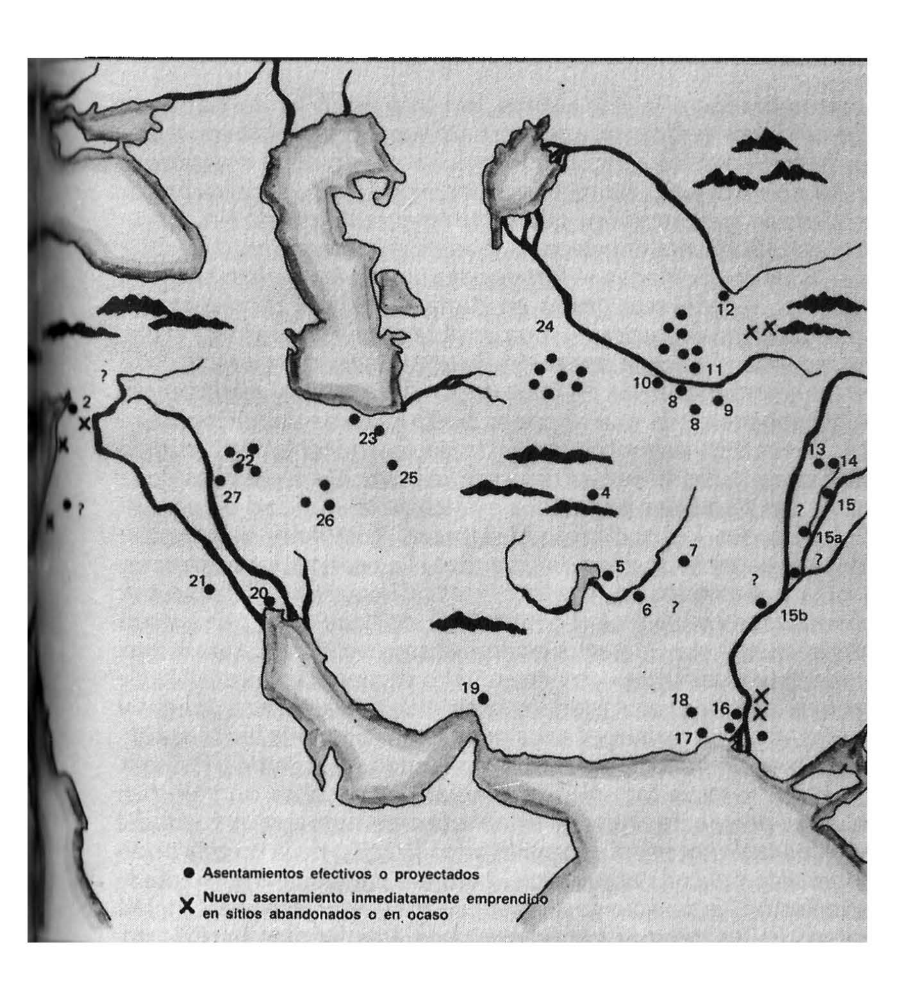
ción de Pátala y la construcción de puertos en la desembocadura del Indo, Alejandro mandó construir una ciudad en el territorio de los oreitas y la hizo comunicar con un puerto de mar. Quizá también se deban sumar asentamientos en Gedrosia (Alejandría en Macarene); por otra parte, Polibio señala algunas fundaciones de Alejandro en la región del Elbur. Aún en —324 aparece una ciudad en la región de Susa; la última de esta categoría, Alejandría Jarax, se convertirá rápidamente en un importante puerto de transbordo del golfo Pérsico. En todos estos casos se trata, por supuesto, del establecimiento de etapas para las reservas y de importantes bases de vigilancia. Pero es patente la colocación de todas ellas, casi sin excepción, en las inmediaciones de rutas comerciales, a lo que la mayoría de ellas parecen deber en gran parte su permanencia hasta nuestros días. Alejandro tenía sin duda en este caso la oportunidad de anticipar un futuro desarrollo, lo cual nos hace suponer que, junto con los propósitos militares, otras miras fueron determinantes en la fundación de dichas

1 *Alejandría cerca de Ilión (proyecto)*
2 *Alejandría cerca de Iso (Alejandreta), −333 (?)*
3 *Alejandría en Egipto, −332*
4 *Alejandría de Aria (Herat), −330*
5 *Alejandría Proptasia (¿Farah?), −330*
6 *Alejandría de Aracosia (Kandahar), −330*
7 *Alejandría de Aracosia (Ghazni), −330*
8 *Varias ciudades en el Parapomiso, entre las cuales Alejandría (Begram), −330 a −329*
9 *Nicea del Kabul, −330 (?)*
10 *Bactra (?), −329 a −327*
11 *Alejandría del Oxus (Tarmita), además de varias ciudades de Bactriana (por ej. Ai Jnum) y en Sogdiana, −329 a −327*
12 *Alejandría del Iajartes (Chodjent), −329*
13 *Bucéfala, −326*
14 *Nicea, −327*
15 *Alejandría del Acesines (Jomousa), −326*
15a *Alejandría en la desembocadura del Acesines, −325*
15b *Alejandría en la región de Sogdiana, −325*
16 *Pátala, además de varios puertos en la desembocadura del Indo, −325*
17 *Alejandría de Matran (¿Rhambakia?), −325*
18 *Alejandría en el territorio oreita, −325*
19 *Alejandría de Carmania (Mulashkird), −324*
20 *Alejandría de Susiana, −324*
21 *Alejandría de Babilonia, −323*
22 *Varios pueblos en el territorio de los coseos sometidos, −324 a −323*
23 *Proyecto de puerto en el mar Caspio, −324*
24 *Alejandría de Margiana (Merv), con otros varios asentamientos, −328 (?)*
25 *Heraclía, cerca de Rhagai, −324 (?)*
26 *Asentamientos en Media, −324 (?)*
27 *Alejandría cerca de Arbela, −324 (?)*



ciudades: el fomento y la estimulación de la economía interior mediante la agilización y multiplicación de los intercambios de mercancías y productos. El papel que los asentamientos iban a cumplir, favorecido por su situación privilegiada con respecto a las grandes vías de comunicación, como nuevos centros económicos y políticos de sus respectivos *Hinterländer,* debió de ser igualmente anticipado. Lo iniciado en Occidente penetraba así paso a paso en Oriente. Es probable que la función asignada a los mercaderes y la impedimenta en este proceso no se limitara al abastecimiento del ejército.

A ello se suma una segunda intención. Son muy escasos los



datos referentes a la estructura interna y al estatuto jurídico de estas ciudades dentro del imperio de Alejandro; los testimonios posteriores se fundan en condiciones distintas. Alejandro tenía razón de más para dar a éstas el carácter de las ciudades griegas, pues el componente más importante, en cierto modo fundamental, lo constituían, como se comprueba en la mayoría de los casos, griegos y macedonios, estando estos últimos incapacitados para la guerra. De hecho, todavía se encuentran en ellas, casi sin excepción, huellas arqueológicas de los atributos culturales de la *polis* griega: diseño de las calles, gimnasio, ágora, acrópolis. Pero eso no es todo: la instalación de autóctonos orientales, poco

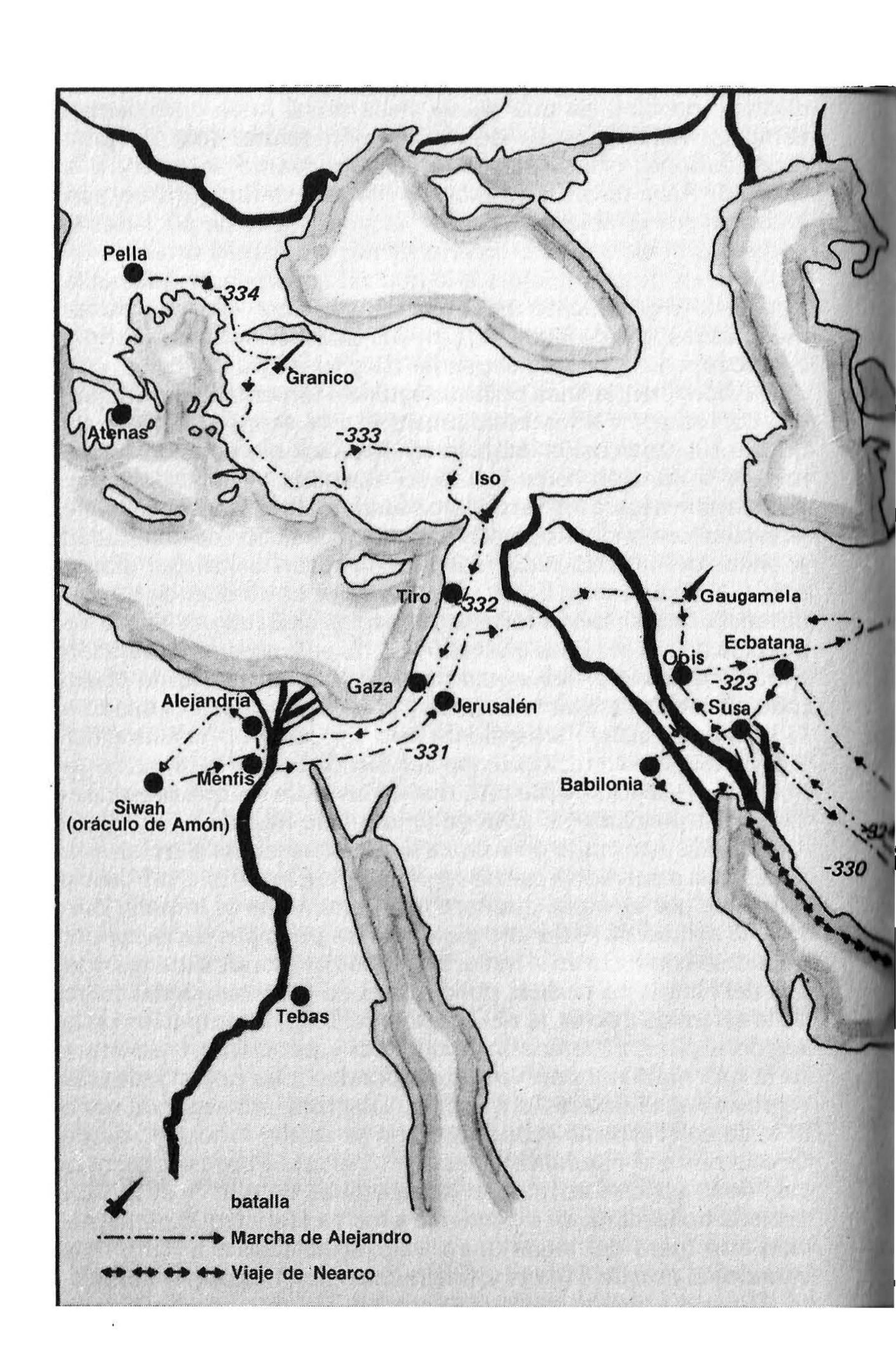
acostumbrados a la vida urbana, no sólo forzó paulatinamente una adaptación al nuevo ambiente de vida; la inevitable convivencia de éstos con los conquistadores les abrió sin duda un horizonte económico, pero también político, con lo que se iniciaba un proceso de «reeducación» que seguramente no quedó sin consecuencia. La misma convivencia favoreció la emergencia de nuevos lazos y afinidades —fortalecidas a través de los hijos de soldados, siendo este grupo en cierta medida el representante típico de dicha evolución—, cuyo posible ensanche era inagotable. Así, se vislumbraba la aparición de una nueva capa social, cada vez más presente en las distintas partes del imperio y relativamente homogénea, a la que ahora se podía calificar de nacional.

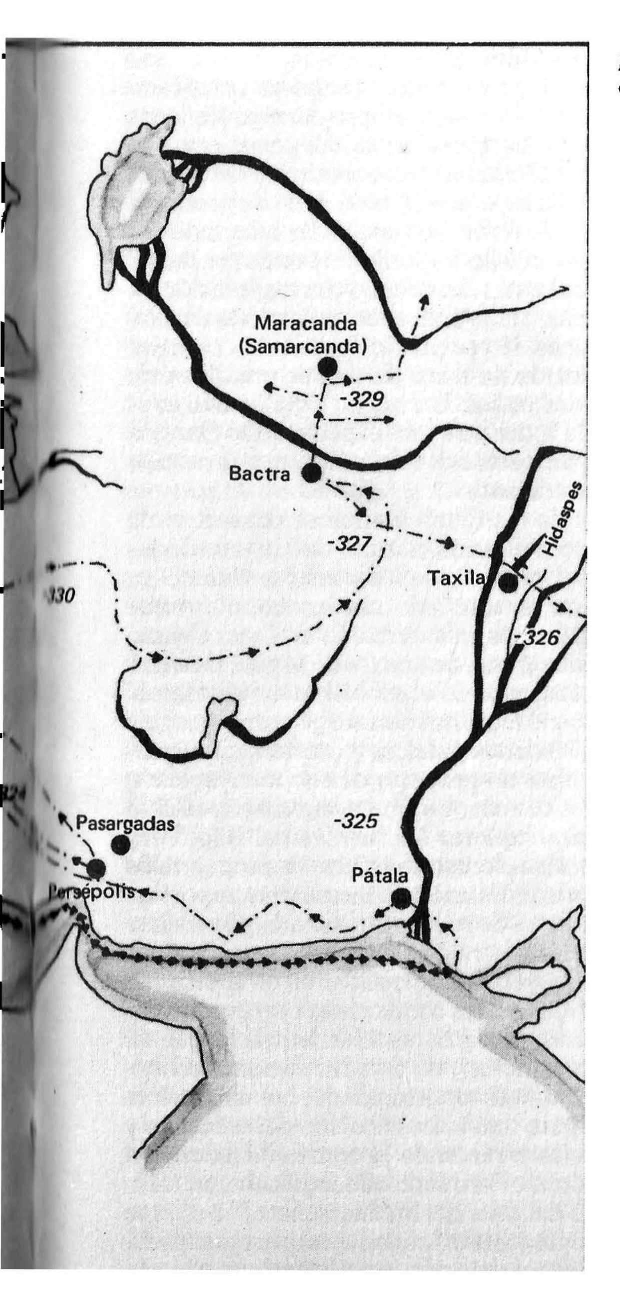
No resulta de mucha importancia reconocer en qué medida tal programa pudo ser influido por los avances filosóficos de la época, en particular por la idea estoica de la igualdad y hermandad de todos los hombres. Al parecer, Aristóteles se opuso a Alejandro también en esas materias, le previno en sus cartas contra una política de mezcla demasiado intensa y terminó por enemistarse con él. Por el contrario, todo hace creer que fueron precisamente consideraciones de realismo político las que impulsaron esta idea. Tampoco tiene mucha pertinencia la cuestión de saber si los planes de Alejandro se dirigían únicamente a griegos y persas, en otras palabras, a los pueblos dominantes hasta entonces, o bien abarcaban en un solo conjunto a Occidente y Oriente. De todas formas, los soldados habían tenido hijos no sólo con mujeres persas; también se establecían asentamientos fuera del núcleo territorial persa. Una cierta dosificación de la mezcla pudo haber sido aplicada al principio, pero era inevitable a largo plazo la inclusión, ya no sólo de algunas de sus partes, sino del Oriente entero en las mismas consideraciones. Las fuentes hacen también referencia al proyecto de Alejandro de llevar algún día a Macedonia a los hijos de soldados ya adultos, proyecto éste juiciosamente abandonado en —324. Si las informaciones que tenemos son exactas, existía en efecto un ambicioso plan para trasplantar poblaciones enteras, aparentemente en ambas direcciones. Después, una nueva serie de asentamientos en Oriente llevados a cabo por medio de mercenarios, contratados para este fin cuando no eran forzados, parece perfilarse en —324, mientras que la roturación de las tierras costeras del golfo Pérsico manifiesta la determinación real de Alejandro de incluir a elementos procedentes de todas las partes del imperio en el movimiento iniciado. Que tuviera éste por objetivo final la perfecta homogeneización étnica, o bien que la formación progresiva, entre los

distintos pueblos, de una nueva clase social fuera considerada como la mejor garantía de la cohesión futura, sólo da para especulaciones ociosas, en todo caso en cuanto se refiere a la época de Alejandro. Lo mismo vale para el estatuto jurídico, aún entonces por establecer, de estos nuevos grupos de pobladores. Alejandro había resuelto anteriormente problemas similares en Asia Menor de una manera que nos induce a pensar que había alcanzado rápidamente una solución y no era ello una de las menores razones de inquietud para los ciudadanos de la metrópoli, preocupados por su independencia y su futuro político.

Ahora bien, la línea política seguida o fomentada por Alejandro con relación a los asentamientos y la economía no podía quedar sin repercusión también en las relaciones exteriores, además de su función como elemento necesario y unificador en el establecimiento de los verdaderos fundamentos del imperio que se estaba formando. Los motivos para la fundación de una ciudad a orillas del Iajartes recuerdan no sin razón a los que dieron origen a Alejandría en Egipto. El objetivo de una influencia a larga distancia de las nuevas formas y energías civilizadoras sobre los pueblos de los confines afectados desde entonces, la civilización claramente considerada como medio de conquista a largo plazo, todo ello debía facilitar la anexión y la subordinación voluntaria a la nueva potencia. Partiendo de este supuesto no resulta difícil ver, en las consideraciones que servían de base a este modo de actuación —seguramente muy discutidas entre los que presenciaban dicho proceso—, el afán de un dominio mundial.

Desde este punto de vista, se explica fácilmente el tratamiento especial reservado a ciertas regiones —la Capadocia, el Ponto y Armenia, por ejemplo, que también pertenecían al imperio persa—, la actitud de Alejandro para con los príncipes saccas y, por último, su conducta en la India. Si bien los territorios situados más allá del Hifasis no podían, por razones de defensa, quedar fuera de la esfera de interés, la navegación del Indo, la ocupación de la región, el puerto, la erección de ciudades y, por último, la apertura de la ruta marítima por Nearco, responden a las necesidades del regreso. Así, el desarrollo marítimo integraba por segunda vez a la India en el espacio económico que se estaba formando desde Grecia hasta el Hindukush y el golfo Pérsico. Pero las experiencias de la época fomentaban la esperanza de que la evolución iniciada no tardaría en extenderse a los territorios que permanecían aún fuera del imperio, en traer en la resaca a los países situados al este del Hifasis y, finalmente, penetrarlos por completo. De esta manera, tarde o temprano, Oriente se uniría a los


Pella
-334
Granico
Atenas
-333
Iso
Tiro
-332
Gaugamela
Ecbatana
Opis
-323
Gaza
Alejandría
Jerusalén
Susa
-331
Menfis
Babilonia
Siwah
(oráculo de Amón)
-330
Tebas
batalla
Marcha de Alejandro
Viaje de Nearco



Las expediciones de Alejandro.

países de Occidente ya dominados, de un modo que los predecesores de Alejandro no habían proyectado, ni siquiera consideraban posible. Este tipo de vínculos traía siempre consigo los lazos políticos correspondientes —Alejandro no podía pasar por alto los ejemplos que proporcionaba la historia económica de Grecia, Macedonia y el área del Mediterráneo—, y no dejaría de producirse lo mismo con la India. En realidad, en vista de las relaciones de fuerza existentes y previsibles, ello suponía la extensión de las medidas de protección a las costas del océano y la explotación de las posibilidades económicas, para suplir a las operaciones militares, de momento inoportunas. No se puede descartar la contemplación de tal objetivo cuando se trató de definir una línea de conducta frente a los aliados indios. Un hecho significativo es el asesinato de Poros en —317, durante una expedición al Ganges. Poros debió de tomar los proyectos de Alejandro en sus propias manos e intentar llevarlos adelante.

Los restantes planes de los últimos años se presentan de alguna manera como la continuación natural de las reflexiones anteriores. La cuestión del océano, tras demostrar Nearco su importancia económica, había suscitado nuevos impulsos que pueden haber reavivado el interés en determinar si el mar Caspio era un mar interior o formaba parte, de una u otra forma, de aquel océano. También se habrá agudizado el problema del Iajartes: al resultar idéntico este río con el Don, habrían surgido una vez más nuevas e inesperadas posibilidades políticas y económicas. Aparte de la plausible noticia sobre un proyecto de circunnavegación de África, otra información se refiere a una eventual expedición enviada por Alejandro para explorar las fuentes del Nilo. Pero estas informaciones parecen referirse más bien a preparativos para un tiempo posterior a la ultimación de tareas más importantes. La apertura de Oriente, por de pronto encauzada por Alejandro con toda energía, sólo tenía sentido si éste acometía, lo antes posible, una obra semejante en la esfera occidental de la *oikumene*, es decir, si procuraba crear allí las condiciones correspondientes, la contrapartida necesaria en una asociación, en lo que se refiere al comercio, los intercambios y las demás relaciones económicas, y si se reservaban nuevas oportunidades de expansión, que abrirían perspectivas para una intensificación del comercio y la producción de mercancías a razón de la constante extensión del *Hinterland* en ambas áreas. Pero todo ello implicaba un trato con los estados mercantes del área del Mediterráneo. No sólo se abrían ante una Grecia colmada de dificultades nuevas perspectivas de incremento. El imperio dominado por Alejandro —situado

entre ambas áreas— se convertía de esta manera en el centro de un espacio económico, el que le daba —a él solo— su razón de ser, y le podía garantizar el papel político dominante. Por supuesto se pueden interpretar tales intenciones, lógicamente derivadas de las consideraciones anteriores, como testimonios de una ambición hegemónica y de una inconstancia del instinto de poder; pero la realidad aparece diferente. Alejandro ya controlaba Grecia, las regiones balcánicas y la costa adriática y se habían suprimido casi por completo las causas que hubiesen urgido una política de defensa en Occidente, a diferencia de la India, que permanecía en gran parte desconocida; los piratas no pueden haber puesto el comercio en tanto peligro como para considerarlos un factor a tener en cuenta. Ya en —324, estaban presentes en la corte de Alejandro legaciones procedentes de todas las partes del mundo mediterráneo, entre las cuales se encontraban las de las potencias mercantes de Cartago y Etruria, y con razón Alejandro podía sentirse el verdadero dueño de Occidente, aun sin haber hecho uso de la fuerza. Asimismo se conocían sin duda desde hacía mucho tiempo los objetivos del nuevo imperio y las ventajas que resultaban para cada pueblo, particularmente en vista de las nuevas medidas desarrolladas en la India en materia de política exterior. Desde este punto de vista, el deseo de oponerse a la integración en dicho imperio económico —haciendo caso omiso del problema de la superioridad militar— debía de resultar absurdo e imprudente, y es muy improbable que cualquiera de los pueblos afectados haya considerado seriamente la posibilidad de una verdadera guerra. Por eso, Arabia aparece como la clave en la conquista de Oriente. Pero Alejandro no hizo sino continuar allí, según Arriano, la política iniciada en la India y se conformó con pactar uniones con las distintas tribus, de lo que podía esperarse que, también en este caso, con el correr del tiempo, la multiplicación de los vínculos condujese naturalmente a la subordinación. Así, se habían tomado todas las disposiciones para una unión a gran escala entre Oriente y Occidente. Al lado de la vía terrestre que atravesaba los estados de Persia, la ruta marítima de India a Babilonia ofrecía numerosos lugares de transbordo, al tiempo que las flotas, tras remontar el Eufrates y el Tigris, alcanzaban Asia Menor y Siria; por otra parte, se conocía desde hacía mucho tiempo el camino terrestre que conducía a las costas de Palestina. Otra alternativa llevaba, costeando Arabia y atravesando el mar Rojo, a Egipto y, desde allí, a la costa meridional del Mediterráneo. Eso sólo hubiera justificado el sacrificio de Gedrosia; la deliberada colonización del golfo Pérsico con ayuda de los

fenicios y la transformación de Babilonia en un gran puerto no dejan lugar a dudas sobre las prioridades políticas de Alejandro en aquel momento.

No cabe duda de que éste, después de volver a Egipto, hubiese centrado su atención, aún en mayor medida que hasta entonces, en los problemas de la esfera occidental y obrado para la realización de sus planes, que los potenciales asociados futuros no estaban en condiciones de facilitar en ningún modo. Entre sus últimos proyectos se advierte la construcción de un número considerable de barcos en Fenicia, pues las flotas de Arabia y del mar Rojo se destinarían al tráfico marítimo en el océano Índico. No se pueden deducir de esto designios militares, ya que Alejandro poseía en el Mediterráneo una flota suficientemente fuerte; también el tamaño de los barcos, puesto de relieve por Diódoro, hace pensar en un destino comercial, antes que bélico. Por otra parte, cabe preguntarse si el ejército terrestre, tal como se presentaba en aquel momento, era apto para una nueva expedición. Las fuentes hablan de la preparación de una marcha contra Cartago: la construcción de un camino mencionada en este contexto apunta, de la misma manera, más bien intenciones pacíficas. También se hace referencia a un proyecto de expedición a las costas septentrionales del Mediterráneo y Tito Livio todavía se extiende en prolijas especulaciones sobre lo que hubiese ocurrido si Alejandro hubiera puesto las miras también en Roma.

Sin embargo, todo ello no rebasa la mera especulación y no se consigue extraer de las fuentes la menor precisión en cuanto a fechas, operaciones particulares u objetivos. Si se habían tomado disposiciones, las cifras hacen pensar que se trataba de proyectos a largo plazo. No se puede descartar en absoluto la idea de una expedición hacia el oeste, pero resulta muy improbable que Alejandro se propusiera invadir aquellos países e integrarlos plenamente a su imperio, como lo había hecho con Persia. Por lo pronto, la situación se presentaba de otra manera y Alejandro recordaba la lección ofrecida por Grecia y cuán vanas complicaciones políticas resultaban de una estrategia fundada en las relaciones de fuerza. Es presumible que Alejandro se hubiese conformado con asociaciones negociadas, como había sido el caso en la India y Arabia, y aguardado, allí también, los efectos políticos de intensas y positivas relaciones económicas. En cambio, cualquier otro programa resulta utópico, y las fuentes antiguas, que por otra parte construyen una imagen de Alejandro cuestionable, han de haber hecho uso y abuso de las informaciones existentes.

Tercera Parte
ALEJANDRO
Y EL HELENISMO



Figura ecuestre de Alejandro, escultura en bronce, copia romana de un original de Lisipo, conservada en el Museo nacional de Nápoles.

13. Helenismo y posteridad

Mientras tanto, toda interpretación no deja de ser obra imperfecta y, a pesar de la abundancia de testimonios aparentemente útiles, nuestra imagen de las cosas sólo es finalmente el resultado de nuestras propias especulaciones. La coherencia interna entre los detalles, los acontecimientos, las intenciones y los comportamientos no suscitó gran interés en los autores de la antigüedad que constituyen nuestras fuentes. Como sólo transmiten lo oportuno a su concepción, no será posible superar sus contradicciones en una interpretación posterior. La obra de Alejandro —aparentemente lógica cuando la solución de estas contradicciones se funda desde el principio en hechos reales y resulta en cierto modo genéticamente de esos principios— reunió con el tiempo demasiados aspectos de la vida humana, y el papel de conquistador y emperador se convirtió pronto en el de civilizador, fundador de ciudades, y creador y renovador de religiones. Si el cambio de concepción fue difícil incluso para los contemporáneos, el historiador tiene además para cada detalle toda una serie de posibilidades de interpretación y de contextos —extrañamente enmarañadas y heterogéneas a la vez— por revisar, sin perspectiva alguna de llegar a un fin. ¿Qué otro remedio le queda que pasar por alto en algún momento las detalladas preguntas objetivas y el laberinto de los intentos de examen crítico de las fuentes, para hacer lo que exige la impresión general en ese momento? La investigación sobre Alejandro es desde la obra memorable del joven Johann Gustav Droysen efectivamente típica de esta zona fronteriza entre la objetividad científica y la subjetividad de unos investigadores, entre análisis y síntesis interpretativa; la problemática que resulta sería ya por su parte un trozo de historia contemporánea *par excellence.*

Las empresas de Alejandro echaron por tierra casi siempre los conceptos vigentes anteriores, incluso en los casos en los cuales sólo pudo anunciar un cambio o no llegó más lejos que un

intento. Conceptos hasta entonces vigentes en cuanto a geografía e historia se volvieron caducos en una noche; condiciones éticas comunes e incluso sistemas filosóficos perdieron su valor. Al mismo tiempo sus hazañas dieron otra idea de la magnitud de las fuerzas humanas tanto en los individuos como en los grupos. Las estructuras sociales quedaron de momento intactas en Oriente y Occidente, pero los acontecimientos de los últimos años llevan a la conclusión de que Alejandro debió de ser consciente de que su concepción cambiaría también aquí radicalmente las circunstancias características del mundo antiguo. Aparentemente se había propuesto asumir las consecuencias sin tener en cuenta lo existente. Así es que la esclavización deja de ser un medio expresivo para él y la sustituye por la colonización. Su política de migración dirigida va unida a la supresión sistemática de las diferencias entre, por ejemplo, la población esclava y la llamada libre, si son correctos los informes de algunas fuentes. Aunque se tratara de medidas pragmáticas y superficiales y no de un programa político-social, el mundo que se perfila, con una composición demográfica hasta entonces inimaginable, habrá sido un choque para los contemporáneos. Nada revela tanto la auténtica tragedia de Alejandro como la vergonzosa disputa por la sucesión al lado de su propio féretro. Con la entrega del anillo de sellar Alejandro parece entregar la gerencia comisarial de los negocios, sin duda del imperio comprendido como unidad, a Perdicas. Siendo partidarios del imperio unido, Perdicas y su secuaz Eumenes, junto a Olimpia, tenían pocas posibilidades contra un grupo bajo el mando de Tolemeo. Este consiguió la atribución de las partes del imperio a jefes de tropa y generales en función de gobernadores, lo cual liquidó el concepto alejandrino. De esta manera fue fácil obtener de la asamblea militar macedónica que abandonara los planes de Alejandro.

Casi en el mismo año empiezan las luchas de los diadocos que llevan a la eliminación de Perdicas (−321) y Eumenes (−316). En el transcurso del mismo año se forman las potencias de Egipto bajo Tolemeo, Macedonia-Grecia bajo Antípatro y luego bajo su hijo Casandro. Tracia bajo Lisímaco, Oriente primero bajo Antígono —el comandante militar de Asia Menor, acreditado con Alejandro— y después bajo Seleuco (desde −312), que logró que la mayor parte del imperio aqueménida pasara a su poder, y arregló con Sandrokottos los poderes territoriales respectivos, cediendo la India. El imperio maurya no se puede imaginar sin el conocimiento y el ejemplo de Alejandro. Durante estos enfrentamientos mataron a Olimpia (−316), y en −311 a Roxana y al hijo de Alejan-



Tolomeo I, tetradracma.

dro, nacido póstumo; con ellos se había exterminado a la dinastía alejandrina. Después de —306 los diadocos se autodenominan reyes y documentan formalmente el fin del imperio. Desde la muerte de Antígono (—301), Lisímaco y Seleucos (—280), nuevos reinos de los antigónidas continúan en Macedonia (desde —278) la vieja política griega pero, entre los imperios que se vuelven a formar, su acción se limita a Macedonia. El imperio seléucida se descompone paulatinamente durante el siglo —III; los tolomeos se mantienen durante bastante tiempo. A mediados del siglo —III se forma en el noreste el imperio greco-bactriano con una temporal extensión hasta el interior de la India. En Asia Menor surgió con anterioridad el imperio pergameno. Fundaciones de estados tales como el del Ponto y el Bitino, apoyados por fuerzas griegas, dan la imagen de cultura griega, pero en el fondo son bárbaros. Hasta el imperio parto parece aceptar ciertas formas de la cultura

griega, resultado de la inmigración de pueblos nómadas entre los mares Caspio y Aral a los territorios del sur, a pesar de que se vea como reacción al predominio griego.

Todo esto se explica a partir de la derrota política. Pese a la renuncia a los planes alejandrinos considerados demasiados gigantescos, sus sucesores tenían que darse cuenta de que ellos, ajenos en sus imperios, sólo podían establecer un poder permanente si seguían, dentro de sus márgenes, la obra de Alejandro. Por de pronto, el elemento oriental pierde el significado que Alejandro le había dado. Al contrario, se busca un contacto más intenso con el mundo griego. Se derrama una ola inmensa de griegos en un mundo de ilimitadas posibilidades. Se puede demostrar una fluctuación entre la India e Italia; los griegos se convierten en la clase dominante y la verdadera base de estos imperios. El imperio seléucida empieza con la colonización por mercenarios griegos, quienes, a juzgar por los topónimos, llevaron a cabo una macedonización de importantes zonas del Próximo Oriente. Eso lleva a una mezcla, sin duda prevista de antemano, entre estos griegos y algunos grupos indígenas. Una política sistemática de helenización de casi todos los soberanos abre la entrada a la cultura griega en todas partes, la convierte en un criterio de calificación incluso para elementos indígenas; el griego llega a ser el idioma mundial. La época del helenismo se caracteriza efectivamente por su unidad cultural, cuya base ahora ya no son sólo los griegos. Sus testimonios se pueden rastrear hasta la frontera de *oikumene;* el mundo se hizo griego, a pesar de que no se aplicó el concepto alejandrino. Al contrario del imperio alejandrino antiguo, queda poco espacio para un desarrollo planificado a largo plazo y transformaciones interiores paulatinas. Una vez agotado, el elemento griego se muestra demasiado débil en cantidad y, mientras Grecia se despuebla, los griegos de Oriente se ven cada vez más absorbidos por la población indígena. A partir del siglo —III disminuye su importancia también como factor político en los diferentes imperios.

En el aspecto económico-social, los soberanos helenistas recurren en buena parte a los modelos indígenas. Suelen aceptar, sobre todo en Egipto, la concepción del estado como una casa real ampliada, razón por la que tratan de favorecerla y mutiplicarla. Economía estatal con rasgos casi modernos y monopolismo tanto en la producción como en el comercio son las mayores fuentes de ganancias para el soberano, aseguradas por un gran dirigismo y una política de aduanas; mientras, se conservan las formas milenarias de infraestructura y las condiciones sociales.



Relieve de Persépolis representando la figura de un guerrero indio.

La preponderancia del elemento griego en las posiciones decisivas provocó una internacionalidad del comercio y el intercambio, que merece el nombre de economía mundial y que se une a lo iniciado por Alejandro. La competencia económica y política provoca la ampliación forzada del comercio con la India y atrae el interés de poner pie en África, Arabia y el mar Rojo. Vista de esa manera, la unidad económica helenista se mostró duradera en comparación con la unidad cultural. Sin duda debe a Alejandro

la promoción a nivel oficial de la investigación y la colección y explotación de los conocimientos científicos en todos los ámbitos de los nuevos centros. Los progresos, sobre todo técnicos, del helenismo lograron un nivel que sólo la época moderna superó.

La relación con el propio Alejandro sigue siendo complicada. Tolemeo se apoderó del cadáver y lo enterró, no en el oasis de Amón, sino en Menfis, desde donde sus sucesores lo llevaron a Alejandría. El culto de Alejandro se mantiene, además de en Asia Menor, Rodas y Grecia, en Alejandría. Para los pueblos oprimidos Alejandro había sido la encarnación del demonio, del mal; pero ni siquiera la posteridad griega hizo justicia a Alejandro. Puede que la propaganda deformada de los primeros años haya destruido su imagen. Tanto el mundo hacia el que Alejandro conducía su ejército como él mismo cayeron en la esfera fabulosa. La representación historiográfica, el interés por las ciencias naturales y las muestras de curiosidades aparecen entretejidos desde el momento en que el ejército entra —después de la muerte de Darío— en el mundo fantástico del mar Caspio. En aquel mismo momento, el rey de Macedonia se encumbra al nivel del soberano oriental. Contemporáneos de su entorno más próximo —por ejemplo, el mariscal Chares, Efipos de Olinto e incluso Onesícritos, capitán del real buque insignia— aprovechan poco después de su muerte la posibilidad de aumentar, por medio de una descripción exagerada de la persona de Alejandro, el carácter sensacionalista de sus escritos y su difusión; gracias al entendimiento que podemos tener del mismo fenómeno, actualmente es fácil concluir que esta presentación sólo pudo tener carácter negativo. Los conceptos contrarios, tal como los siguió buscando Cleitarco en Alejandría en el siglo IV, debían de complicar la imagen aún más. Nearco y Aristobul no podían corregirla. Queda la pregunta de si, o en qué margen, los sucesores políticos podían estar interesados en divulgar una imagen positiva —o por lo menos objetiva en cuanto a los hechos— de Alejandro; tal imagen sin duda cuestionaría su propio papel después de la muerte de Alejandro.

Tolomeo había declarado la disolución del imperio, Casandro había terminado con la dinastía; es posible que un arreglo oficial haya influido en la presentación deformada o falsa como justificación posterior del propio comportamiento. Una obra de Tolomeo habla únicamente del estratega y excluye cuidadosamente los restantes aspectos, lo problemático; parece servir de defensa personal. Con el tiempo el papel de la tradición se hace cada vez menos importante, también a través de la utilización del



El llamado Alejandro con la égida, *conservado en el Museo británico, Londres.*


Camafeo representando a Alejandro y Olimpia (museo de Leningrado).

tema Alejandro en filosofía y retórica: peripatéticos, estoicos y cínicos se confeccionan su propia imagen de Alejandro, con su énfasis particular. Materia de ensayo interminable es la cuestión de la evolución del carácter y de las influencias exteriores, de la suerte o de la habilidad. Intentos de definir la personalidad con la ayuda de un catálogo de lemas son la causa común del repertorio de cada escuela. Incluso aquí resulta lógico que el componente negativo se halle en primer plano de la demostración. Se agregan otros problemas: Alejandro y Olimpia, Alejandro y Antípatro, Alejandro y sus amigos. Corresponden a una semihistoria, semiética literatura de ficción y constructiva, y colecciones de cartas, que con el tiempo adquieren un carácter auténtico, por lo cual

confunden aún más las cosas. Se acumulan también las anécdotas, que terminaron estableciendo una red de cuentos alrededor de cada acontecimiento: la concepción de Alejandro; el nacimiento de Alejandro; primeros signos de capacidades sobrenaturales o sobrehumanas; Alejandro y Bucéfalo, Alejandro y Diógenes; Alejandro y la Pitia; Alejandro y Timoclía; el nudo gordiano; Alejandro y el médico Filipos; Alejandro en Nisa; Alejandro en la India; Alejandro y las reinas persas; Alejandro y las reinas amazonas; Alejandro y Darío; Alejandro y Poros prisionero; Alejandro y los filósofos de la India; Alejandro que rechaza agua en el desierto, porque sólo alcanzaría para él; la muerte de Alejandro... La lista se podría alargar hasta el infinito.

Las fuentes disponibles, excepto algunos fragmentos de la antigüedad, provienen todas de la época de los reyes romanos y dependen de las influencias correspondientes. Ni para Diodoro (siglo I a. C.) ni para Trogo Pompeyo (posteriormente reducido por Justino) ni para Curtius Rufus (imposible localizarlo en el tiempo) se puede establecer un núcleo verdadero para un análisis de las fuentes. Lo mismo es válido en gran medida hasta para Arriano (siglo II d. C.), al que preocupaba la objetividad y que trata de dar, imitando a Aristobul y Tolomeo, una imagen adecuada, según su base estoica y los conceptos de soberanía de su época. La gran cantidad de fuentes (son casi cien) que da Plutarco en su biografía de Alejandro produce una impresión de la variedad de la tradición que se había de analizar para trabajar en profundidad el problema de Alejandro. No es de extrañar que para los siguientes siglos sólo se pueda hablar de una interpretación mística y su desarrollo.

El interés de Roma por Alejandro era el resultado de la penetración romana en Oriente. En Roma, Alejandro recibió por vez primera el nombre de «magno»; en una comedia de Plauto le llaman así. Imitación y adoración de Alejandro remarcan Pompeyo, Craso, César, Nerón, Trajano, Septimio Severo, Caracalla y por último Julián, en el que resultan conmovedores, al final de la antigüedad, los paralelismos, en parte conscientes y en parte espontáneos con el Alejandro de los últimos años. La crítica, tal como se manifiesta en comentarios de Augusto, es relativamente rara. Pero es posible que en su política exterior el ejemplo de Alejandro tenga más importancia de lo que parece, tanto con relación a la frontera como en la evolución del imperio, iniciado por él. El ejemplo de Alejandro siempre se refiere al hombre o al conquistador. Su obra siempre ha sido considerada como inimitable.

14. Alejandro

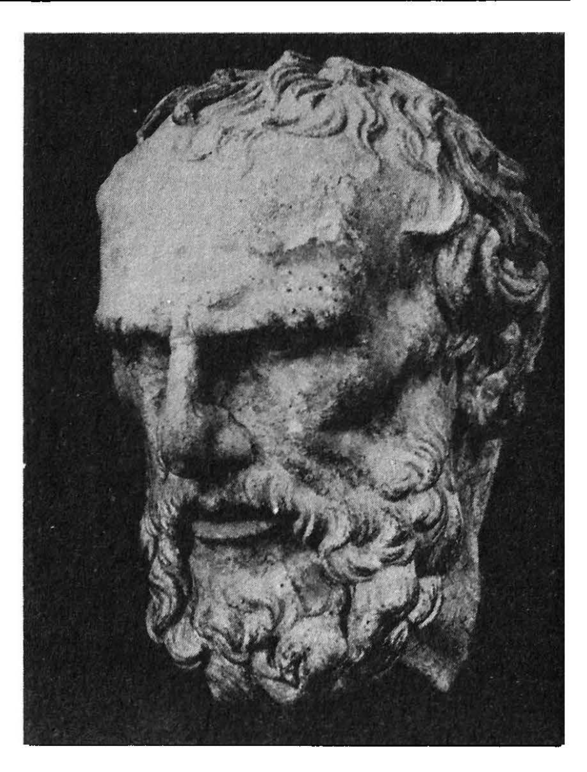
Ya es hora de que consideremos al hombre, pues es la clave de todos los fenómenos. El campo en el que se ejercen las distintas fuerzas y factores históricos perdería su coherencia interna si se pusiera a Alejandro entre paréntesis —a él y su interpretación personal, singular, de los sucesos, y sus designios y su modo peculiar de realizarlos—. Las relaciones sociales, la situación histórica, las distintas circunstancias y los problemas políticos particulares sí pudieron poner en marcha los acontecimientos y hasta el final estuvieron en el centro de una reflexión realista y de consideraciones en apariencia fácilmente comprensibles. Pero el que da impulso a la evolución histórica durante los pocos años de su actuación es él mismo. La tesis de que son unos pocos individuos los que hacen la historia puede con razón resultar fuera de lugar en la segunda mitad del siglo XX, a la luz de los conocimientos que hemos adquirido. Pero Alejandro sigue siendo un asombroso ejemplo de la función —irremplazable hoy tanto como ayer— de la personalidad como coordinadora de distintos elementos y fuerzas de mayor amplitud. Y no todo en la persona de Alejandro se dejaría explicar por las influencias de su época. Finalmente, pese a sus esfuerzos y sus logros en solucionar los problemas de su tiempo, permaneció fuera de los marcos históricos de él. Su figura nunca dejó de resultar extraña e inquietante a sus propios contemporáneos y todavía no nos es del todo penetrable, por más experiencias históricas y conocimientos psicológicos que hayamos acumulado. Pero el aspecto trágico que asume su destino histórico se debe sobre todo al hecho de que un tal hombre, finalmente, haya fracasado.

No han faltado las tentativas para procurar una imagen verosímil de Alejandro. Como ya hemos notado, las contradicciones contenidas en los relatos contemporáneos convirtieron la historiografía alejandrina en una palestra donde se daban cita los intereses literarios más diversos, y eso ya en la antigüedad. Asimismo las interpretaciones ulteriores —antes y después de Droysen—

pasan de una apoteosis apasionada a las imágenes terroríficas de un confuso delirio de dominación, cuyo resurgimiento en el siglo XX nos proporciona elementos de comprensión inadvertidos anteriormente. Si los recursos habituales de la historiografía de su época no estuvieron a la altura en el caso de Alejandro, limitándose a los expedientes de una caracterización moral improvisada del fenómeno, muchas noticias y datos importantes sin duda se perdieron para la posteridad en razón de esta incomprensión, ya en un temprano estadio. Es probable que ya la primera generación posterior fuera remitida a un conjunto de materiales deformados y fragmentarios. No está claro en qué medida son suficientes los documentos oficiales accesibles para formarse una idea del hombre Alejandro; de lo que todavía disponemos ni siquiera alcanza para una comprensión completa de esta misma clase de fuentes. El mismo era consciente de esta poblemática e insuperable discrepancia, aun cuando se tratara de vivencias comunes, y de que eso podía traer como consecuencia una deformación de su imagen para la posteridad.

Sus contemporáneos sí fueron unánimes en reconocer que tampoco al hombre se le podían aplicar los criterios y medidas comunes. Pero lo cierto es que ni la lengua griega ni, en particular, la literatura directamente referida a Alejandro encontraron la fórmula idónea que resuma estas impresiones. Las anécdotas, que se presentan en cierto modo como ensayos de elucidación a falta de testimonios directos sobre su vida, no son sino unas interminables y desmedidas loas a sus distintas virtudes —en ese sentido la descripción resulta sencilla—, pero no revelan nada de su personalidad como conjunto, ni de su evolución.

Cuando los documentos no son del todo engañosos, tal vez sea posible extraer de las noticias unos elementos que, aunque no son menos superficiales, resultarán provechosos para nuestro análisis. Es así que los rasgos de carácter que se le atribuyen al padre de Alejandro, Filipo, se podrían explicar a través de los efectos psicológicos habituales resultantes de algunas influencias duraderas que se ejercieron sobre el individuo, la dinastía y hasta incluso sobre el pueblo en su conjunto. La conjugación de éstas en la persona de Filipo debió de provocar en él una tensión interior tal, que sus propios contemporáneos se asombraron. Dotado de una inteligencia extraordinaria y de una profunda intuición, que se manifestaban tanto en su conducta política como en el trato personal con la gente e hicieron posible, al menos en Grecia, los grandes éxitos que tuvieron sus empresas, Filipo encarna a la vez, en su temperamento, en sus excesos, en su



Diógenes, copia romana del Museo Barracco, Roma.

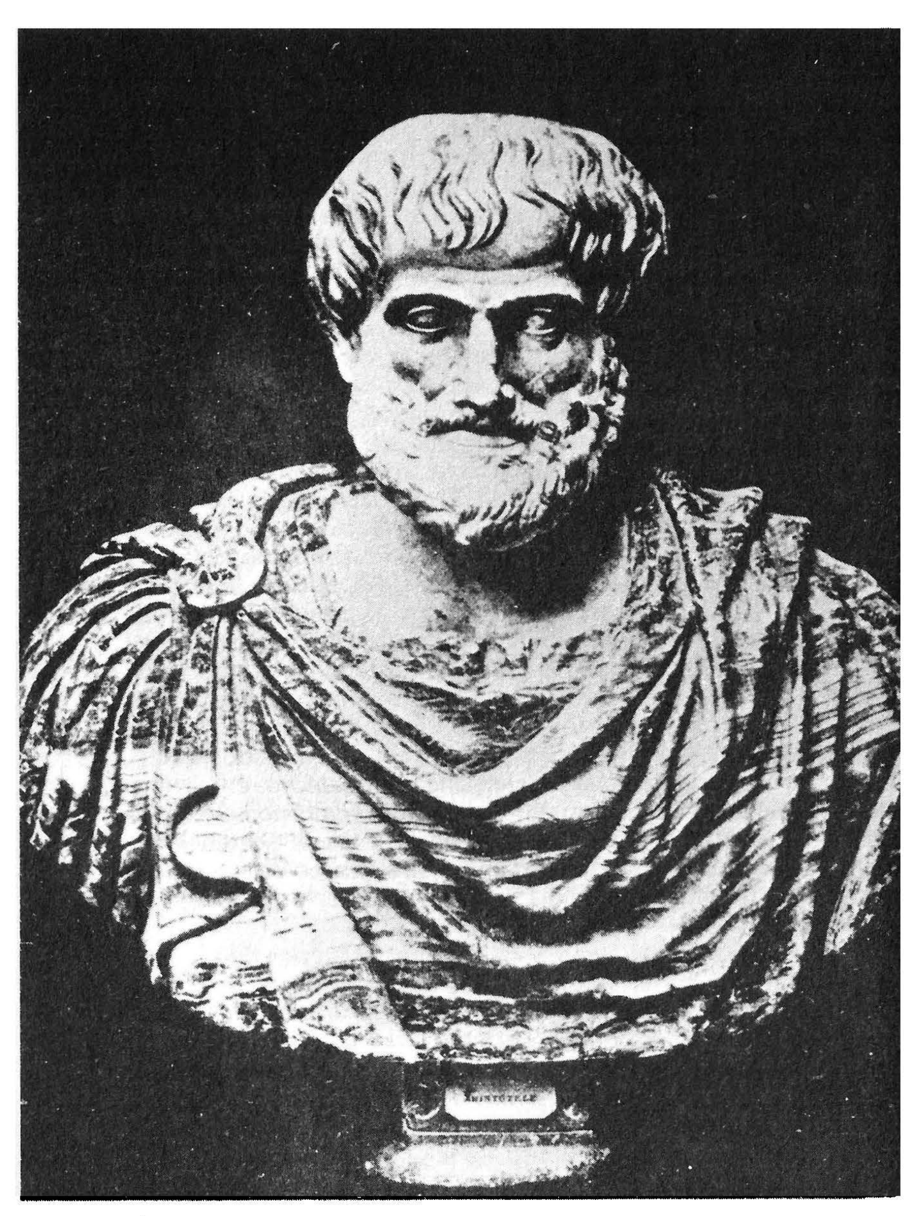
afición a las bacanales, algo primitivo y bárbaro que siempre le resultaría enigmático a los griegos. Olimpia, la madre de Alejandro, pasa por haber sido adepta a los cultos orgiásticos, que parecen caracterizar la filosofía naturalista de la vida en los pueblos balcánicos de la época y, en particular y de una manera muy clara, en Tracia. Los testimonios sobre su ansia de poder, quizá agudizada por su relación con su cónyuge y los macedonios, le confieren rasgos demoníacos que la llevan de cuando en cuando a transgredir los límites de lo humano. Es imposible determinar qué participación tuvo Olimpia en la formación de su hijo durante los decisivos primeros años de éste. Puede que la autorrevelación mítica de Alejandro, hasta incluir la reivindicación de una generación divina —ya sea a través de un rayo celeste, ya sea por Zeus mismo en forma de una serpiente—, tenga su origen en la madre; muchos rasgos de su personalidad, por ejemplo, su notable reserva en todo cuanto se refiere a lo sexual, podrían con razón ser atribuidos a un complejo materno. Es indis-

cutible que Olimpia quiso posteriormente influir a su hijo, aprovechándose del amor filial.

La predominante herencia materna se refleja no sólo en una dependencia hacia lo afectivo, a menudo expresada en arrebatos vehementes, sino en una anormal inclinación a la introversión, o sea, en una colosal capacidad para aislarse en un mundo de ideas y sentimientos elegido por él mismo y para, al mismo tiempo, no hacer caso de la realidad o violentarla. La sobrehumana fuerza de voluntad de Alejandro y su tendencia a ponerse por encima de las consideraciones racionales —se diría que se trataba de una segunda naturaleza— podrían verse de esta manera como una variante del legado materno; ello le define, en la opinión de W. W. Tarn, como un gran soñador. Se notó muy pronto la inteligencia del niño —y la impaciencia que resultaba de ella— y por esta razón Filipo trató de conseguirle el mejor maestro de aquel entonces en la persona de Aristóteles. De hecho, hacía falta una personalidad de educador con grandes cualidades para encauzar el desarrollo de un ser precozmente maduro y que podía sufrir influencias que le venían por la sangre o del exterior. Que Alejandro le deba a Aristóteles su predilección por Homero muestra el éxito de este pedagogo en lo que podríamos llamar su tarea de domesticación. Cabe preguntarse si Alejandro dio prueba de mucha gratitud a su maestro. Este parece haberle proporcionado los conocimientos prácticos útiles para su futura función y despertado en él una serie de intereses muy variados, quizá por medio de un método indirecto. Por otro lado, las tan claras divergencias posteriores en torno a ciertas concepciones fundamentales podrían remontarse a aquel período anterior a la pubertad. De todas formas, la existencia de dichas divergencias nos hace dudar de que el tiempo de aprendizaje en Mieza fuera, en realidad, tan idílico como se presenta generalmente.

Las anécdotas en torno a los tempranos signos de su gran disposición para gobernar explican sin duda que no se tardara en confiarle misiones políticas. Hay, sin embargo, testimonios igualmente antiguos acerca de su inestabilidad y de su fogosidad juvenil, por ejemplo en Queronea (—338) o en las bodas de Filipo apenas un año más tarde. Asimismo, en su actuación militar posterior, resulta prácticamente imposible distinguir entre cuánto es producto del método, cuánto de la intuición y cuánto de la reacción impulsiva.

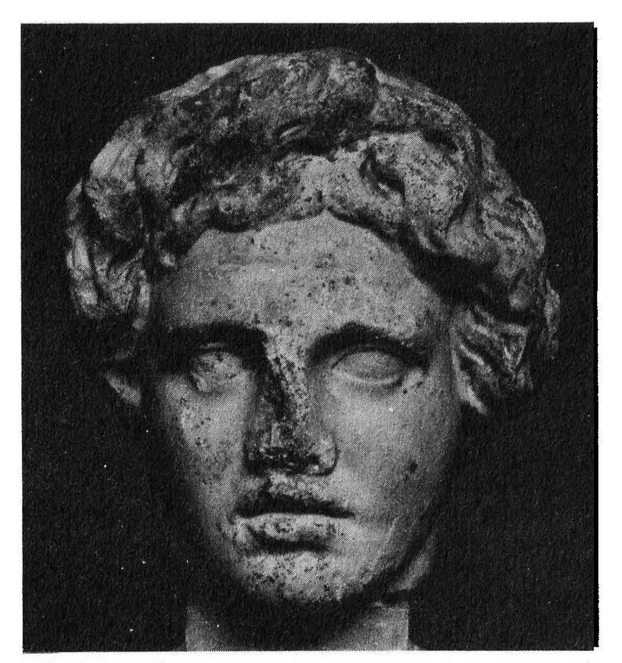
La versión que intentamos dar antes de los gestos simbólicos de Alejandro después del año —336, en el Helesponto o en Gordion, no acierta, al ver en cada uno de ellos un *politicum*, sino



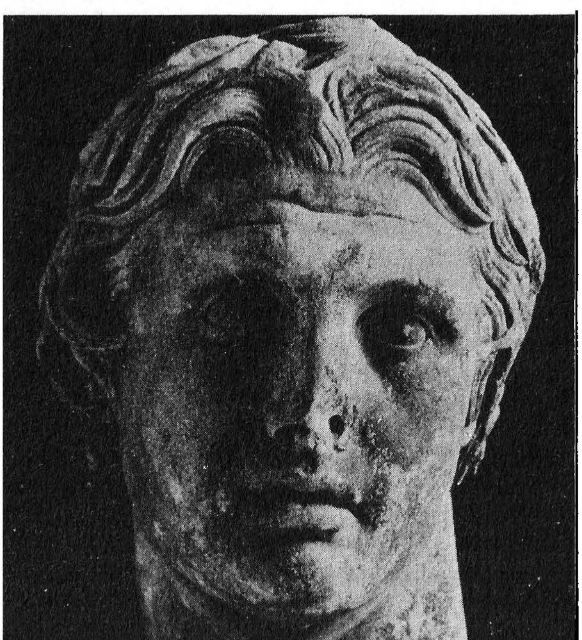
Aristóteles, a quien Filipo II, padre de Alejandro, encargó la instrucción del joven príncipe.

uno de sus aspectos, quizá el más superficial. Gran parte de lo que se ofrece al análisis en estos contextos es inconcebible si no se tiene en cuenta la predisposición espiritual capaz de captar el valor interno de los mismos y hasta de creer en la realidad de los fenómenos míticos en el mundo propio. Esa sería la única perspectiva que diese un sentido a la evolución de Alejandro, tal como se desarrolló, más claramente a partir de estos hechos, hasta el final de su vida. Para una verdadera comprensión del personaje, no basta ver en Alejandro un romántico, como a menudo ha sucedido. Lo que se considera en este caso es más bien la otra cara de su introversión. El Homero bajo la almohada no es sólo un testimonio de su afición a unos ideales exaltantes; también es, con toda evidencia, el catecismo de un examen existencial, del que está cruelmente necesitado quien se refugia fuera de la realidad.

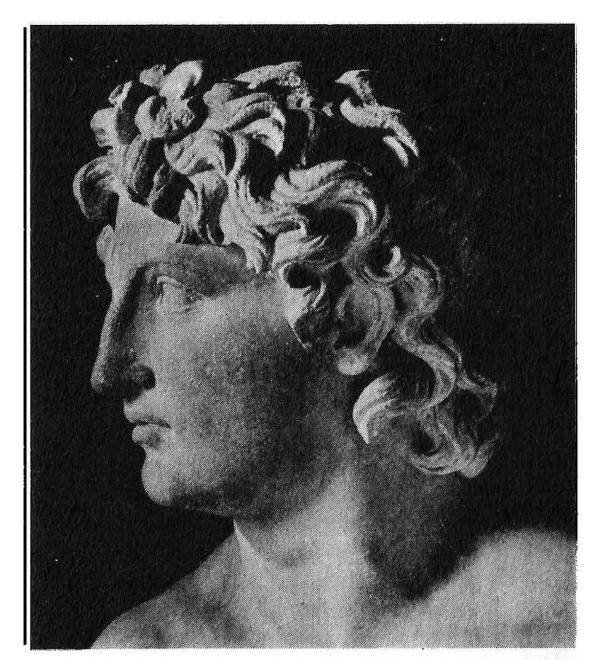
Las vivencias que tuvo Alejandro en su juventud y en los primeros años de su gobierno debieron de significar para él un trauma tal, que no lo hubiesen podido superar en su vida incluso temperamentos menos sensibles. A raíz de una sensación de amenaza permanente, se agudizó su inteligencia y se acentuó su disposición psíquica; fortaleciéndose ambas mutuamente, determinaron tanto los modales de su comportamiento exterior como su evolución interior. Esta inteligencia superior iba a ser la que transformaría a Alejandro, sin la ayuda de mucha experiencia y, por así decirlo, de la noche a la mañana, en un excelente jefe militar, y la que le posibilitaría superar los múltiples problemas políticos. Su flexibilidad y su capacidad de improvisación le permitieron no hacer caso de las reticencias que encontró y realizar verdaderos milagros en el trato con los hombres. A este respecto, sus éxitos serían inconcebibles sin aquel apasionado ímpetu, cuya fuerza de sugestión no sólo convertía a los otros en instrumentos sin voluntad, sino que finalmente repercutía en él mismo. Sin embargo, la interpretación de una personalidad basándose en semejantes contrastes es necesariamente simplificadora y no tiene en cuenta la cuestión de la evolución personal. Existen claros indicios de que Alejandro, con el correr del tiempo, empezó a prever y contar con el impacto de su comportamiento. Si bien es explicable que sus logros provocaran un sentimiento eufórico de superioridad, desenvoltura y ansia de exhibirse, Alejandro parece haber considerado cada vez más todo cuanto pudiera producir la impresión de un inevitable *hybris* como los indispensables elementos de un nuevo estilo de gobierno. Pero, a pesar de este cambio de perspectiva interior, los elementos esenciales de su personalidad siguen siendo los mismos y una sola línea une el primero al



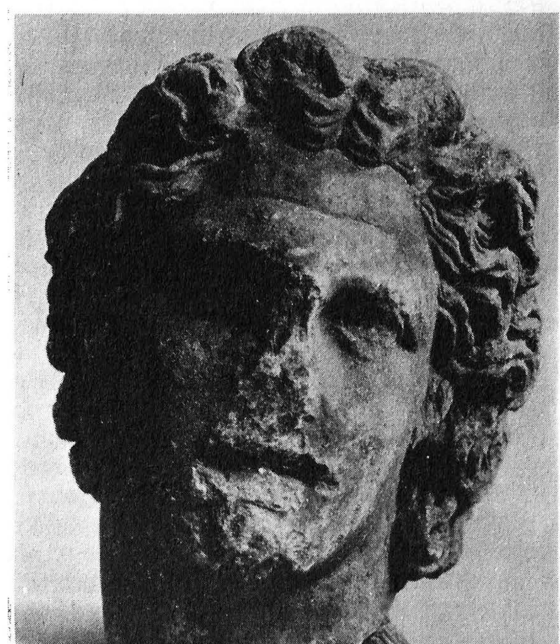
Alejandro niño. Ny Carlsberg. Glypotek, Copenhague.



Alejandro de Pérgamo. Copia romana. Museo de Estambul.



El llamado Alejandro Rondanini. *Copia de un original de Leochares (?). Glypoteck, Munich.*



El llamado Alejandro de Volantza *(hacia −200). Museo Olimpia.*

último día de su vida. Los autores que constituyen nuestras fuentes suponen, casi sin excepción, que la anexión del imperio aqueménida significó un hito en la evolución del carácter de Alejandro. No se puede hacer más que especular sobre cuánto es forma y cuánto contenido a este respecto, y es probable, como ya hemos indicado, que la razón de estado no tardó en exigir otra conducta que la que podía ser aceptable por parte del rey de los macedonios.

A todo ello cabe agregar otro elemento, que es más importante. La lucha de Alejandro por la existencia le había llevado a rebasar los límites del mundo de Filipo, y con esta nueva magnitud habían surgido nuevas formas de oposición y nuevos peligros. El caso de Filotas y el ciego furor del asesinato de Cleitos son el resultado de una evolución que se hacía insoportable; en cambio, el creciente frenesí de los festines y orgías, el pródigo reparto de presentes y honores a unidades o divisiones enteras, las profusas demostraciones de amistad y cordialidad, todo ello no se puede entender sino como la búsqueda de una compensación. No se puede poner en duda que Alejandro tomaba todo eso en serio y en este sentido su enfrentamiento con sus amigos y con el ejército también supone la reiterada tentativa de superarse a sí mismo. Pero el sentimiento de la irreductibilidad de las contradicciones se fue profundizando a lo largo de estos años hasta desembocar en el aislamiento recíproco, que restó a los esfuerzos de Alejandro mucha credibilidad. La manera como aparentemente participó en la puesta en escena de los casos de Filotas, Parmenión e incluso del de Calístenes está en línea con una política de terror psicológico, corresponde a la escasa consideración que merecían a sus ojos el ejército y sus jefes, y puede haber sido interpretada por los interesados como la señal de un creciente desprecio por su entorno. En este contexto, es posible que el matrimonio con Roxana, la introducción de la prosternación y las nupcias colectivas en Susa hayan sido percibidas generalmente como los hitos de una evolución política; sin embargo, la desconfianza hacia Alejandro, y quizá también su conducta personal en estas ocasiones, producía una reticencia, aversión y exasperación, a las que nunca iban a faltar nuevos motivos.

Asimismo la evolución religiosa de Alejandro podría ser otro síntoma de su aislamiento. No se puede poner en duda su fervor religioso, que se refleja en el fuerte apego de Alejandro a la religión común, en su época, a sus ritos y mandamientos, en la observación de las obligaciones reales relacionadas con ella (sacrificios y organización de juegos), así como en su fe en los presagios

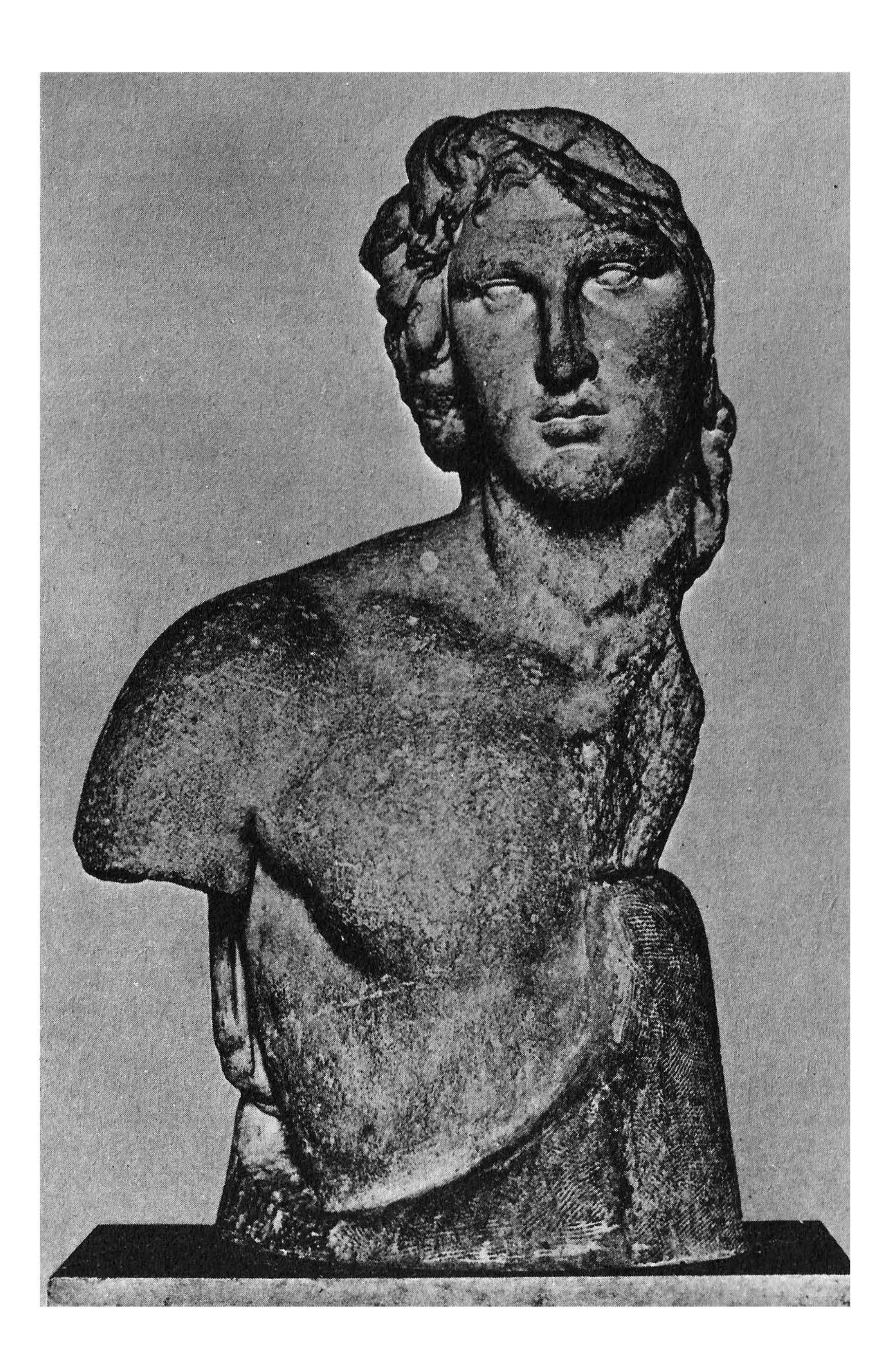
y profecías divinas. Pero se advierte además otro componente, subjetivo éste, en aquella ascensión a la esfera mítica —y, por consiguiente, religiosa—, que le llevó pronto a interpretar las propias acciones como signos de fuerzas sobrenaturales y a verse a sí mismo en relación directa con los dioses. No se pueden separar los dos ámbitos de lo religioso, el del conocimiento de sí mismo y el de la conducta. Se confunden Heracles, en tanto que antepasado oficial de los argivos, Aquiles, el antepasado del lado materno, y nuevamente Heracles, el ideal personal; con el correr del tiempo, las influencias literarias habrán profundizado y agudizado la analogía. La situación histórica de la religión y el ejemplo de un Lisandro, a quien le fue rendido culto divino tras consultar el oráculo de Amón, de un Clearco de Heraclía e incluso el de Filipo dejan presumir que el paso hacia la adoración divina de Alejandro ya no era considerado, en el ámbito en que vivía, como muy largo. No se puede hoy día extraer de los detalles si realmente Alejandro creía en una paternidad natural o en una adopción por el dios en razón de sus hazañas; sería concebible que en un mundo sin dogmas él también prosiguiera su búsqueda. No cabe duda de que haya tomado en serio las palabras del sacerdote de Amón y se haya sentido, a partir de —331, el hijo de Zeus, lo cual significaba una elevación por encima de los mortales y dio tal vez un nuevo fundamento a sus ambiciones políticas. No se puede determinar en qué medida quiso con eso transformar su relación con Filipo. La menor alusión al tema provocaba en él arrebatos de furia, como si se hubiera arrastrado lo sagrado en el fango, y cuando se hace mención de discrepancias confesadas, siempre son de naturaleza pragmática, superficial. En tanto que hijo de Zeus, le resultaba obvio que pudiera rivalizar con Heracles como con un igual y natural el asumir los modales atribuidos a Dioniso, y hasta incluso podía considerar su expedición como su participación en un designio mítico superior.

Aquí, como siempre, la propaganda no parece poder identificar sino un aspecto único de los fenómenos. Cabe recordar que, aparte de Nisa y de los peñones del Aornos, en el Hindukush creyeron haber encontrado la caverna de Prometeo. No necesariamente son exageraciones las noticias de que Alejandro se hubiera hallado aquí y allá en los distintos lugares por los que se creía que habían pasado los dioses. Su asunción del papel de soberano oriental se la debió de facilitar un sincretismo que no estaba de ninguna manera en contradicción con las representaciones que acabamos de mencionar y en relación con el cual la proscinesis le debía de resultar la forma de saludo y la expresión de veneración

que le correspondían naturalmente. Resulta difícil aventurar una interpretación: el hecho de que la prosternación de rodillas se usara entre los persas ante cualquier persona de rango superior, mientras que los griegos se la reservaban a los dioses, nos induce a pensar que Alejandro ambicionaba ya el culto divino a su persona y lo veía quizá como un elemento de unión entre persas y griegos. Asimismo, el fuego real que ardía durante la ceremonia de instalación —según el relato de Jares— constituía otro medio de tender un puente sobre el abismo, de la misma manera que el beso consecutivo servía de símbolo de elevación, a fin de reducir una distancia ahora tan marcada. Calístenes, en tanto que portavoz de la oposición, no se desquitó de la reverencia debida a Alejandro, por lo cual perdió su rango. Pero el comentario sarcástico que luego hizo a este respecto, a saber, que él se iba de un beso más pobre, debió de incitar a Alejandro a renunciar a la proscinesis. Quizá había ido demasiado lejos, pero no consideraba esta oposición como un obstáculo definitivo. En el año —324, poco después del decreto sobre los desterrados y en relación con el culto concedido a Hefestión, los griegos iban a ser incitados a rendir culto divino a él también. Alejandro volvía a enfrentarse así al problema desde otra perspectiva. Ya los efesios habían rendido culto divino a Filipo en su tiempo; en Asia Menor seguían existiendo pequeñas sociedades de adoradores de Alejandro; es posible que éste proyectara la introducción de éstas en la patria y, por consiguiente, proporcionar a los griegos una pauta única con la que en adelante le tendrían que mirar. Tras una corta controversia, los griegos se conformaron y no se volvió a plantear la cuestión de los cultos rendidos a los vivientes. En realidad, a juzgar por la fecha de los acontecimientos, es forzoso concluir que las consideraciones de índole oportunista y de elección táctica ya no le resultaban dignas de atención en aquel entonces.

Según los testimonios de los últimos años, su entorno se había acostumbrado al aislamiento voluntario de Alejandro y se esforzaba en sacar el mejor provecho de la situación. Con este espíritu fueron acogidas la justificación —aceptada aparentemente por el propio Nearco— de la expedición a Gedrosia basándose en una rivalidad con Ciro y Semíramis, así como las fiestas dionisíacas —de las que no se puede dudar que tengan un fundamento histórico— después de la salvación en Carmania. Lo mis-

El llamado Enopos (Alejandro). Torso procedente de Delos, del siglo —II. ▶
Conservado en el Museo del Louvre, París.

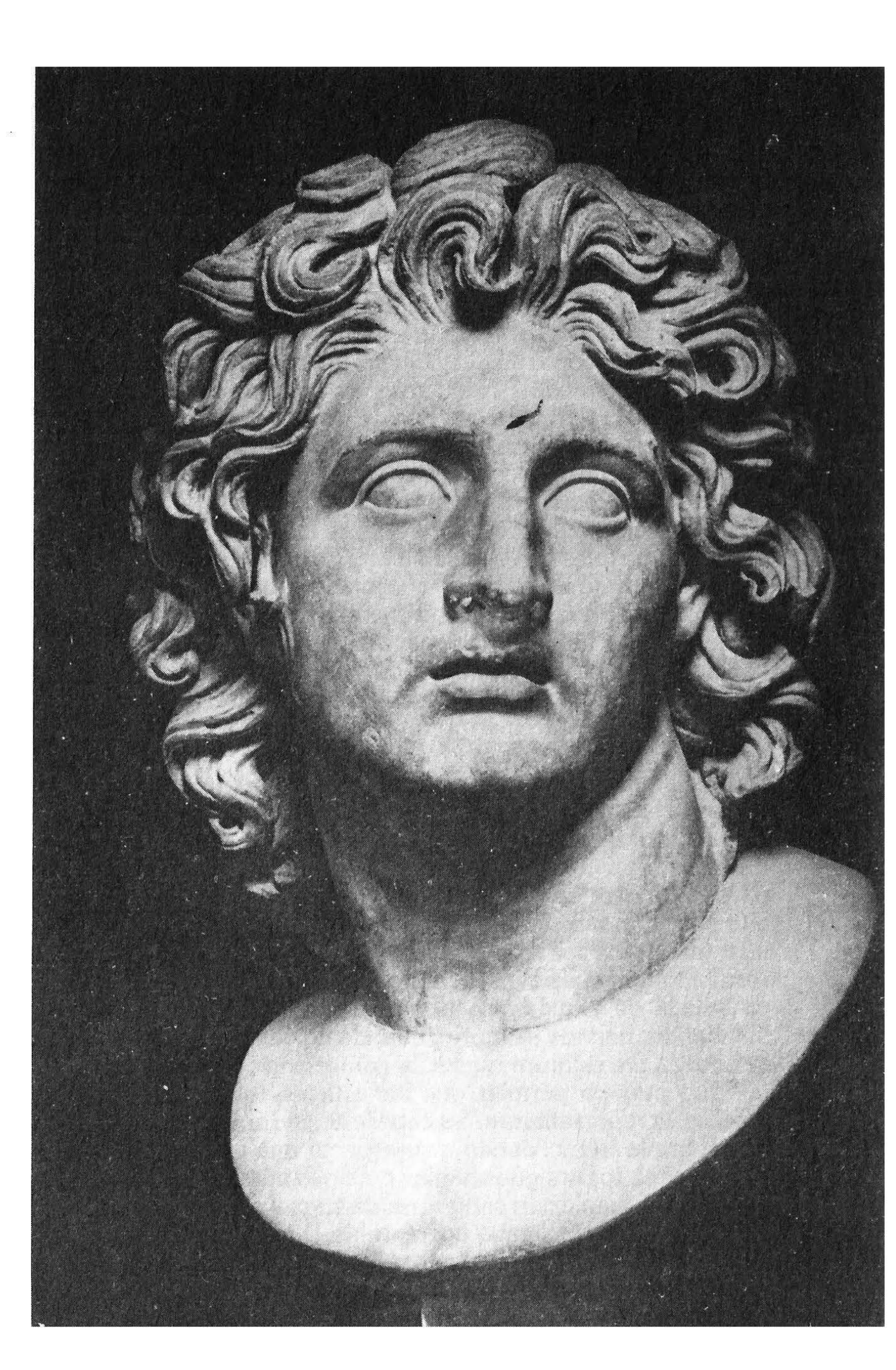


mo podría decirse incluso del nefasto papel de Bagoas, de quien Orxines, por otra parte un servidor leal, fue la víctima. No se halla en las fuentes ningún comentario que permita pensar que Alejandro, entonces en el apogeo de su poder, enunciara nuevas normas de valor moral, válidas para él solo. Un testimonio indirecto de este aislamiento, y de una cierta resignación, lo podría representar el odio que le demostró Casandro, quien, por haber permanecido en Grecia, no había presenciado hasta entonces la evolución, y quien —enfrentado ahora con su estadio final— no se iba a deshacer nunca en el resto de su vida del horror y la aversión que le infundía lo que veía.

No es de extrañar que se hayan encontrado en el entorno de Alejandro quienes atribuían todo esto —y el creciente frenesí en su comportamiento— a un trastorno mental. Las fuentes nos previenen, sin embargo, de pasar con demasiada rapidez el límite que separa el genio de la locura, y de apresurarnos en diagnosticar los síntomas de un debilitamiento psíquico. Es cierto que, abstracción hecha de medidas y planes políticos razonables, se advierten en Alejandro los signos de una megalomanía cierta, como por ejemplo en los funerales de Hefestión en Babilonia, la pirámide de Filipo, así como el proyecto de convertir el monte Athos en un busto gigantesco. Conviene preguntar, sin embargo, cuánto cabe de exageración en estos relatos. No se ha de olvidar que todo esto está en perfecta armonía con los proyectos destinados a proporcionar trabajo y ocupación en Grecia en los años precedentes, con la expansión en Oriente y el establecimiento de nuevas colonias, y quizá albergue la ambición de tratar de procurar al ejército una misión de índole civilizadora que le resulte valiosa. Cabe recordar aquí los numerosos proyectos de construcción de templos y erección de ciudades.

Dadas estas circunstancias, cabe preguntarse si los contemporáneos, que veían con ojos propios la evolución del destino humano de Alejandro, estaban en condiciones de extraer todas sus consecuencias. Su personaje les podía haber resultado repelente. Al mismo tiempo debían de sentir un cierto apego hacia él, por cuanto sus vidas, sin el accionar de Alejandro, perderían mucho de su sentido. Así permanecían las tensiones y se iban agudizando cada vez más. El problema al que hemos aludido antes de la necesidad de un nuevo arranque debía de repercutir

Alejandro, busto de mármol del siglo —II. ▶



no sólo en el ámbito de lo político sino también en el de lo humano. La desprejuiciada adhesión de por lo menos algunos dentro del círculo de los próximos y, en particular, las informaciones que se refieren a los últimos días de Alejandro, muestran que el camino que éste había abierto al mundo aún no se había vuelto a cerrar.

Que la versión de su asesinato tomara rápidamente impulso no resulta sorprendente. Casandro, en particular, parece haberla reivindicado como justificación de su política familiar y presentado el asesinato como un gesto liberador, con lo cual logró ganar a Aristóteles a su idea. Nada más es comprobable hoy día; la manera como Antípatro se comportó con Grecia en los años consecutivos a la muerte de Alejandro parece desmentir tales noticias. Los contemporáneos consideraron la muerte de Alejandro desde otra perspectiva. Las fuentes hablan de bacanales cada vez más frenéticas y de una creciente afición a los placeres del alcohol. Que tales excesos debilitaran la constitución de un hombre que durante un año había agotado todos sus recursos y se había curado precariamente de una herida en el pulmón, cualquiera de los que habían tenido experiencias semejantes lo podía corroborar. Quizá los comentarios acerca de los presagios que se acumularon en los últimos meses y que advertían de la muerte de Alejandro se puedan interpretar como la señal consciente de un creciente pesar. Si Alejandro intentaba con este método desechar las dificultades ocasionadas por su temperamento, entonces sería forzoso concluir que su entorno sí tiene su parte de culpabilidad en su muerte, al haberle impuesto semejante autodestrucción.

Desde su juventud, un intenso entrenamiento físico le había preparado para las tareas que tuviera que cumplir y no hay datos que permitan pensar que las largas marchas, en las que siempre acompañaba a los más atrasados de sus soldados, le hubieran resultado fatigosas. Su saludable sueño en la víspera de la decisiva batalla de Gaugamela pone de manifiesto que tampoco le fallaban los nervios, siempre y cuando no detonaran las tensiones interiores. De estatura media, la conformación de su cuerpo era tal, que pudiera permitir que los artistas, tales como Lisipo o Apelles, le representaran. Su cabellera era rubia y caía en remolinos sobre la frente, dando a su aspecto una apariencia leonina. Algunos relatos antiguos hablan del brillo húmedo de su mirada y asocian la complexión sanguínea de su piel a lo sanguíneo de su temperamento. Inclinaba ligeramente la nuca de un lado hacia atrás —quizá fuera el resultado de los ejercicios físicos—, pero en realidad no se puede hablar de un defecto en su postura. No se le

conocen enfermedades graves; las alarmas que provocó su estado en el año 333 en Tarsos se debían, con toda seguridad, a causas externas y no existe el menor indicio de una supuesta epilepsia. Sin embargo, al final de su vida podía afirmar con razón que no le quedaba ninguna parte de su cuerpo que no hubiera sido herida. Resulta difícil extraer algo como el núcleo de realidad a partir de las representaciones pictóricas y plásticas que han llegado hasta nosotros, en vista de la idealización y de los estereotipos que se originaron ya durante la vida de Alejandro. El reiterado examen crítico de los materiales y su ordenamiento cronológico podrían, sin embargo, sacar a la luz una cierta línea de evolución. Esta se refleja en el endurecimiento de los rasgos, en los varios signos del agotamiento físico y de un temprano avejentamiento, en el arrugamiento, todos ellos perfectamente comprensibles, teniendo en cuenta lo que se conoce de su vida.

Alejandro había nacido en agosto de −356 y cuando murió, el 10 de junio de −323, no había cumplido los treinta y tres años. Las necesidades de su época explican sus realizaciones; los proyectos que concibió en relación con las primeras iban mucho más allá de la simple respuesta a éstas, sin que ello haya significado, al parecer, abandonar el terreno de lo realizable en favor de la utopía. No tendría sentido glorificarle al tiempo que se consideraba que su obra estaba condenada al fracaso desde un principio, y él mismo destinado a contemplar con sus propios ojos el comienzo de la catástrofe. El que esta obra fuera abandonada no prejuzga lo que aún se podría haber realizado si la vida de Alejandro hubiera tenido el transcurso normal de la vida de un hombre.

No se debe minimizar su influencia cercana y lejana sobre sus sucesores o el período histórico limitado del helenismo. Lo que fue el primero en hacer posible parece dar una justificación a su actuación histórica e incluso a su destino personal y confiere a su existencia un sentido.

Cronología

−490 Primer ataque persa contra Grecia. Batalla de Maratón. Segundo ataque persa contra Grecia. Batalla de Salamina.

−449 Paz de Callias.

−386 Paz de Antálcidas. Asia Menor se convierte en posesión persa.

−380 Panegyrikos de Isócrates.

−359 Filipo II en Macedonia, Artajerjes III. Ochos en Persia llegan al poder.

−357 Filipo se casa con Olimpia.

−356 Filipo obtiene el triunfo en Olimpia. Incendio del templo de Artemisa en Efeso. Agosto: nacimiento de Alejandro.

−352 Filipo es arconte de los tesalios.

−346 Filipo es miembro de la anfictionía de Delfos.

−343 Alejandro, cuñado de Filipo, es nombrado rey de los molosos epiros.

−342 Aristóteles es nombrado maestro de Alejandro.

−340 Asedio de Perinto y Bizancio, conflictos entre Filipo de un lado y Atenas y Persia del otro.

−340 Alejandro ejerce el cargo de administrador general en su patria.

−339 Alianza entre Atenas y Tebas, Filipo, rechazado en Bizancio, marcha contra los getas.

−338 Muerte de Artajerjes III.
Batalla de Ceronea (principios de agosto). Alejandro y Antípatro llevan las cenizas de los caídos a Atenas. Tratado de Filipo con Atenas y probablemente con otros estados griegos. Avance hacia el Peloponeso. Finales de otoño: fundación de la Liga de Corinto.

−337 Acuerdo de la Liga de Corinto sobre la guerra contra Persia. Filipo se casa con Cleopatra, sobrina de Attalos. Alejandro y Olimpia abandonan Macedonia.
Probable comienzo de la campaña contra Persia.

−336 Incursión de Parmenión en Asia Menor hasta Magnesia.
Asesinato de Filipo (¿agosto?) en la boda de su hija Cleopatra con su tío Alejandro, rey de los molosos. Intentos de escisión por parte de algunos aliados griegos. Alejandro vuelve a poner orden. A su regreso, posible visita a Delfos.
Exterminación de los opositores en Macedonia (Cleopatra, Attalos).
Darío III Codomano, rey de Persia (quizá principios de la primavera).

−335 Campaña de Alejandro contra tracios y getas. Travesía del Danubio.
Asesinato de Amintas IV.
Contraataque persa en Asia Menor bajo Memnón.
Apoyo persa a la rebelión en Grecia.
Verano: separación de Tebas y otras comunidades griegas.
Coalición de tribus ilirias. Invasión de Macedonia. Alejandro se enfrenta a ellas. Finales del verano: batalla de Pelión. Vuelta de Alejandro a Grecia.
Destrucción de Tebas. Marcha contra Atenas: mediación de Demades.

−334 Primavera: marcha hacia Oriente. Paso del Helesponto. Alejandro en Ilión.
Mayo: triunfo a orillas del Granico.
Toma de Sardes, Efeso y Mileto. Dispersión de la flota. Verano: formación de una fuerza naval persa superior.
Otoño: asedio de Halicarnaso.

−334 Campaña de invierno en Panfilia y Licia. Memnón gana las islas egeas a su partido. Preparación de una invasión persa en Grecia.

−333 Alejandro en Gordion (¿mayo?); marcha a Ankara. Toma de Lesbos por Memnón, que muere durante el asedio de Mitilene (principios del verano).
Alejandro avanza hacia Cilicia. Cae enfermo en Tarso (finales del verano).
Ocupación de los pasos hacia el este por Parmenión. Darío reúne su ejército en Babilonia. Avance contra Alejandro.
Otoño: Darío en Sochoi, de allí por las puertas amánicas hacia la llanura de Iso. Batalla de Iso (octubre o noviembre). Unión de los jefes de la flota persa con Agis III de Esparta.

−332 Asedio de Tiros (hasta septiembre); carta de Darío con ofrecimientos de paz.
Destrucción de la flota persa en el Egeo. Reconquista de las islas.
Conquista de Gaza (finales del otoño). A finales de año, Alejandro llega a Egipto.

−331 Fundación de Alejandría. Peregrinación al oráculo de Amón. Alejandro en Tiros. Paso del Eufrates (¿julio?). Septiembre: batalla de Megalópolis.
Muerte de Agis. 20 de septiembre: paso del Tigris. Batalla de Gaugamela.
Huida de Darío a Ecbátana.
¿Asesinato de Alejandro el moloso en Italia?

−331 Problemas de abastecimiento alimentario en Grecia.

−331 Fin de año: Alejandro en Susa.

−330 Alejandro en Persépolis (hasta mayo), incendio de la residencia real, persecución de Darío. Julio: muerte de Darío.
Finales del verano: Alejandro en el monte de Elburz. Ocupación de Aría, rebelión de Sartibarzanes, fundación de Herat, proceso de Filotas, asesinato de Parmenión.
Alejandro en el Hindukush, fundación de Alejandría.

−329 Primavera: Invasión de Bactriana por el paso de Khawak. Fuga y entrega de Besos.
Avance por Maracanda hasta el Iajartes. Construcción de una ciudad (finales del verano).
Rebelión en Sogdiana, ataque conducido por Espitámenes, lucha contra los saccas, Alejandro explora el país (otoño).

−329 Reunión en Bactra. Juicio de Besos.

−328 Protección de las zonas al norte del Hindukush.
Asesinato de Cleitos (quizá en verano) en Bactra.

−327 Toma de las fortalezas de los feudatorios bactrianos (Oxiartes, Choriénes).
Alejandro se casa con Roxana.
Intento de introducir la prosternación. Caso de Calístenes; conjuración de los pajes.
Marcha a la India. Anterior misión de Perdicas y Hefestión al Indo.
Sometimiento violento de las zonas del norte del Kabul.

−326 Primavera: Alejandro en el Indo.
Alejandro en Taxila.
Batalla del Hidaspes (¿mayo?), seguida de la conquista del Punjab al este.
Verano: vuelta al Hifasis.
Noviembre: salida de la flota del Hidaspes.

−326 Verano: marcha hacia el delta del Indo.

−325 Herido en la ciudad de los mallos (primavera); en consecuencia, intento de rebelión de los griegos instalados al norte del Hindukush.
Ataque de Zopirión contra los getas (quizá ya en el año −326). Colonia ateniense en Italia.
Instalaciones portuarias en Pátala. Alejandro navega por el océano Índico; luego marcha a través de Gedrosia hasta Bura y Carmania (octubre-noviembre).
Finales de septiembre: salida de Nearco, travesía del océano Índico al golfo Pérsico.
Reunión de Nearco con Alejandro en Carmania.
Inicio de los procesos.

−324 Marcha desde Carmania hasta Persépolis y Susa. Allí muere Calanos.
Nupcias masivas en Susa. Pago de las deudas. Fuga de Harpalos de Babilonia a Atenas.
Acuerdo sobre la repatriación de los desterrados a Grecia.

Viaje de Alejandro, de Susa al golfo Pérsico, luego remonta el Tigris hasta Opis.
Verano: motín en Opis. Despedida de 10.000 macedonios.
Harpelos en Atenas. Anuncio del decreto sobre los desterrados en los Juegos Olímpicos.
Muere Hefestión en Ecbátana; luto de Alejandro.
Solicita el culto de los dioses en Grecia.
Otoño: muere Harpalos. Reunión de mercenarios en Ténaron.
Fin de año: campaña de Alejandro contra los coseos.

−323 Alejandro en Babilonia. Emisarios del mundo occidental.
Reanudación de los trabajos del templo de Marduk.
Ampliación de Babilonia en un puerto grande. Fundación de ciudades.
Obras de canalización. Planes de la campaña de Arabia, preparación de la operación del verano.
Principios de junio: Alejandro cae enfermo.
10 de junio: muerte. Inmediatamente después: división del imperio.
Nueva rebelión de pobladores en Bactriana.

−323 Rebelión en Grecia. Guerra lámica.

−321 El cuerpo de Alejandro es trasladado a Egipto.
Muere Perdicas. Reorganización en Tripadeisos.

−316 Muere Olimpia.

−311 Mueren Roxana y Alejandro IV.

Testimonios

Johannes von Müller

Tal vez sea cierto que Alejandro hubiese querido formar con los pueblos sometidos, a través de la mezcla de sangre y de las tradiciones y mediante el asentamiento de colonias, un imperio griego unido y elevarlo en la escala de la humanidad, y que quiso unir a europeos y asiáticos mediante ritos religiosos compartidos y vínculos comerciales. Entre sus papeles se encontró un plan semejante, y al ambicioso joven le parecía posible llevarlo a cabo, pues no le brindó su primer intento una mayor experiencia acerca de las dificultades de su realización, que ciertamente lindaban a lo imposible. Quizá su idea era una república federal bajo un líder supremo. Formado por el espíritu generalizador de un Aristóteles, Alejandro tenía, más que otros conquistadores, la inclinación y el talento de imponer reglas generales.
(Veinticuatro libros de historia general, en particular la de la humanidad europea, 1813-1827)

Johann Gottfried von Herder

... Aquí se acabaría la historia de Grecia si Filipo hubiera sido un bárbaro como Sulla o Alarico. Pero él mismo era un verdadero griego, su hijo mayor lo era también, y así surge, aun con la pérdida de la libertad griega en nombre de este pueblo, una escena mundial como hubo pocas iguales... El joven héroe libró tres batallas y Asia Menor, Siria, Fenicia, Egipto, Libia, Persia y la India fueron suyas. Hubiera llegado hasta el océano si sus macedonios, más listos que él, no le hubiesen obligado a volver. Ya que no hubo milagro en toda esta suerte, tampoco fue un destino envidioso el que puso término a su vida en Babilonia. ¡Qué idea tan grandiosa, gobernar el mundo desde Babilonia, un mundo que iba desde el Indo hasta Libia, a través de Grecia hasta el mar de Icaro! ¡Qué idea, hacer de todo este territorio una Grecia en cuanto al idioma, las costumbres, las artes, el comercio y los cultivos, y fundar en Bactra, Susa, Alejandría, etc., nuevas Atenas! Y mirad: muere el triunfador en el esplendor de la vida; y con él muere también toda esta esperanza de un nuevo mundo griego.
(Ideas sobre la historia y la filosofía de la humanidad, 1784-1791)

K. W. R. von Rotteck

Mas ¿cuáles fueron los motivos que impulsaron a Alejandro a realizar sus hazañas? Lisa y llanamente su «yo» y la satisfacción de su pasión preferida: su

orgullo sin límites. Le era indiferente asolar el mundo o brindarle la felicidad, con sólo que su gloria fuera mayor; antes hubiera preferido ver el mundo infeliz que no otro que él lo hiciera feliz. Este inconmovible egoísmo se advierte en cada uno de los actos de su vida, incluso en los que más aparentan la magnanimidad, por lo cual ninguno de éstos merecía gratitud alguna. En el solemne panegírico que dedica a ese príncipe, el bueno de Plutarco se deja cegar con preferencia por ¡el amor de Alejandro a la ciencia! Bastan los reproches hechos a Aristóteles cuando éste publicaba sus escritos, «porque la ciencia ya no es una señal de excelencia, sino que debería ser un bien común», para poner de manifiesto cuál era la naturaleza de ese amor. Al fin y al cabo, ¡qué presunción ésta, el querer obligar a los pueblos a ser felices, de la manera que les fuera prescrita o de acuerdo con una idea, por más que fuera brillante! ¡Qué absurdo, el fundar pretensiones hegemónicas en la fuerza del genio y la violencia del dolor! En verdad, si realmente la inteligencia y el valor dieran derecho a semejantes comienzos, el nacimiento de quien estuviera dotado de ambos constituiría una desgracia pública, y los pueblos no tendrían deseo más ardiente para someter a la Providencia que el de privar a los poderosos del valor y la inteligencia. Alcanzó un Alejandro para quebrantar el mundo; dos lo hubiesen reducido a cenizas.
(Historia general desde los comienzos del conocimiento histórico hasta nuestros días, 1813)

Napoleón I

Lo que me gusta de Alejandro Magno no son sus campañas, de las que no nos podemos formar un claro concepto, sino su arte político. A los treinta y tres años dejó un imperio inmenso y bien organizado, que sus generales se repartieron luego. Había logrado aprender el arte de granjearse la estima de los pueblos a los que había vencido. Tuvo razón en mandar asesinar al tonto de Parmenión que le echaba en cara su abandono de las costumbres griegas. Su visita a Amón constituye una hazaña política; se ganó Egipto de esta manera. Si yo hubiese permanecido en Oriente, me hubiera ido de peregrinación a La Meca, me habría arrodillado y hubiera hecho mis rogativas. Pero sólo habría hecho todo esto si hubiese valido la pena.
(Conversaciones con el general Gourgaud, 7 de enero de 1818)

Friedrich Nietzsche

El hombre, en sus recursos más elevados y nobles, no deja de ser naturaleza y sólo naturaleza, y va arrastrando el inquietante doble carácter de ésta. Sus temibles capacidades —se dice que son inhumanas— no son quizá sino el temible fundamento fuera del cual la humanidad no puede crecer y alimentar sus emociones y sus acciones. Los griegos, los hombres más hunos de los tiempos antiguos, tienen un rasgo de crueldad, algo de la ferocidad del tigre en su impulso destructor: un rasgo que se exhibe también en la figura de Alejandro Magno —reflejo aumentado hasta lo grotesco del hombre heleno— quien, en su historia y mitología, debe inspirarnos —a nosotros que le miramos con el concepto ablandado de la humanidad moderna— el temor. Cuando Alejandro manda perforar los pies del defensor de Gaza, Batis, y atarlo vivo con sus entrañas a su carro, para arrastrarlo bajo los sarcasmos de sus soldados, manifiesta en realidad la repelente caricatura de Aquiles, quien de noche había expuesto el cadáver de Héctor a un maltrato similar; pero incluso este último hecho tiene para nosotros el carácter de una ofensa y nos inspira horror.

Leopold von Ranke

La participación que tuvo Alejandro en el progreso de la geografía reside principalmente en el hecho de que volvió a descubrir la ruta marítima que une la desembocadura del Eufrates a la del Indo y abrió el camino a su verdadera explotación, con lo que reunía el conjunto de sus conquistas. Pero dentro de este ámbito, se podría considerar que su más notable realización fue el haber restablecido el predominio del politeísmo sobre un territorio inmenso, tras haber sufrido éste graves daños a causa de la dominación persa. Gracias a él se pudieron amalgamar los ritos religiosos griegos, egipcios y sirios. Toleró a los judíos, pues apenas veía en su religión una institución nacional. Sometió a los persas, sin por ello oprimir sus conceptos religiosos. Defendió la causa de los dioses griegos incluso ante los brahmanes. De Grecia, llevaba consigo algo más que los ritos religiosos. ¿Qué cosa podría haber sido más grandiosa? Los griegos la habían elevado a la altura de una visión ideal del mundo, siempre y cuando fuera alcanzable con los recursos humanos, en una literatura que se desplegaba en todas las direcciones, la primera pero también la más sublime que nunca haya aparecido. Alejandro abrió Oriente a aquellas ideas y lo sometió a ellas. Asoció el poder al pensamiento. Sus victorias son igualmente avances de la civilización, la técnica y el comercio, en favor de los cuales fundó en todas partes nuevas ciudades, a las que luego le placía dar su nombre. La característica de aquella época reside en la combinación del politeísmo con los esfuerzos civilizadores. La religión de la especie humana, que iba a prevalecer más tarde, sin embargo, ha mantenido siempre la relación con las ideas científicas y civilizadoras.
(Historia del mundo, 1880-1888)

Jacob Burckhardt

Al tiempo que en Hellas la vida privada desplaza del primer plano a la vida pública, una naturaleza brutal en descomunal medida, un fenómeno histórico en sumo grado, se lleva a hombros Grecia, Oriente y toda la posteridad, un hombre destinado a helenizar el mundo, incluso más allá de su propia voluntad: Alejandro Magno...

Según le caracteriza Arriano, Alejandro tenía una insaciable sed de gloria. Éste es un rasgo fundamentalmente helénico, mientras que era muy poco griega, en su función de rey, su fidelidad a los tratados y su inclinación a arrepentirse, cuando otros acostumbraban perseverar en los errores como si fuesen verdades. No está claro cuánto intuyó y cuánto quiso y, por la imagen fantasiosa que tenían de él los griegos, esos rasgos permanecerán en la oscuridad. Si hubiese vivido más tiempo, probablemente habría intentado exponer su hegemonía hasta Occidente (con ayuda de los mercenarios que las riquezas de Persia le permitían reclutar), donde la última reserva de dinero de importancia que todavía no tenía a su disposición se encontraba en Cartago. Aun sin esta última e ilimitada expansión, su imperio no pudo mantenerse unido después de su muerte. Pero hay una calidad del gran opresor que no tuvo un influjo directo sobre el futuro, pero que colocó al mundo sobre nuevas bases, a partir de las que lo nuevo en sus múltiples aspectos podía crecer. Ahora constituye siempre una buena fortuna, según nuestros débiles conceptos, cuando una civilización superior, un pueblo más dotado, conquista a otro pueblo y otra civilización menos dotados e inferiores, y así sucedió, aun cuando el «estado moral» de la Grecia de entonces y el de Persia se podían comparar. De todas maneras, fueron liberadas muchas vidas que la semibarbarie persa tenía prisioneras. Pero para alcanzar el punto de vista correcto, hay que considerar los mayores determinismos de la historia mundial. Nuestro balance se ve en gran parte determinado por el deseo de continuidad de aquella civilización, que no se hubiese conseguido sin Alejandro.

Bibliografía

Obras sobre Alejandro Magno

BAMM, P.: *Alejandro el Magno o la transformación del mundo*. Barcelona, Sagitario, 1966.

— *Alejandro Magno y su tiempo*. Barcelona, Bruguera, 1968.

BROCHARD, P.: *Alejandro Magno*. León, Everest, 1983.

CALISTENES, SEUDO: *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*. Madrid, Gredos, 1977.

DRUON, M.: *Alejandro el Grande*. Madrid, Cid, 1959.

FEO, H.: *Alejandro y la civilización helenística*. Madrid, Cindel, 1979.

GRILLANDI, M.: *Alejandro Magno*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1983.

HAMPL, F.: *Alejandro Magno*. Moreton, 1971.

HOMO, L.: *Alejandro el Grande*. Barcelona, Grijalbo, 1963.

LAMB, H.: *Alejandro de Macedonia*. Buenos Aires, Juventud, 1953.

SANCHEZ PASCUAL, E.: *Alejandro Magno*. Barcelona, Toray, 1983.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh,** por Herbert Frank.
33. **Sartre,** por Walter Biemel.
34. **Buda,** por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron,** por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII,** por José Jiménez Lozano.
37. **Casals,** por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega,** por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.

39. **Rousseau,** por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo,** por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado,** por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi,** por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe,** por Walter Lennig.
44. **Lorenz,** por Alec Nisbett.
45. **Juárez,** por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler,** por Arthur Koestler.
47. **Nelson,** por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt,** por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven,** por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero,** por Franz Winzinger.
51. **Wagner,** por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1),** por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2),** por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier,** por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohígas.
55. **Bach,** por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno,** por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire,** por Haydn Mason.
58. **De Gaulle,** por Jean Lacouture.
59. **Kennedy,** por André Kaspi.
60. **Gaudí,** por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1),** por André Maurois.
62. **Balzac (2),** por André Maurois.
63. **Bismarck,** por Wilhelm Mommsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal,** por José M.ª López Piñero. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
65. **San Pablo,** por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V,** por Philippe Erlanger.
67. **Mahoma,** por Washington Irving. Prólogo de Pedro Martínez Montávez.
68. **Mozart,** por Arthur Hutchings.
69. **Stalin (1),** por Ian Grey.
70. **Stalin (2),** por Ian Grey.
71. **Maquiavelo,** por Edmond Barincou. Prólogo de Francisco Gutiérrez Contreras.
72. **Hitler,** por Helmut Heiber.
73. **Victoria I,** por Lytton Strachey.
74. **Mussolini,** por Giovanni de Luna.
75. **Enrique VIII,** por Philippe Erlanger.
76. **Leakey,** por Richard E. Leakey.
77. **Lutero,** por Hanns Lilje. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
78. **Oppenheimer,** por Peter Goodchild.
79. **Lenin,** por Hermann Weber.
80. **Marco Polo,** por Jacques Heers.
81. **J. von Neumann/N. Wiener (1),** por Steve J. Heims. Prólogo de Manuel Abejón.
82. **J. von Neumann/N. Wiener (2),** por Steve J. Heims.
83. **Cervantes,** por Melveena McKendrick. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
84. **Alejandro Magno,** por Gerhard Wirth. Prólogo de Rodolfo Gil Grimau.



ALEJANDRO MAGNO

La historia y la leyenda se concentran en este personaje mítico, prototipo del héroe de la antigüedad. Alejandro se perfila como un hombre provisto de la autoconvicción necesaria para llevar a cabo su misión, con la energía suficiente para no quedar atrapado en los fracasos, en la traición o el envilecimiento, y con el valor imprescindible para cabalgar y guerrear en primera fila como el mejor de sus soldados. En definitiva, con las virtudes que pueden convertir a un hombre en héroe.

Gerhard Wirth nos ofrece un retrato de este personaje extraordinariamente complejo. Junto a un pormenorizado relato del origen, creación y fragmentación de su imperio, en este ensayo histórico el autor se adentra en los antecedentes, entorno y legado de la obra alejandrina, para terminar con un extenso capítulo dedicado al hombre, a su perfil psicológico y humano, y a su evolución a lo largo de los cortos treinta y tres años de su existencia.

